

*SELVA.*  
**DE AVENTVRAS,**  
COMPVESTA POR  
*Jerónimo de Contreras*

*Dirigida al Illustre Señor Antonio Gracian Dantisco,*  
*Secretario de su Magestad.*

Va repartida en siete libros. los quales tratan de vnos estremados amores, q vn cauallero de Seuilla llamado Luzman. tuuo con vna hermosa donzella llamada Arbolea: y las grandes cosas q le sucedieron endiez años, que anduuo peregrinando por el mundo: y el fin que tuuieron sus amores.



**EN BRVXELLAS.**

Impreso con licencia, por Iuan M<sup>o</sup>

1592.

Lectulandia

«Selva de aventuras» de Jerónimo de Contreras es una novela bizantina española del siglo XVI. Fue publicada en Barcelona en 1565 y una segunda versión, ampliada con un final diferente, fue publicada en Alcalá de Henares en 1583. El protagonista, Luzmán, un caballero de Sevilla, se embarca para Italia cuando la noble dama Arbolea, cuyo trato le había sido siempre propicio por vínculos familiares, no acepta finalmente su propuesta de matrimonio y prefiere consagrar su vida a Dios. Frustrado, Luzmán deviene un pellegrino d'amore y recorre Italia desde Venecia a Nápoles, pasando por Ferrara, Milán, Pisa, Mantua, Siena y Roma. Durante su viaje, Luzmán topa con una serie de narradores de historias de amor desgraciado y trágico. De este modo, el contraste inicial entre amor humano y amor divino planteado por Arbolea, se afianza como insistente leitmotiv y alcanza su momento álgido en una alegoría teatral representada en el palacio del cardenal Juliano en Roma. Para entonces Luzmán ya ha asimilado que la precariedad y la falacia del amor humano es una condición universal. Durante la travesía de vuelta a España, su barco es atacado por un galeón turco, a consecuencia de lo cual Luzmán sufre cinco años de cautiverio en Argel. Cuando finalmente es liberado y regresa a la península, encuentra que Arbolea ha ingresado en un convento y entonces él decide acogerse a la vida de ermitaño. La segunda versión de la novela añade dos libros o partes a las siete partes de la primera edición y presenta un desenlace diferente: Arbolea misma sale en busca de Luzmán en hábito de peregrino, los dos se encuentran en Portugal y finalmente se unen en matrimonio y viven felizmente.

**Lectulandia**

Jerónimo de Contreras

# **Selva de aventuras**

ePub r1.0

Titivillus 10.01.2018

Título original: *Selva de aventuras*  
Jerónimo de Contreras, 1565

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Advertencia

En la literatura de los tiempos del autor se intitulaba selva (o nombre similar: silva, jardín, vergel, floresta) a todo libro recopilatorio, bien fuese de poemas sueltos de diversos autores, de vidas y milagros de santos, de sucesos y prodigios supuestamente acaecidos en diversas partes del mundo... Sin ir más lejos, el propio autor escribió un *Vergel de varios triunfos*. En fin, selva llevaba implícito *recopilación* y *variedad*, lo que no se da precisamente en este libro, por más que Menéndez Pelayo lo calificase de «miscelánea novelesca». Lo de aventuras podría aceptarse, si lo entendemos como vivencias curiosas del protagonista en su periplo, sin que nada esté en juego. En todo caso, Luzmán más bien es testigo de las *desventuras* o *trabajos* (hoy diríamos *penalidades*) de otros que se topa en su deambular por Italia y a quienes aconseja, siempre con éxito. La única *aventura* que sufre en sus carnes es un cómodo cautiverio como jardinero en Argel, donde aficionándosele Calimán, hijo único de su amo, intermedia exitosamente en sus infructuosos amores con la princesa Arlaja, lo que a Calimán acabará valiéndole el reinado y a Luzmán la libertad y el regreso a la patria. En fin, el título del libro resulta tan engañoso como aquel *Periquillo el de las gallineras*, cuyo protagonista en absoluto es el pícaro que el título parece prometer; pero la verdad es que el tono moralizador que por todos sus poros exhala esta *Selva de aventuras* ya se avanza en la dedicatoria del editor a la reina Isabel:

*Los ricos hallarán aquí remedio para tener en poco las riquezas; los pobres, en estar contentos; los de amor furiosos hallarán el freno con el cual será domado el apetito; los tibios ternán espuelas para moverse ligeramente; los inconstantes y poco firmes verán la templanza que los encaminará en todos sus actos; los ignorantes serán enseñados; los poco ejercitados verán tantos y tan diversísimos ejemplos con los cuales serán de aquí adelante más prudentes.*

Luzmán, caballero sevillano, decide peregrinar por el mundo tras sufrir un desengaño amoroso: llegado el momento de cambiar de estado ofrece matrimonio a Arbolea, su amor de toda la vida, pero ella lo rechaza por reservarse para la vida conventual. Diez años después, superado aquel desengaño viendo desgracias amorosas ajenas que «en alguna parte le ponían en gran consuelo», el protagonista está preparado para regresar a la patria y asumir la vida sin su amada, que efectivamente se ha metido a monja, así que él decide construirse una ermita y también aislarse del mundo: final de lo más cristiano, si bien un tanto agrio.

El recorrido en España de Luzmán es el convencional, pues pasa por Zaragoza camino de Barcelona, donde se embarca para Italia; pero una vez allí resulta un tanto anárquico, pues desembarcado en algún punto de la Toscana (quizá Livorno, aunque lo habitual sería Génova, evitando pisar Francia), va al Oeste, a Venecia; luego

desciende por Pavía y Ferrara; sube hasta Milán; de ahí va a al Este, a Génova, y luego baja a Pisa; de ahí sube hasta Mantua y desciende a Florencia, Siena, Roma y varios lugares del golfo de Nápoles: su última etapa en Italia. Saliendo de Nápoles hacia España (con Barcelona como probable destino), la nave es capturada por unos corsarios turcos que le llevan a Argel, donde vive cautivo varios años hasta que, liberado por el nuevo Rey, desembarca en Málaga y de ahí camina a su Sevilla natal. En algún lugar he leído que esta *Selva de aventuras* contiene «detalladas descripciones de ciudades», lo cual resulta algo exagerado: nada se dice de Zaragoza y Barcelona, y lo mismo ocurre con las más de las ciudades italianas, si bien de Pisa se menciona el *Duomo* y la famosa torre; de Florencia, el jardín de los Médicis, y de Roma, un par de edificios civiles, el Tíber y el obelisco del Vaticano.

— o O o —

El vocabulario y sintaxis del autor carecen de la menor sofisticación, por lo que el libro se lee de forma fluida (muy de agradecer) y por momentos resulta entretenido. Y es que la espartana prosa está continuamente salpicada de composiciones poéticas, incluso alguna breve representación teatral: terreno en que el autor se muestra más cómodo e imaginativo. Amor, desengaño y llanto siempre presentes, nunca falta una vihuela para tañer y cantar, que «quien canta, sus males espanta». Todo fluye con exquisitos modales y placentera suavidad. A mi modo de ver (y no pretendo ser peyorativo), esta *Selva de aventuras* sería la lectura perfecta con que amenizar las sesiones de bordado de un grupo de doncellas; pero tuvo más éxito que eso, muchísimo éxito, y algunos comentaristas han querido ver ecos de la *Selva* en el *Peregrino* de Lope y en el *Persiles* de Cervantes, nada menos.

ÁNGELA: ¡Qué bien faltas enmendó, / siguiendo el mismo camino / de aquel Luzmán y Arbolea, / cuyas *Selvas de aventuras* / por Lope quedan oscuras! LUCRECIA: ¡Qué bien los autos emplea / que mezclados en él van! / ¡Qué elegantes! ¡Qué limados! ÁNGELA: Y más bien acomodados / que los que mezcló Luzmán (Tirso de Molina: *La fingida Arcadia*).

La primera edición de la *Selva* se estampó en 1565 en Barcelona a iniciativa del inquieto impresor y librero Claudi Bornat: digno trabajo editorial, con poquísimas erratas. Alguna vez se ha dudado que fuese la verdadera *editio princeps* del libro, aventurando que quizá apareció antes en Castilla, pero Bornat se muestra muy orgulloso de la novedad editorial en su rimbombante dedicatoria a la Reina de las Españas. A la barcelonesa siguieron no pocas ediciones en otros puntos de España, hasta que en 1582 (1583 en el colofón) Sebastián Martínez estampó en Alcalá de Henares una «en nueve libros... agora nuevamente corregida y añadida por el autor». En los dos libros suplidos los enamorados se encontrarán felizmente en Portugal

(donde Luzmán arriba por azar después de padecer una tormenta que arruina su viaje de Cádiz a Inglaterra), pues Arbolea, arrepentida de aquel desaire a su amado, ha renunciado a la vida conventual y como él se ha lanzado a peregrinar por el mundo «en hábito de hombre» y diciendo llamarse «Tridonio». Acogida por un ermitaño cerca de Viseo, allí llega casualmente Luzmán, pero no reconoce a Arbolea hasta que un día la asiste en un oportuno desmayo. En fin, vueltos a Sevilla, «vivieron después de casados cincuenta años» y «tuvieron tres hijos y dos hijas»: los amantes ven recompensadas las penalidades de su vagar por el mundo. Ahora sí que puede decirse que la *Selva de aventuras* se aproxima a la novela bizantina, que no antes, y no es muy aventurado proponer que el Autor modificaría el final de su exitosa obra influido por los no menos exitosos *Teágenes y Clariquea*, de Heliodoro, y *Clareo y Florisea*, de Núñez Reinoso. La nueva versión se remató con estos versos:

Compuse aquesta *Selva de aventuras*  
pues todo lo del mundo, según vemos,  
son trabajos, afrentas y amarguras  
adonde muchas veces nos perdemos;  
y cuando más nos da gusto y dulzura  
es como barca en mar rota y sin remos,  
que la llevan los vientos a porfía,  
sin que pueda valer sabiduría.

— o O o —

En fin, con esta sencilla edición digital no persigo sino difundir una obra meritoria y algo olvidada (si bien no faltan ediciones recientes en papel). Me he decidido por seguir la *editio princeps* de Barcelona-1565: la más próxima a la primera intención de su autor. Como borrador empleé el texto de la BAE-1850, que capturé por medios ofimáticos. Después de haber corregido infinidad de ligeras alteraciones textuales, el resultado final debería ser absolutamente fiel al original, salvo alguna que otra minucia que se me habrá escapado y confío se me disculpe. Dejo nota de las escasas erratas del original que he detectado y enmendado.

E. S. F.  
Barcelona, noviembre 2014

## Licencia

Nos don Felipe, por la gracia de Dios rey de Castilla, de Aragón, de León, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Hungría, de Dalmacia, de Croacia, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarves, de Algecira, de Gibraltar, de las islas de Canaria, de las islas Indias y Tierra Firme del mar Océano, Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, de Brabante y de Milán, Conde de Barcelona, de Flandes y de Tirol, señor de Vizcaya y de Molina, Duque de Atenas y de Neopatria, Conde de Rosellón y de Cerdaña, Marqués de Oristán y de Gociano, por cuanto por parte de vos Claudio Bornat, librero y impresor de la nuestra ciudad de Barcelona, nos ha sido hecha relación que queréis imprimir a vuestra costa el libro llamado *Selva de aventuras*, hasta agora no impreso, suplicándonos que, atendidos los muchos gastos que en esto se ofrecen, os diésemos licencia, permiso y facultad de poderlo imprimir y prohibir que ninguno, por el tiempo a Nós bien visto, lo pueda imprimir ni vender sino vos o quien vuestro poder tuviere, e Nós, vista la relación de los Inquisidores de Barcelona y de fray Joan Mata, prior del Monesterio de la Merced, que reconoció el dicho libro por mandado de los Inquisidores, por lo que consta que el dicho libro es aprobado, lo habemos tenido por bien, por ende, con tenor de las presentes, de nuestra sciencia deliberadamente y consulta, damos licencia, permiso y facultad a vos dicho Claudio Bornat que podáis imprimir en la dicha ciudad de Barcelona y en otra parte por tiempo de diez años el dicho libro de *Selva de aventuras*. Y mandamos, por las mismas presentes, a cualesquier impresores y libreros, so incorrimiento de nuestra ira e indignación y pena de mil florines de oro de Aragón del que lo contrario hiciere, exigideros y a nuestros cofres reales aplicaderos, y de perder los moldes y libros del que lo imprimiere y en su poder o de cualquier otro se hallare que lo hayan impreso, que ellos ni otra persona alguna, sin vuestro poder y voluntad expresa, no pueda imprimir ni vender el dicho libro por tiempo de diez años. Y mandamos a todos cualesquier oficiales y súbditos nuestros, mayores y menores, a quien pertenezca, so las penas susodichas, que a vos dicho Claudio Bornat guarden y observen la presente nuestra licencia, permiso y facultad y todo lo en ella más claramente y distintamente contenido. Data a 7 de marzo, año de Nuestro Señor 1564.

Yo el Rey  
Por mandado de su Majestad,  
Miguel Gort

A LA SERENÍSIMA,  
ÍNCLITA Y MUY PODEROSA  
SEÑORA DOÑA ISABEL,  
POR LA DIVINA CLEMENCIA  
REINA DE LAS ESPAÑAS

Si el servicio que debo a V. M. se había de recompensar con los bienes deste mundo, pienso verdaderamente que no sería yo en toda mi vida bastante en satisfacerlo; porque, en siendo yo su vasallo, paréceme que esto sólo es suficiente para que crea que no solamente cuanto tengo, pero aun mi persona le es deudora; y por eso, con esta persuasión verdadera movido, nunca dejo ni dejaré en toda mi vida de hacerle todo el servicio que yo pueda, para que conozcan todos los hombres del mundo mi obligación y sea incitamiento a los otros el grande beneficio que reciben en ser vasallos de V. M., y principalmente en éstos tan desasosegados tiempos; lo que no es poco beneficio (antes muy grande) recibido de la mano del Señor, poder con grande descanso y reposo del ánimo pasar en tales y tan constantes Reinos esta miserable vida en servicio de Dios debajo del amparo y protección de tan poderosos y cristianísimos Señores.

Conociendo yo, pues, esta merced en haber recibido de Dios tan grande beneficio de poder descansadamente con el trato de la impresión y libros vivir con tanta paz y quietud en tales y tan pacíficos Reinos, y habiendo venido a mis manos una *Selva de aventuras* de Jerónimo Contreras, no he podido dejar, por la común utilidad que della se puede sacar y por la grande recreación de ánimo que en ella se puede hallar, de imprimirla y presentarla a V. M.

Grande daño redundara a la común utilidad si esta obra no se imprimiera, porque a la postre se perdiera, como se han perdido muchas obras de admirables autores, los nombres de los cuales son en grandísima manera alabados y las obras dellos aún no han venido a nuestra noticia. Porque, si bien lo miramos, no hallaremos en nuestros tiempos las obras de Afranio ni de Anacreonte ni de Pacuvio, ni de Arquíloco ni de Aristófanes, grandes poetas, los cuales sabemos muy bien que han compuesto más de seiscientos libros. Pues los *Anales* de Andrónico, las tragedias, comedias y sátiras de Ennio, ciento y treinta fábulas de Plauto, todo se ha perdido; la *Medea* y *Orfeo* de Lucano, las *Elegías* de Cornelio Gallo, no se hallan; infinitos epigramas de Porcio Licinio, de Domitio Marso, de Valerio Edituo, por demás es buscarlos.

Temiendo yo, pues, que no aconteciese lo mismo en esta obra, hele querido con mi impresión dar vida y imprimir grande número della para que los otros por venir no careciesen de tal libro; el cual verdaderamente se nombra *Selva de aventuras*, porque en ella se hallan tales y tantas, que ponen espanto y admiración a los leyentes. No se ha de comparar con ésta aquella selva Grinea de Jonia, en la cual Mopso y Calcas estuvieron disputando, porque aquí otras disputas y contiendas de varios hombres se podrán hallar con más recreación y regocijo del entendimiento. Ni tiene qué hacer con ésta aquel grande bosque Partenio de Arcadia, en el cual se ejercitaban las

vírgines muchas veces a la caza, porque aquí se hallarán tantas vírgines de mucha más alabanza, con tanta caza tomada y enredada, que dará varios gustos a todos estados de hombres. No se ha de preferir a ésta la selva Ida por haberse en ella celebrado aquel juicio de Paris, porque aquí más admirables aventuras se hallarán y más provechosas para todos los hombres. No se ha de creer que sea esta *Selva* aquel áspero y espantoso bosque Ciminio, en el cual no osaban, de miedo, entrar los cazadores ni pasar por él los caminantes, porque después de entrados, como perdidos iban por él, no pudiendo hallar camino ni rastro por el cual pudiesen hallar la salida: aquí hallarán otro Hipólito cazando, el cual amostará el camino como se ha de huir el ocio, del cual nacen infinitos males. Aquí verán Melanión, aquel famosísimo cazador, el cual les amostará cómo se han de domar los ferocísimos puercos monteses, frenando sus apetitos indómitos; y no dejándose despedazar dellos, como Adonis, el desdichado hijo de Mira. En el más secreto y íntimo lugar desta *Selva* se hallará aquella hermosísima Diana con el coro de sus vírgines lavándose en unas cristalinas fuentes y transmutando con su hermosura aquellos hombres en ciervos; los cuales dejadas las virtudes, han seguido los vicios y no han tomado consejo primeramente del peregrino Luzmán para que en toda esta *Selva* fuesen encaminados. Y, por abreviar, los ricos hallarán aquí remedio para tener en poco las riquezas; los pobres, en estar contentos; los de amor furiosos hallarán el freno con el cual será domado el apetito; los tibios ternán espuelas para moverse ligeramente; los inconstantes y poco firmes verán la templanza que los encaminará en todos sus actos; los ignorantes serán enseñados; los poco ejercitados verán tantos y tan diversísimos ejemplos con los cuales serán de aquí adelante más prudentes.

Estos son los provechos, y aun muchos más, desta *Selva de aventuras*. Éstos me han movido a que la imprimiese y que tuviese atrevimiento de presentarla a V. M. por ser ella tan rica y tan provechosa joya; la cual si fuere accepta a V. M., como espero, será a mí grande incitamiento para grandes empresas en ilustrar con mi impresión las letras en estos Reinos y Señoríos de V. M., los cuales tanto a gloria de Dios florecen.

Humilde vasallo de V. M.,  
que su reales manos besa,  
Claudio Bornat, Librero

## Soneto

Reina d'España digna y soberana,  
crecida majestad en sus alturas,  
recib' aquesta *Selva de aventuras*  
que se presenta con entera gana.

Trata d'amor, de cortesía bien sana,  
de casos de Fortuna y amarguras,  
y también de placer y de medidas:  
varios sujetos desta vida humana.

Y por pasar el tiempo que sobrare  
después que vuestra Majestad s'emplea  
devotamente orando al Rey divino,

en esta *Selva* por deporte lea,  
mirando los concetos que hallare,  
y alegrará su ingenio peregrino.

## Soneto del autor

Es el cuerpo mortal como la roca  
de mucha antigüedad envejecida,  
de los vientos del mar muy combatida,  
la cual ella por sí misma se apoca.

¡Oh locura del mundo vana y loca,  
sembrada por error en esta vida,  
por cuya vanidad, tarde entendida,  
la razón pierde el freno de su boca!

No se debe de amar lo que es incierto  
dejando lo que es firme y perdurable,

tan lleno de verdad y sin mentira.

En fin, es comparar el vivo al muerto,  
y el bien que es muy eterno a lo mudable.  
¡Dichoso quien lo siente, entiende y mira!

## Libro primero

---

### Comienza el primero libro desta Selva de aventuras

---

En la *famosa* ciudad de Sevilla hubo un caballero, llamado Laumenio, de nobles costumbres y muy cristiano. Éste tuvo un hijo llamado Luzmán. Pues Laumenio tenía un caballero de la misma ciudad por muy amigo, tanto, que la amistad se había convertido en parentezco: llamábase Calides; tenía sola una hija, en extremo hermosa. Pues como estos dos amigos tanto se tratasen, entre Luzmán y Arbolea (que así se llamaba la hija de Calides) fue tanto el amor, conversación y amistad, que como si hermanos fueran se trataban. Esto comenzó de la edad de diez años en Luzmán y de ocho en la de Arbolea, y duró por espacio de trece años.

Pues en esta edad como Luzmán fuese de sus padres requerido que se casase, él volviendo sobre sí y acordándose del verdadero amor que a Arbolea tenía (pues la edad desechó el amor de niñez y encendió en él amoroso fuego), y puesto que nunca hubiese dicho a su señora palabra que fuese descubierta a su deseo, tenía por cierto que ella le amaba igualmente como él a ella. Y así, un día, por cumplir con la importunidad de sus padres y declarar a Arbolea su intención, acordó de hablarla, y así, hallando lugar aparejado, le comenzó a decir las siguientes palabras:

—Como en la tierna edad haya el amor imprimido en mí su poderoso sello, hallando en mi corazón aparejado lugar, tuvo tanta fuerza que, sin menguar jamás, fue creciendo en mí el deseo de siempre no cansarme en servirte; y así lo he hecho, como tú, señora, lo has visto. Pues ya conocerás el fin de mi intento, el cual no es otro sino que este amor tan limpio en mis entrañas enterrado, agora a ti manifiesto, se ate con el ñudo del matrimonio; porque mis padres quieren que yo me case y no se acuerdan que yo nunca me casaré sino contigo. No caen en esto porque la amistad de nuestros padres es tan grande que pasa a todo otro parentezco que entre sí pueden procurar; mas yo, que ante mis ojos siempre te tengo puesta, y en el corazón retratada, no me he querido olvidar de traerte a la memoria te acuerdes desto; que te pido otorgallo, si en mí por ventura no has hallado, sin yo entendello, alguna falta.

Y diciendo esto calló. Cuando Arbolea entendió las palabras de Luzmán, habiendo estado a ellas muy atenta, con grave y honesto semblante le respondió así:

—Nunca yo pudiera creer, Luzmán, que aquel verdadero amor trabado y encendido desde nuestra juventud pudiera ser por ti en ningún tiempo manchado ni derribado de la cumbre donde yo, por más contentamiento tuyo y mío, le había puesto. Pésame que de casto y puro amor le has vuelto común deseo y apetito sensual, siendo primero contemplación y recreación del ánima. Contentárate, Luzmán, en sólo ver que yo te amaba, sin el fin de tu voluntad por no entender la mía. No dejo de conocer que lo que pides y como hombre deseas, que es bueno; mas si

hay otro mejor no se debe de dejar lo más por lo menos. Quiero decir que yo te he amado con pensamiento que en mí no se efectuase otro amor más que aquel que sola nuestra amistad pedía; porque yo siempre estuve determinada de nunca me casar, y así, he dado mi limpieza a Dios, y toda mi voluntad, poniendo aquí el verdadero amor, que jamás cansa ni tiene fin. Por donde te ruego me perdones y sobre este hecho más no me hables, que será tiempo gastado, sin tener remedio tu deseo.

Cuando Luzmán oyó la respuesta de su señora Arbolea quedó como muerto, y aunque con ella pasó otras palabras, jamás la pudo persuadir ni traer a su voluntad, y viendo que era escusado cumplir en esto su deseo, muy triste se fue a su posada. Y de pura imaginación enfermó, y estaba tal que sus padres se maravillaban de enfermedad tan súbita y que los médicos no la entendían.

Pues un día viniéronle a ver Calides y su mujer, trayendo consigo a la honesta Arbolea; y como estuviesen todos juntos en la presencia de Luzmán y él viese allí a su señora, esforzándose mucho pidió un laúd (porque tañer y cantar lo hacía mejor que hombre de su tiempo), de lo cual su padre y su madre recibieron mucho placer, pareciéndoles que su hijo se aliviaba. Y siéndole traído el laúd, sentándose sobre la cama, estando todos atentos le templó, y luego comenzó dulcemente a tañer y a decir los siguientes versos:

Atrevido querer, yo soy contento  
que mueras de mortal rabia crecida:  
padezca mi soberbio atrevimiento  
en la flor deseada de mi vida.  
Allí suba el dolor do fue el intento,  
no entendiendo ninguno mi herida;  
que no debe saberse mal tan fuerte  
si no lo dice el tiempo con mi muerte.

Que mal que procedió de mi locura,  
yo sólo le contemplo, lloro y canto;  
subir me fue bajar de aquella altura,  
y cómo allí llegue de mí me espanto.  
Así debe pagar el que procura  
la vuelta del placer tornada en llanto;  
que bienes de la tierra y su contento,  
Fortuna los convierte en vano viento.

Yo durmiendo, soñé que Amor venía  
a mí y dulcemente me hablaba,  
mostrando al parecer gran alegría,

la cual toda tristeza desterraba.  
Las cosas que me dijo, el alma mía,  
teniéndolas por firmes, se alegraba;  
mas luego no fue así, porque en un punto  
se partieron Amor y el sueño junto.

En fin de sueño vano, vanas cosas,  
fundadas sus raíces en temores,  
tan flacas, miserables, congojosas,  
que vienen a morir con desfavores.  
Es la muestra vergel lleno de rosas  
engendradas en tierra de dolores,  
de árboles esquivos no entendidos,  
ni nunca por los hombres conocidos.

La vida me sostuvo un dulce engaño,  
y en él mantuve el ser de mi sujeto,  
trayéndome tras sí de año en año,  
teniéndome encubierto otro secreto.  
Y en él estaba el fin del desengaño,  
queriéndose mostrar bien imperfecto;  
así que's galardón terrible y fiero,  
matador del favor que fue primero.

En partes no habitadas irá el triste  
que Fortuna le ha puesto en este estado,  
do el sol nunca se muestra, ni allí viste  
de yerbas ni de flores ningún prado;  
do la víbora ronca no resiste  
y el oso se consiente ser domado;  
do las aves no dan alegre vuelo  
ni miran los pastores hacia el cielo.

Como Luzmán hubo acabado los versos, callando estuvo una pieza, y ninguno de los que presentes estaban pudo entender el significado de sus versos; solamente recibieron gran contentamiento en oírle, y más sus padres, que les pareció estar, al parecer, más aliviado, y creyeron que lo que cantado había eran cosas que él había compuesto (que de todas gracias era dotado). Sola Arbolea entendió su canto y el comienzo y fin de sus palabras; y puesto que ella amaba a Luzmán en extremo, ya se ha dicho que su amor iba fundado por otro camino que el de Luzmán, y así, aunque lo

entendió, no mostró entendedlo, aunque le pesaba de ver tal aquel que por hermano tenía; y así, al tiempo que sus padres se quisieron volver a su casa ella se llegó a él, y en presencia de todos le dijo:

—Señor Luzmán, la mayor fortaleza en los caballeros es resistirse a sí mismos, respondiendo la razón a la voluntad, cortando y despidiendo toda tristeza, pues la tierra no puede dar otra cosa, y así, el ánimo generoso con esto vence y derriba sus enemigos. Y pues vos de vuestro mal le dais tanto a todos, por Dios volved en vos y no os matéis por las cosas que son sin remedio, si por ventura alguna dellas habéis intentado. Como hermana os lo digo, doliéndome de vuestros padres y de los míos, pues ellos igualmente os aman.

Mucho holgaron todos de oír estas palabras que dijo Arbolea a Luzmán, teniéndolas por muy avisadas, mas no entendiendo el fin dellas. Sólo Luzmán entiende la sentencia del proceso de su pasada vida, y, esforzándose mucho, respondió a Arbolea desta manera:

—Si el afligido doliente entendiese que su salud estaba en las doradas píldoras, o en los amargos bocados o en las destiladas aguas, muchas veces de la enfermedad sería sano; mas duda con el temor del amargoso gusto y desea aquello que más puede dañarle, y a veces cobra la salud más por importunidad ajena que por su propia voluntad. Yo conozco, hermosa Arbolea, que estoy enfermo de amargo mal y que no puedo ser curado sino con amargas medicinas, y esta cura no se puede hallar. Pues de lo uno y de lo otro pende el fin de mis días, soy contento por dar contento, y firme por que la firmeza no rompa, y secreto por que no entienda ninguno que tan alto sujeto paró en tan desastrado fin. Así que, señora, no dejo de agradecerte lo que me aconsejas, y ruégote a ti y a mis padres, con todos estos mis amigos, me perdonéis si por ventura deste lugar desapareciere mi cuerpo; que tal me siento que no puedo creer que jamás ninguno me vea, porque de aquí me arrebatarán mis hados; y si por ventura quedare yéndose mi espíritu, como es cosa natural a todos, ninguno llore mi muerte, porque justamente muero.

Tal quedó Luzmán diciendo estas palabras, y asimismo las dijo de tal manera, que a todos movió a compasión. Pues vuelta Arbolea con sus padres, luego esa noche Luzmán acordó de irse muy secretamente, y así, se esforzó para cumplir su voluntad; y mandando hacer un vestido de peregrino, tomando tanto haber cuanto le pareció que menester había, se partió de la casa de su padre una noche, tan encubierto que por ninguno fue entendido, dejando gran tristeza y admiración en sus padres y maravilla y espanto en sus amigos.

Arbolea nunca se casó, ni sus padres con ella lo pudieron acabar; mas el suceso dello se dirá al fin deste tratado.

— o O o —

Luzmán anduvo tanto, de noche y de día, por apartarse de Castilla y que sus

padres no le hallasen, que en breve tiempo fue en la ciudad de Zaragoza. Allí se detuvo diez días mirando la nobleza de aquella ciudad, y al cabo dellos acordó de ir a la ciudad de Barcelona y allí embarcarse y partirse para Italia. Pues así, yendo un día por su camino pensando en su señora Arboles, perdiolo y vino a hallarse en un deleitoso campo, y en un alto lugar vio una pequeña casa, y como le pareciese que era ya tarde acordó de irse a ella y estar allí esa noche. Pues como a la casa llegase luego conoció que era ermita y consolose mucho, y entrando dentro se puso de hinojos ante una devota figura de Nuestra Señora, y mirando a la una parte vio un ermitaño, no de mucha edad, que con gran devoción ante el mismo altar oración hacía. Pues, así, dende a una pieza el buen hombre se vino para él y ambos a dos se saludaron. Luzmán le preguntó:

—Decidme, amado padre: ¿qué tanto ha que estáis en esta santa casa?

El ermitaño le estuvo mirando y pagose mucho de verlo, y con gran alegría le dijo:

—Yo ha veinte años que aquí moro. La causa principal por que yo escogí esta morada decírtela he, si holgares de la oír.

Luzmán le respondió que no deseaba otra cosa. Y así, le tomó por la mano y le sacó fuera, y ambos a dos se sentaron en un lugar de donde se parecía mucha y muy hermosa tierra, y allí el ermitaño le comenzó a decir así:

—Amado hijo, has de saber que mi propio nombre es Aristeo. Soy natural de la ciudad de Zaragoza, engendrado de nobles padres, dotado de gran hacienda. Pues como es natural a los hombres, yo amé a una doncella muchos años, y ella a mí, de manera que nuestro amor fue conforme y al fin casé con ella; y no pasaron ocho meses que la arrebatada muerte me arrebató de entre las manos aquel dulce contento que el tiempo en largos años me había dado. Del cual sentimiento quedé tal que muchas veces estuve a punto de perder el alma; mas volviendo sobre mí y conociendo que los bienes de la tierra son mudanzas breves y arrebatados placeres, y por no morir desesperado, esperé en el verdadero galardón que del Cielo viene despreciando lo de acá; y así, escogí este lugar después de muertos mis padres, que puede haber veinte años, dando mi hacienda, della a mis parientes y della a los pobres, haciendo esta pequeña casa donde vivo contento. Veis aquí, amado hijo, el discurso de mi vida, en breve relatada.

Cuando Luzmán oyó las palabras de Aristeo, en su corazón dio muchas gracias a Dios porque a él no le había sucedido de aquella manera, y tuvo por mejor ser viva Arbolea su señora, y él padecer vida trabajosa, que no ver desastrado fin en su vida por sólo su contento. Y bien conoció que Aristeo era muy cercano pariente suyo, mas no se le osó descubrir, temiendo no le estorbases su camino o se supiese el rastro dél.

Pues agradeciéndole mucho la cuenta que de su vida le había dado se entró con él en un pequeño aposento, en el cual, en una hermosa tabla, estaban escritos unos versos que Aristeo para su contento allí tenía, que así decían:

La muerte, d'envidiosa y atrevida,  
llegó como cruel, terrible, airada,  
llevándome el placer, descanso y vida.

¡Oh ánima hermosa colocada  
en soberano asiento, puro y santo,  
de rosas y jazmines coronada!

Tú gozas del divino y sacro canto,  
yo triste muero y vivo acá en la tierra,  
deshaciendo mi vida en puro llanto;

tú tienes siempre paz, yo tengo guerra.  
Mas ¡ay dulce Marcela, esposa mía,  
por quien el bien que tuve se destierra,

cuán poco me duró tu compañía!  
¡Oh beldad que excedía a toda cosa,  
consuelo de mi alma, y alegría!

¿Qué lirio, clavellina, o blanca rosa  
contigo se igualó mientras viviste,  
esmaltada de gracia generosa?

En fin, aquel amor que me tuviste  
jamás podré olvidar con este mío,  
que solo, con morir, dejaste triste.

Y así, el cuerpo mortal, defuncto y frío,  
acá se sosterná desconsolado,  
por quien tantas querellas yo te envío.

Tu retrato está en mí firme asentado:  
jamás lo perderé de mi memoria  
si la muerte no rompe este traslado.

En fin, me confié de humana gloria,  
y así fue el galardón cual la esperanza,  
y el despojo, mortal y sin victoria.

No me quejo de aquella confianza  
que tuve yo de ti, pues fue muy buena;  
mas quéjome del tiempo y su mudanza.

En fin, alegre estoy con cualquier pena  
que padezca, pues tuve aquel contento;  
y quien otro dijere se condena,  
pues yo contento soy con mi tormento.

Muy contento quedó Luzmán de los versos que Aristeo había hecho a la muerte de su esposa, y así, volviéndose a él, le dijo:

—Amado padre, bien dais a entender en la muestra desta tabla el verdadero amor que tuvistes a vuestra esposa Marcela, mas yo digo que os debéis de contar por dichoso y bienaventurado entre los hombres, pues gozastes de lo que pretendistes; que ya que el tiempo os llevó aquel contento, primero vuestra voluntad fue cumplida; y había de acabarse, pues tenía tiempo limitado, y de allí sacastes este fruto que entre las manos tenéis, adonde podéis gozar de la divina contemplación fuera de los engaños y tristezas del mundo; que si los ojos volviédes a las estrañas cosas que en él suceden, veríades fines desastrados y pensamientos en aire convertidos, con muchas sospechas de diferencias nacidas y muchos servicios; que mal galardón sacan al fin de sus días aquellos que van guiados de su misma voluntad.

Aristeo abrazando a Luzmán, muy pagado de sus palabras, le dijo:

—Hijo, yo conozco haberme hecho Dios grandes mercedes, y así, le ruego guarde mi entendimiento para que yo acabe en su servicio.

Y porque ya era hora de cenar dio a Luzmán de lo que tenía para sí. Y reposó ahí esa noche y otros ocho días, y al cabo dellos se partió con lágrimas de entrambos. Y así Luzmán, yendo pensando siempre en Arbolea, llegó a Barcelona y dende a diez días se embarcó en una nave que iba para Italia, y así, dio en un puerto en la tierra de Toscana, y hallándose allí acordó de irse a Venecia, por ver aquella ciudad que tan mentada era; y así, se despidió de los marineros y se fue su camino. Y tanto anduvo que llegó a Venecia en un día que en la plaza de Sant Marcos se representaba aquella tarde la memoria de la edificación y fundamento de aquella ciudad, y siendo desto muy alegre, se fue al lugar donde se hacía esta representación.

Estaba la plaza toda cubierta de paños de oro y seda, y a una parte della, sobre muchos pilares armado, un teatro cubierto de ricos paños, y en medio dél una rica silla; y estando así mirando estas cosas se abrió una puerta y por ella salieron muchos hombres viejos con ricos cetros en las manos, y en medio dellos una doncella, vestida la más ricamente que ver jamás Luzmán pensó, la cual se sentó en la rica silla y todos se pusieron alrededor della; y estando así muy sosegados, comenzó a decir con mucha auctoridad y grave continente, mirando a todas partes, las siguientes razones:

Parientes y vasallos muy amados,  
de quien tengo y terné gran confianza,  
ya sabéis que suele en los estados  
muchas veces haber nueva mudanza:  
se ganan las riquezas y reinados  
con armas y caballo, espada y lanza,  
y cuanto se trabaja en conquistas,  
lo mismo debe ser en conservallas.

De toda división huye el prudente,  
y abraza la justicia el avisado;  
llamaron a la paz antiguamente  
reloj de gran bondad bien concertado.  
El benigno señor, sin accidente  
temido, por amor es más amado:  
entonces vive el pueblo alegre y sano,  
mejor que con temor de rey tirano.

Pensaréis qu'el mandar se asienta y cabe  
en la fuerza y poder del señorío,  
y el rico, con tener, alcanza y sabe,  
prudencia inmortal en su albedrío.  
No por cierto, si falta aquella llave  
del hombre homenaje y poderío;  
por ésta se gobiernan las naciones,  
la cual suele faltar por divisiones.

La clemencia, razón, peso y medida,  
del cielo descendió por que en la tierra  
la malicia quedase destruida  
abrazando la paz contra la guerra.  
Aquella llamaréis eterna vida  
que ama la virtud, y el freno afierra  
con las riendas de amor y confianza,  
encima del caballo de esperanza.

Ya sabéis mi intención, determinada  
por vuestro parecer y buen consejo,  
pues nunca sin vosotros hice nada,  
teniéndoos ante mí por claro espejo.

No yerro, me parece, en ser casada,  
pues casarse desea el mozo y viejo;  
cuanto más yo, que soy una doncella,  
del mundo la más fuerte, rica y bella.

Responded sin temor lo que os parece  
yo debo de hacer sobre este hecho,  
juzgando con razón quién me merece  
y a vosotros y a mí venga provecho.  
Mirad que la fortuna mengua y crece,  
y en todos los estados pone pecho:  
no se ponga tardanza en lo que pido,  
pues es de la mujer honra el marido.

Como acabó la hermosa doncella de decir estos últimos versos (los cuales demostraban representar ella la ciudad de Venecia) luego se levantaron dos hombres ancianos ricamente vestidos, y a un tiempo se quitó una cortina con que estaba cubierta una gran tabla en lugar que de todos podía ser muy bien vista. Estaba en ella pintada, a la una parte, la famosa Roma, que parecía estar destruida, y asimismo Cartago, Francia y España, con otras muchas provincias, y escritos allí sus nombres, y al fin de la tabla estaba pintada Venecia muy al natural, y encima della una doncella con una espada en la mano, y a sus pies otra llena de cadenas, escritos sus nombres, significando la una *Libertad* y la otra *Sujeción*. A este tiempo sonaron muchos instrumentos, y luego habiendo parado, uno de los dos viejos, que a la derecha mano estaba, comenzó a decir así:

Subida Majestad, abre tus ojos  
y mira aquella tabla y sus pinturas,  
y en ella hallarás crudos despojos,  
cizañas, daños males, desventuras.  
Aquellos edificios son abrojos,  
sus victorias y triunfos, sepulturas  
de muchos que sin culpa fueron muertos,  
y todo por hacer mil desconciertos.

Las provincias del mundo, y sus potencias,  
han sido destruidas y asoladas  
por tener entre sí mil diferencias  
queriendo pretender ser más preciadas;  
Y así, deshechas son sus excelencias

y en mísero dolor serán tornadas,  
cautivas y en ajenas manos puestas,  
convertido en pesar todas sus fiestas.

El león es crüel, terrible, airado,  
y vive en libertad alegre y suelto;  
mas viniendo por tiempo a ser domado,  
en otra calidad le vemos vuelto.  
Y el caballo feroz siendo enfrenado,  
le hacen ser ligero y muy revuelto;  
así que *Sujeción* en llanto mora,  
pudiendo, si quisiese, ser señora.

Pues luego *Libertad* debe buscarse  
con gran solicitud, cordura y maña,  
pues vemos que el que viene a sujetarse,  
Fortuna contra él muestra su saña.  
A Roma con clamor veo quejarse,  
con todo lo del mundo hasta España;  
pues mira, vuelve en ti y entiende aquesto,  
si no quieres venir a llorar presto.

No pretendas marido ni lo quieras,  
pues luego, de señora tal cual eres,  
vernás a ser esclava muy de veras  
y a tornarse en gemidos tus placeres.  
Vernán a ser sujetas tus riberas,  
convirtiendo en pobreza tus haberes,  
y así, pensando ser más rica y fuerte,  
tú misma te darás amarga muerte.

Aquesto que te digo es lo que siento  
y debo de sentir, pues con cautela  
se rige todo el mundo, cuyo intento  
en sola la malicia piensa y vela.  
Y así, viene a morir cualquier contento  
a tiempo cuando menos se recela.  
Pues luego mira bien sobre este hecho,  
que muy contrarios son honra y provecho.

Acabado de decir estos versos, luego el segundo viejo, que a la siniestra mano estaba, comenzó a decir lo que se sigue:

Están muy pensativos tus vasallos:  
no quieras desterrallos de su gloria.  
Señora, ten memoria de tu estado  
tan rico y encumbrado de grandeza;  
no bajes con tristeza nuestra cumbre  
ni des muerte a la lumbre de tu fama.  
Mira a Troya, con llama destruida,  
y a Grecia ser vendida y engañada,

y a Roma saqueada con estrago,  
y a Corinto y Cartago sin sustancia;  
a Hungría, Italia y Francia muy sangrienta,  
y a España con tormenta y agonía.  
Quejosa está Turquía y Capadocia,  
Tesalia, Arabia, Escocia y sus valles.  
Tan solas son tus calles libertadas,  
de Neptuno cercadas con sus vientos,

En ti viven contentos tus vasallos:  
no quieras sujetallos con casarte.  
Pues tienes tanta parte en lo que digo,  
y al mundo por testigo de tus fuerzas,  
pues mira que no tuerzas contra el Hado  
tan rico y prosperado como el tuyo.  
No pienses que te arguyo por ser viejo,  
ni pide mi consejo tu privanza,

según la confianza de las gentes,  
mas por los accidentes que se esperan,  
do podrá ser que mueran muchos hombres  
por dar fama a sus nombres, y valerte;  
mas mira que la muerte cuando llega,  
que viene sorda y ciega, como loca.  
Así que, pues te toca ser prudente,  
con sabio continente te asegura:

no busques más ventura ni rodeos,

que siempre los deseos causan males  
y guerras desiguales, de manera  
que viene hambre fiera y divisiones.  
Pues entiende, señora, mis razones,  
y da crédito a ellas con paciencia,  
pues sabes que con mañas y prudencia  
se sujetan las sierpes y leones.

Luego que acabó el segundo viejo de hablar las dichas razones, haciendo su acatamiento calló, y luego la hermosa dama respondió desta manera:

Tornando sobre mí, conozco y veo  
el error en qu'estaba mi sentido,  
y hallo que era loco mi deseo,  
por cierto no mirado ni entendido:  
por do lo que decís ser verdad creo,  
tratado con saber y amor crecido;  
y así, pienso tomar vuestro consejo,  
el cual terné ante mí por claro espejo.

Aquesto se publique por mis tierras  
por que estén más alegres mis ciudades:  
no ternán por mi causa nuevas guerras,  
ni piensen de buscar más novedades.  
De hoy más mis florestas, valles, sierras,  
no teman las sangrientas tempestades,  
mas hagan alegrías con canciones,  
buscando sin parar mil invenciones.

Luego que Venecia concluyó sus palabras (pues la hermosa doncella tal nombre representaba) luego comenzaron a tocarse gran diferencia de instrumentos y a oírse suaves canciones; y estando así, por la una parte del teatro entró un pastor vestido de un pellizo blanco, su cayado en la mano, y como espantado se puso a mirar a todas partes; y al mismo tiempo entró por la otra parte otro pastor, vestido de un pellizo negro, y asimismo con admiración a todas partes miraba; mas luego parando la suave armonía y dulce canto, el primer pastor, que Ardonio había nombre, comenzó a hablar las palabras siguientes estando todos muy atentos:

ARDONIO

Si los hados me han traído

de los sotos y montañas,  
donde con puras entrañas  
manifiesto al dios Cupido  
la gloria de sus hazañas,  
yo no sé; mas sé que veo  
todo lo que puedo ver:  
gentileza y merecer,  
y más al pastor Floreo,  
con quien suelo contender.  
¿Qué haces, rudo pastor,  
principio de la rudeza,  
árbol de dura corteza,  
contrario de aquel amor  
bien de la naturaleza?

Luego el segundo pastor (que según parece había por nombre Floreo), tan desamorado cuanto Ardonio amoroso, le respondió desta suerte, pasando entrellos la siguiente contienda:

FLOREO

Pasmado de verme aquí,  
estaba fuera de tiento;  
mas ya con contentamiento  
soy vuelto del todo en mí  
para decir lo que siento.  
¡Oh sepulcro envejecido,  
maldita y falsa carcoma,  
pesar qu'es tarde entendido,  
lazo que sojuzga y doma  
la libertad del sentido!  
¡Oh vosotros, que de amar  
vivís contentos y ufanos,  
halláis vida en el pesar!  
¡Oh salvajes inhumanos,  
harto dignos de culpar!  
Qu'esa vida que traéis  
gastada en vuestros amores  
es la muerte, y no la veis;  
pues ved qué son los favores  
que deste amor pretendéis.

## ARDONIO

¡Oh miserable de ti,  
rústico, fiero animal,  
de paja lleno costal,  
importuno contra mí  
por acrecentar mi mal!  
¿Tú no ves qu'el Sol parece  
alegre alumbrando el día,  
y que la noche entristece,  
y el campo tiene alegría  
cuando de flor se guarnece?  
Tal es el amor que quieres  
deshacer con bajos nombres  
sus grandezas y placeres;  
y éste es el ser de los hombres  
cobrado por las mujeres.  
Sin ellas muerta es la vida,  
sin ellas todo es congoja;  
su victoria es conocida:  
árbol de preciosa hoja,  
para guirnaldas cogida.

## FLOREO

Muérdame el lobo rabioso,  
despedáceme el león,  
píqueme el bravo escorpión,  
si digo, de malicioso,  
esto con falsa intención.  
Mas es decir la verdad  
que de pura razón pende,  
y por mi fe no la entiende  
aquel que con ceguedad  
lo que digo me defiende.  
¿De quién se quejan las gentes  
sino destas importunas,  
principio de sus fortunas,  
terribles, bravas serpientes;  
piadosas no, ningunas?  
Por quién los reyes han sido  
de sus honras despojados  
y en división sus reinados,

y otros muchos han perdido  
sus famas, vidas, y estados.

#### ARDONIO

¿Qué vale el campo sin flores,  
o estar sin agua las fuentes?  
Muy poco, si paras mientes.  
Pues lo mismo sin amores  
valdrían todas las gentes.  
El cobarde es esforzado,  
diligente el perezoso;  
el pobre y flaco, animoso,  
y el imprudente, avisado,  
y el misero, generoso.  
Por este amor se levantan  
los ánimos hasta el cielo.  
Ellas son nuestro consuelo,  
de cuyos primores cantan  
las Ninfas acá en el suelo.  
Pues, hombres, vivid contentos  
los que sois de amor tocados,  
que tan altos pensamientos  
es victoria ser pagados  
con amorosos tormentos.

#### FLOREO

Vosotros sabréis, hispanos,  
si es verdad lo que aquí digo;  
respóndanme los troyanos;  
sea Cartago testigo,  
y el sitio de los romanos.  
¡Oh maldita pestilencia,  
que no sé dónde naciste,  
horrible y loca dolencia,  
mar esquiva, dura, y triste,  
destierro de la paciencia!  
De aquí nacen los rencores,  
los males, guerras y daños,  
fuerzas, pleitos, disfavores,  
enemistades y engaños,  
sospechas, ansias, dolores.

¿No le bastaba al pastor  
apacentar su ganado,  
y al rico estar descansado,  
y que fuese el labrador  
con su buey tras del arado?  
Hanse metido en honduras  
por los valles y collados,  
maldiciendo sus venturas,  
llamándose desamados  
deste amor y sus locuras.

### ARDONIO

Si tú a los muchos y pocos  
iguales, di: ¿qué se espera?  
Luego de aquesa manera  
todos son y han sido locos  
desde nuestra edad primera.  
¡Oh ignorante rudazo,  
mejor te fuera no ser,  
para dejar de beber  
con el amoroso vaso  
que clarifica el saber!  
Eres vieja y dura peña  
do las culebras están,  
de dos mil torpezas breña,  
lengua de crudo alacrán,  
monte de riscos sin leña.  
No miras el gran valor  
deste rey de los amantes  
llamado por nombre *Amor*,  
a quien los más importantes  
obedecen por señor.  
Y aunque sus llagas mortales  
duelan, porque son heridas,  
después que son conocidas  
no se reciben por males,  
que en salud son convertidas.  
Es amor una dulzura,  
placer, contento y regalo  
del hombre que amar procura;  
no con pensamiento malo,

que ese amor es desventura.  
Es apacible su llama,  
amorosa y no crüel,  
mas entiéndese de aquel  
que sus sentidos inflama  
llenos de firmeza en él.

#### FLOREO

Parcas, ¿por qué consentís  
en la tierra este pastor?  
Matalde, será mejor;  
que si no lo perseguís  
yo rabiaré de dolor.  
Fenezcas desesperado  
de loco y bravo accidente  
sin amigo ni pariente,  
o mueras despedazado  
por la más fiera serpiente.  
¿Por qué quieres comparar  
lo muy malo a lo qu'es bueno,  
y el placer con el pesar,  
y el día claro y sereno  
con la tormenta del mar?  
¿Qué bien puede dar un ciego  
guiado por su intención,  
sin concierto ni razón,  
enemigo del sosiego  
y amigo de confusión?  
Anda como balletero  
tirando jaras muy graves,  
y teneislas por süaves;  
pues el rapaz carnicero  
hombres mata, que no aves.  
Son sus canciones y motes  
sospechas, ansias, cuidados,  
destruyendo los poblados,  
y aun hiere a los sacerdotes  
en los templos encerrados.

#### ARDONIO

¡Oh tosco de baja mente

donde el dulce amor se enfría,  
en las malicias caliente!  
Dime: ¿qué parecería  
una gran ciudad sin gente?  
Y un árbol seco y sin hoja  
qu'el invierno desguarnece,  
responde, ¿qué tal parece  
antes qu'el tiempo le moja  
y viene verde y florece?  
¿Piensas que consiste amar  
en el deleite de amor,  
y en la gloria dél gozar  
solamente aquel dulzor  
que se pretende alcanzar?  
No por cierto, ni es así;  
porque amor has de entender  
que consiste en padecer,  
el hombre poniendo allí  
su voluntad, vida y ser.  
Vosotros, brutos bestiales,  
tomáis el amor por vicio  
y su bien tenéis por males;  
mas no es aquése su oficio,  
si no fuese entre animales.  
Así que el amor consuela,  
da vida y contentamiento;  
es vergel del pensamiento,  
por quien se levanta y vuela  
mil veces en un momento.

#### FLOREO

¡Oh edificio sin traza,  
hombre que mil yerros dice!  
El Cielo tu lengua avise,  
porqu'es de propria picaza,  
que ella dice y se desdice.  
Si pensases de vencerme  
con tus razones fundadas  
(siendo saetas malvadas  
que vienen por ofenderme,  
como píldoras doradas),

¿por que alabas un rapaz  
amigo de la mentira,  
desterrador de la paz,  
ciego que al contrario mira,  
dando guerra por solaz?  
¿Quién da terribles cuidados,  
muertes, llantos y gemidos?  
¿Quién destierra los casados,  
y de muy buenos maridos  
los envicia a ser malvados?  
¿Quién hace que las mujeres  
busquen tantas invenciones,  
sino este traidor que quieres  
dorar con falsas razones,  
siendo pesar sus placeres?  
De aquí se inventó la lanza,  
el dardo, espada y puñal  
ejecutores del mal,  
y la maldita venganza  
que pretende cada cual.  
De aquí vinieron las galas,  
entre las gentes, costosas,  
y otras mil costumbres malas;  
y más, que a todas las cosas  
luego les nacieron alas.  
Luego voló el interese  
y la carestía en todo,  
como si ya no lloviese,  
o el cielo por otro modo  
lo que daba ya no diese.  
La envidia se levantó  
con desafueros muy vivos,  
y la hambre comenzó  
por los gastos excesivos  
que cada cual pretendió.  
De aquí comenzó el castigo  
de los yerros vengador,  
y ese que llamas *amor*,  
entre el pariente y amigo  
fue tornado en desamor.  
Pues si tú quieres así

alabar este tirano  
por darme la muerte a mí,  
a fe con mi propia mano  
tome venganza de ti.

#### ARDONIO

Del cielo caiga mal rayo  
que te hunda y desperezca;  
tu vida presto fenezca,  
y en el más florido mayo  
no halles majada fresca.  
No te dé sombra la haya,  
el frezno, laurel, ni pino;  
no halles fuente ni playa,  
y el sol que alumbra contino,  
cuando te vea, se vaya.  
Porque tú, falso cabrón,  
cabeza y barba de erizo,  
quieres hacer división,  
con torpeza y bajo aviso,  
entre el alma y la razón.  
Tú hablas del deshonesto  
apetito sensüal  
que tiene todo animal,  
y de no entender aquesto  
dices del bien tanto mal.  
Qu' este corpazo pesado  
a sólo el placer se obliga,  
con los vicios regalado;  
mas el alma es de otra liga:  
inmortal vaso estremado.  
En este amor copïoso  
pone sus causas y efetos,  
sus grandezas y secretos,  
y ella con inmortal gozo  
imprime en sí sus concetos.  
Y así, la contemplación  
suya viene, toma y deja  
en la más alta ocasión;  
de manera que se aleja  
deste cuerpo y su intención.

Por donde halla el camino  
del más verdadero amor,  
dejando el cuerpo traidor  
que huye de lo divino  
por andarse a su sabor.  
Desta suerte has de entender  
qu'és amor y su potencia,  
a su majestad y a su ser  
y no que llames dolencia  
lo que da vida y placer.  
Y pues tú con tu maldad  
quieres decir dichos vanos,  
yo no quiero tu amistad;  
mas vengamos a las manos,  
que ellas dirán la verdad.

En acabando estos últimos versos soltaron los cayados y como mortales enemigos arremetió el uno para el otro, y echándose los brazos a los cuellos comenzaron a luchar, cada uno procurando de derribar al otro; y estando así salieron muchas doncellas hermosamente vestidas, con ramas de palmas y laureles en las manos, y entre ellas dos tañiendo en dos vihuelas de arco y cantando dulcemente. Y destas doncellas, las unas trabaron de Ardonio y las otras de Floreo, y levantándose ellos, dejada su enemistad aparte, comenzaron a bailar muy graciosamente; y así, todos juntos llevando en su rica silla a Venecia, se bajaron del rico teatro al son de muchos instrumentos.

Luzmán recibió gran contentamiento de haber visto esta representación, considerando en ella que debajo de cosas que parecían hacerse por pasatiempo estaban encerradas verdaderas semejanzas y avisos, y así, loó la fábula de la obra, y más la moralidad della.

Detúvose dos meses en Venecia y en otros lugares de aquélla Señoría, y pasado este tiempo se partió la vuelta de Ferrara, porque había oído decir que el Duque era muy avisado señor, y deseaba verlo, y asimismo la ciudad.

Pues yendo Luzmán por su camino, habiendo visto a Pavía y a otros lugares, pensando en la crueldad de su señora Arbolea y cómo por su causa iba desterrado, habiendo dejado su naturaleza y a sus propios padres; y así, llorando de sus ojos, comenzó a decir: «Bien parece, desventurado de mí, que en la tierna juventud sembré simiente que no tuvo sazón para poder echar de sí fruto que de provecho fuese, de quien me confiaba yo cuando con tanta alegría me hablaba, quedando de mí mismo contento teniendo en poco el bien de los otros, no pudiendo creer que penaban los que desdeñados y aborrecidos se veían. ¡Oh cuantas veces me reí dellos teniendo por estable mi suerte, y agora veo lo que yo dudaba! Mas, en fin, susténtese la vida; que

por amor, y tal cual es el mío, más que esto se debe de sufrir».

Diciendo estas cosas y otras hallose en un espeso monte y comenzó a ir por él a unas partes y a otras, y así anduvo tres días con mucho trabajo; y al cuarto día, ya que era bien tarde, llegó a un lugar el más fragoso que jamás pensó ver; y así, muy cansado salió a un pequeño llano cercado todo de espesos arboles y de grandes peñas, y vio a un lado dél hecha una choza toda de ramas de árboles, y como llegase cerca della vio no muy apartada una sepultura, la cual tenía encima una piedra, y en ella escritas con sangre unas letras que así decían:

Si alguno aquí acertare por ventura,  
viniendo a este lugar tan despoblado,  
entienda que aquí mora sepultado,  
debajo desta tierra y piedra dura,  
un cuerpo cuya gracia y hermosura  
la muerte derribó de alegre estado.  
No declaró su nombre el desdichado,  
mas no pudo encubrir su sepultura.  
Amor vivió con él alegre y fuerte;  
ninguno le igualó de amor herido.  
¡Oh fin arrebatado, duro y triste,  
pues pudo así romper bien tan cumplido  
derribando dos vidas una muerte!;  
mas la ley del amor aquí consiste.

Maravillado Luzmán de la sepultura y de lo que en ella estaba escrito, no pudiendo entender quién podía ser el que en aquel lugar tan apartado estuviese sepultado, o quién allí le habría dado sepultura y escrito sobre ella aquellas letras; y para mejor informarse, deseoso de entender este hecho llegó a la verde choza y entró dentro en ella; mas no halló persona ninguna, puesto que conoció que dentro debía de habitar alguno; y mirando por ella vio una pobre cama, y encima una arpa, y maravillado de tan solo lugar comenzose a entristecer y a decir: «Por cierto, Luzmán, que tú eres venido a parte cual te conviene. ¿Qué voy yo buscando, que ninguna cosa me cuadra sino ésta, pues en la mayor soledad viviré más contento?».

Y como esto dijo tomó la arpa en las manos, y con lágrimas de sus ojos, trayéndole el dulce son della a la memoria las cosas pasadas, viendo que nadie le oía sino sólo sus cuidados, comenzó a tañer y cantar los siguientes versos:

Pues de la pobre vida  
no me queda ya más qu'el pensamiento,  
con ansia dolorida

publíquese el tormento  
que yo, por desamor, viviendo siento.  
Revienten las heridas  
qu'el amor pudo atar con dura mano,  
y en partes no entendidas  
entiéndase temprano  
el bien que con morir agora gano.  
Vosotros, animales,  
si por ventura estáis de amar contentos,  
por bosques y jarales  
soberbios y hambrientos,  
veníos amansar con mis tormentos.  
Y todo lo criado,  
aquello a quien sujeta la Fortuna,  
doleos de mi hado,  
y muestre el Sol y Luna  
qu'es mayor mi pasión que no ninguna.

Estando Luzmán diciendo estos versos, tan embebecido en ellos que de sí mismo no se acordaba, solemnizados con mortales suspiros y dolorosas lágrimas, allegó a aquel lugar una mujer en extremo hermosa, que sería de edad de treinta años. Venía vestida de pieles de animales, traía a las espaldas una aljaba de saetas, y en la mano siniestra un arco, y en la otra un pequeño ciervo que ella misma había muerto. Pues como llegó cerca y entendió la suave armonía que Luzmán dentro de su morada hacía, fue muy espantada, y poniendo el ciervo en tierra, muy paso se puso tan cerca que pudo bien oír todo lo que Luzmán decía. Mas al fin, acabando Luzmán de tañer y cantar, tornó la arpa donde la había hallado, porque le aquejaba mucho la sed, y así, salió a buscar si hallaría agua, y a un tiempo ya la mujer entraba donde él estaba, y así, se encontraron. Muy maravillada fue ella de le ver, y él asimismo de ver a ella, la cual le dijo:

—Dime, amigo, ¿quién te ha traído a este lugar tan estraño, que por cierto a gran maravilla lo tengo?

Luzmán como viese su gentileza y graciosa apostura, y en la manera de su habla y grave continente representase valor, humillósele diciendo:

—Señora, yo soy un peregrino que andando deseoso de ver las cosas que el mundo en sí tan maravillosas tiene, perdí el camino y he venido con grande trabajo a este lugar; y, maravillado de lo que en él he visto, me estaba, acompañado con la contemplación de mi pensamiento, esperando que alguno viniese para entender el secreto desta estraña habitación, pues no sin gran misterio vive en ella quien puede sufrir tanta soledad.

La hermosa dueña miró a Luzmán más por entero, y pagose mucho de sus

palabras y hermosa presencia, y las lágrimas, sin poderlas tener, le vinieron a los ojos, y así, le respondió desta manera:

—Pues la ventura ha querido traerte en lugar, como tú dices, tan estraño, no debe de haber sido sin gran causa; y por eso, si tú me juras que jamás dirás que en este lugar estuviste ni me viste, si no fuese por ventura sabiendo que yo era muerta, decirte he yo quién soy y cómo estoy aquí.

Luzmán agradeciéndole mucho, se lo juró, y así, ella le tomó por la mano y se fue a sentar junto a una pequeña fuente que muy cerca de la sepultura estaba; y allí con grave rostro y triste continente le comenzó a decir lo que se sigue:

—Has de saber que mi propio nombre es la hermosa Porcia; soy sobrina del duque de Ferrara, la cual bien puedes creer que así por mi patrimonio como por mi grandeza y hermosura debía de ser muy amada y estimada y deseada de grandes y poderosos hombres; mas como Amor no guarda término ni espera tiempo, sino cuando quiere hiere y mata, despertando al que duerme en el sueño más pesado de su olvido; y éste hizo en mí en breve tiempo grandes cosas, porque desprecié a Galeazo, duque de Milán, y a Artidonio mi primo hermano, hijo del Duque mi tío, en cuya compañía me crié, y asimismo tuve en poco a Calistro, hijo del marqués de Mantua. Y esto todo para mayor gloria mía; porque sepas que amé a un caballero, natural de la fértil España, de una ciudad della llamada Zaragoza; estaba en el servicio de mi tío el Duque, muy privado suyo; llamábase Erediano. ¿Qué te diré de sus virtudes y excelentes gracias, que si dellas agora te hubiese de contar, gran tiempo sería menester? Sólo entiende que él me amó más que a sí mismo, y venido este amor a comunicarse, gozó de mi hermosura casándome yo con él; mas como la Fortuna envidiosa no permitiese fin próspero en principio de tanto contentamiento, antes que él pudiese llevarme, como concertado estaba, muy encubiertamente a su patria vínolo el Duque a saber. Y siendo yo desto avisada, se lo dije, y no tuvimos otro remedio sino que una noche nos salimos juntos de la ciudad de Ferrara, que siete leguas de aquí está, y quiso Dios que no fuésemos hallados; y así, venimos a este lugar, el cual es tan fragoso, y de fieros animales poblado, que jamás hombre aquí allegó, ni creo que pueda llegar si no es por ventura, como tú has hecho. Pues viendo mi dulce amigo que por ninguna manera nos podíamos ir sin ser descubiertos, hecimos aquí nuestra habitación por espacio de tres años, yendo él algunas veces encubierto a los lugares más cercanos a proveer de aquello que habíamos menester; y así, cazando con este arco que yo traigo nos sustentamos, con otras frutas y raíces que en esta tierra se hallan. Pues un día estando en este lugar, pasados los tres años de nuestra compañía, estando un día en mis propios brazos diciéndome que ya tenía pensada la manera como me había de llevar a su tierra, le dio un dolor en el corazón, y en término de tres días murió. Pues yo desventurada, sola sin aquel que era mi alegría, quedé como muerta; mas la necesidad me dio fuerzas, y así, le tuve algunos días ante mis ojos, hasta que el tiempo me lo negó, porque las aves y animales a mí y a él persiguían; y por esto, haciendo con mis propias manos aquella sepultura, le metí dentro,

buscando aquella blanca piedra en la cual de mi propia sangre escribí aquellas letras que allí ves. Y sin él he vivido siete años en este lugar, con este arco matando las fieras bestias, como él hacía el tiempo que vivió, para sustentarnos como para defenderme de ellas. Y todos los días del mundo, con aquel instrumento que allí hallaste, con el cual él me cantaba hermosos versos, yo dos veces al día le canto otros por mí compuestos en memoria del pasado tiempo que con él tuve y de la queja que yo de la cruel muerte tengo, y con razón, pues llevándome tanto bien, me deja a mí padeciendo tanto mal. Ya te he dicho el proceso de mi vida, y porque hora es de hacer lo que yo suelo, ruegote no me impidas, ni me hables palabra hasta que yo haya acabado.

Y como esto dijo levantose, y tomando la arpa del lugar donde estaba volvió a la sepultura, y destocándose un tocado que sobre su cabeza traía descubrió los más hermosos y rubios cabellos que podían ser vistos, y con muchas lágrimas y suspiros lloró una pieza sobre la sepultura; y luego aseosegándose, tomando la arpa en las manos la comenzó a tocar dulcemente, y con suave voz comenzó a decir los siguientes versos:

Levántese mi voz: comience el canto  
del afligido cisne cuando muere,  
y entiéndase la causa de mi llanto;  
Y el soberano Sol cuando volviere,  
no muestre claridad, mas llore el día  
al tiempo que su luz la tierra hiera.  
No muestren ya las aves su alegría,  
huyendo de las fuentes y los ríos;  
mas hagan con dolor triste armonía.  
Y los árboles verdes y sombríos  
se sequen, y la tierra esté mostrando  
tristeza con oír los llantos míos.  
La mar, de muy airada, esté bramando,  
cortando Tesifonte el triste hilo,  
que en un tiempo por mí estuvo aspando;  
Y las Ninfas qu'están cercando el Nilo,  
con hermosas guirnaldas lloren luego,  
rompiendo su placer mi triste estilo.  
Y la esfera mayor, donde está el fuego,  
se entristezca, quedando oscura y fría,  
faltando en lo demás todo sosiego.  
¿Qué tristeza se iguala con la mía?  
Y, en fin, vivo con ella porque espero  
en la muerte hallar nueva alegría.

Yo siempre estoy muriendo y nunca muero.  
¡Oh muerte desleal! ¿Quién te detiene,  
que no vienes a mí porque te quiero?  
Mas es justo que yo viviendo pene,  
y tenga por ventura cualquier pena  
qu'el tiempo contra mí, airado, ordene.  
¡Oh ánima fiel, hermosa y buena!  
Y ¿cómo te partiste deste suelo  
dejando aquesta mía en tierra ajena?  
En fin, es el vivir mar de recelo,  
de males y sospechas rodeado,  
y así, no puede dar ningún consuelo.  
Aquello que promete es prestado,  
y así como lo da, luego lo quita  
con mano soberbiosa y rostro airado.  
¡Oh paz que ha de reinar con luz bendita!  
Acuérdate de mí, por quien tú eres,  
que tu ley en mi alma tengo escrita.  
Y aunque quede mi nombre entre mujeres  
afeado, por ser de amor vencida,  
sabiendo que son vanos sus placeres,  
yo partiré contenta desta vida,  
porque el amor que tuve y tengo es bueno,  
el cual no mereció tan gran caída.  
¡Oh cielo de beldad, claro y sereno,  
y tú, noche apacible a los mortales,  
poned a mi dolor templado freno!  
Y vosotros, silvestres animales  
que esperáis a la luz de la mañana,  
venida que será llorar mis males.  
Y tú muerte crüel, que, de inhumana,  
me llevaste a mi bien y dulce amigo,  
acaba de venir, pues muero ufana.  
Recíbeme, mi alma, allá contigo,  
que presto moriré, según me siento,  
pues no puedo tener contentamiento  
hasta verme contigo, y tú conmigo.

Acabados de cantar estos versos por la hermosa Porcia, luego se cubrió su cabeza y tornó a poner la arpa dentro en su morada. Luzmán se vino para ella, y ella le dijo:  
—Amigo, bien será que demos orden a dar sustento a estos nuestros cuerpos, que

nuestros espíritus de mayor manjar se mantienen.

Y dicho esto tomó el pequeño ciervo y le comenzó a desollar, ayudándole Luzmán, y haciendo fuego le asó, y junto a la fuente, sacando algunas frutas y raíces que tenía, cenaron. Acabada la cena, Luzmán le comenzó a decir desta manera:

—Preciada señora, no he tenido lugar de darte gracias por la cuenta que de tu vida me has dado, y agora, después de te las dar, te ruego me perdones por lo que te quiero decir.

—Di lo que quisieres —dijo Porcia—, que yo te escucharé con entera voluntad. Y en lo que dices agradecerme haberte dado cuenta de mi vida, yo he holgado dello, porque me pareces hombre que hay en ti más valor encubierto que muestras.

Y diciendo esto calló para que Luzmán comenzase. El cual comenzó así:

—El sobrado valor y alto merecimiento tuyo tiene admirado mi sentido, y éste has querido rendir a la más alta y subida cosa que jamás se ha entendido; quiero decir, señora, que por amor despreciaste tu grandeza y propia patria, riquezas y señorío y veniste a este lugar, en el cual no puede habitar cosa humana que racional sea sino tú, que has pasado a todas las altas doncellas que hasta ti han sido, y aun dudo que las que vernán después te puedan igualar. Esto, ¿de que nació? De ánimo firme y de contemplación subida y de desprecio de las cosas mundanas; poniendo sólo el intento a aquel dulce regalo que el corazón pretende alcanzar con el ñudo soberano del matrimonio. Fue amor sin deseo, y deseo de lo que convenía; y convino que así fuese, pues ni podía ser ni fuera, si del Cielo no estuviera ordenado. Mas, hermosa señora, ya esto es pasado, y debes, si te parece, entender agora nuevamente tu vida como si de algún sueño recordases, contentándote con diez años que en este lugar has estado, y no querer acabar aquí tus días, que podrá ser no morir tan bien ni con aquel aparejo que debes. Mira que el alma es mejor que el cuerpo, y ése te debe de engañar con aquella ira que la importuna sed de la muerte de tu amigo te ha causado; y si tú quieres, yo te llevaré deste lugar a alguna parte donde vivas encubiertamente lo que de la vida te queda; y más te daré parte del haber que conmigo llevo, doliéndome que en tal lugar perezca una mujer como tú. Perdóname, señora, que tu bondad me da atrevimiento, y tu claro juicio me pide que esto haga; porque puesto que lo que haces sea bueno, mejor me parece lo que yo te suplico, pues ya con lloros, suspiros y lamentaciones, lágrimas y penosas ansias no puedes volver al mundo a Erediano tu esposo, antes es causa que más presto mueras; y de tu muerte no se podrá saber, porque en este lugar no creo que jamás hombre venga, y tu cuerpo será de animales y aves despedazado, y es gran dolor que no se sepa tan alto sujeto como fue el principio de tu vida y el maravilloso fin della. Esto es, señora, lo que decirte quería y lo que a mí me parece: ruégote por Dios lo mires, y si yo te digo cosa que te contente, hazlo, que yo te juro por la fe de quien soy que como verdadero hermano haga por ti lo que dicho tengo, poniéndome a todo peligro; aunque no lo habrá, que con prudencia se puede procurar esta tu partida.

Y como esto dijo calló Luzmán. La hermosa Porcia, que muy atenta había estado

a sus palabras, en extremo holgó de oírlas, y tuvo a Luzmán en mucho, representándose ante ella el valor que encubierto tenía y aquello que dél había sospechado; y así asegurándose un poco, le respondió lo que se sigue:

—Verdaderamente, amigo, en oír tus palabras he recibido gran contentamiento, pues de ti y dellas he sacado muchas cosas, todas para mi provecho. De ti he acabado de entender ser persona de mucha virtud y de gran discreción, no te faltando noble sangre, que donde esto hay no falta cosa ninguna; y de tus palabras entiendo que debes de entender que yo en este lugar, muriendo en él, haya de perderme con la desesperación que suelen tener aquéllos cuando faltándoles el bien se acaban a sí mismos. No lo entiendas así; que yo lloro no porque el llorar, los gemidos y suspiros, lágrimas y arrebatadas voces me puedan dar a mi dulce amigo, mas hágolo porque el corazón con esto descansa; y cuando los ojos al cielo levanto, es acordándome que de allá vienen todos los bienes y consuelos que en la tierra se hallan, y que pienso que está allá aquel mi dulce esposo, pues su vida tal lugar dio a entender que le esperaba; y cuando los bajo a la tierra es considerando que todos los males que son hasta la muerte salen della, y a ella como a verdadera madre vienen a parar nuestros humanos contentos; y cuando miro estas cuevas y soberbias peñas y estos árboles verdes, contemplo en ellas y en ellos la soledad que el ánima tiene en esta vida con la vana esperanza de sus mudanzas, hasta que vaya a aquel lugar para donde fue criada. Pues entiende agora dónde va el fin de mi pensamiento y a qué blanco tira la jara de mi inclinación, y entendiéndolo no me culparás ni me aconsejarás que de aquí salga, y así, no lo hare jamás, antes quiero morir donde murió quien por mí tomó la muerte. Y en lo que dices que moriré en este desierto sin que mi muerte se sepa, no pretendo yo la gloria mundana ni el juicio della; y si las aves y serpientes me comieren, ya sabes tú que el cuerpo sin el alma poca honra merece, y así, yo no la quiero; y aquello a que te obligas, que es llevarme contigo y darme de tu haber, yo por esta voluntad te doy muchas gracias; y ruego que en esto no me hables, mas me hagas un placer, y es que me digas quién eres, pues yo te he dicho mi vida.

Luzmán oyendo las palabras de Porcia, de su discreción quedó muy satisfecho, y oyendo que no quería hacer lo que le aconsejaba no habló más en ello, antes le contó quién era y la causa por que así andaba, de que Porcia quedó muy maravillada, y por otra parte muy alegre en saber que Luzmán era caballero y apasionado de amor, como ella lo era, y de aquella patria de su dulce esposo. Y con esto le rogó que quisiese quedarse allí tres o cuatro días, porque le quería mostrar cosas estrañas que en aquel desierto había, y él se lo prometió. Y porque era hora, partiendo con él de la pobre ropa que tenía, se acostó Luzmán a reposar esa noche, y ella se metió en su pobre morada.

No era venida la clara mañana cuando la hermosa Porcia salió de su morada y sobre la sepultura comenzó a hacer su acostumbrado llanto, porque dos veces al día solía hacerlo: una vez a la noche, cuando el sol se partía, y otra vez a la mañana, cuando tornaba a volver; y así, con su arpa en las manos, tañiendo dulcemente,

comenzó a decir los siguientes versos:

¡Oh Sol resplandeciente  
que vienes a dar lumbre a los mortales,  
y alegras juntamente  
las aves y animales  
estendiendo tus rayos celestiales!  
Alumbra el alma mía,  
qu'está en escuridad con gran recelo  
en esta tierra fría,  
tan falta de consuelo,  
esperando la luz del claro cielo.  
Y tú Muerte, ¿qué haces?  
Pues no precias a reyes, duques, condes;  
mas todo lo deshaces,  
y ¿a mí no me respondes?  
Pues ven si has de venir. ¿Por qué te escondes?  
Y tú Bien copioso  
de suma majestad, en quien confío,  
allá do está mi esposo  
me lleva, Señor mío,  
quedando en este bosque el cuerpo frío.

En diciendo estas últimas palabras bajó el rostro sobre la sepultura, haciendo encima della una cruz con su mano, y como ya fuese llegado el término de su vida, murió, sin que palabra otra alguna dijese que de Luzmán pudiese ser entendida. Pues él, que atento había estado a la suavidad de su música y por no estorballa apenas se había osado menear, como la vio así levantose y fuese a ella, y como muerta la hallase quedó muy turbado y lleno de confusión; y como si su hermana fuera, o de muchos años la hubiera tratado, comenzó a hacer esquivo llanto y a decir palabras muy lastimadas; y al fin esforzándose, quiso dar en aquel hecho algún remedio, y entrando en la verde choza halló una pequeña azada, y tomándola, cavó la sepultura hasta que llegó a los huesos de Erediano, y llorando de sus ojos tomó en sus brazos a Porcia y la metió dentro y tornola a cubrir con la misma tierra.

Y hecho esto, porque en havello se le pasó gran parte del día se partió por donde más llano camino vido, y con grande cansacio y peligro anduvo seis días sin comer otra cosa que yerbas, no pudiendo salir a ningún camino; y al septimo día halló una senda y anduvo por ella; y no anduvo mucho cuando encontró algunos caballeros y otras gentes, y preguntando a un hombre qué gente era aquélla, le respondió:

—Aquí va Artidonio, hijo del duque de Ferrara, a la ciudad de Milán.

Él preguntó cuánto estaba de allí Ferrara.

—Dos leguas —respondió el hombre.

Luzmán se alegró, y aquella noche llegó a la ciudad y se fue a una posada donde descansó de su gran trabajo hasta otro día, que se fue a oír misa; y desde que hubo comido acordó de ir al palacio del Duque, porque le quería dar cuenta de todo lo que había visto.

Pues llegado al palacio luego vinieron para él los que en la guardia desta casa estaban preguntándole qué quería; él respondió que hablar al Duque, y tomándole un portero consigo, sin más preguntarle ni detenerle le metió en una hermosa huerta donde el Duque estaba. El cual como vio a Luzmán llamole diciendo que se llegase cerca dél. Luzmán holgó mucho de verle, porque tenía gentil presencia, puesto que era de cerca de setenta años, y así, se le humilló, diciendo:

—Señor, yo tengo de hablar contigo si tú me das licencia, que sin ella más sería atrevimiento loco que prudencia, pues ante tal hombre como tú menester es gran comedimiento y humildad, pues dél y della se viste y adorna el sabio.

El Duque miró a Luzmán y parecióle muy bien, y respondióle así:

—Amigo, siempre tuve por costumbre de oír benignamente a todos aquellos que de mí hubieren menester cualquiera cosa; y cuanto más pobre y necesitado es aquel que a hablarme viene, tanto yo con mayor voluntad le oigo y favorezco, pues no se puede llamar señor quien desto huye, porque la benignidad es aquella que sublima y ennoblece al príncipe oyendo al pobre como al rico; y poniendo los ojos en sus vasallos y propios siervos, ha de entender la falta que hay en ellos y entonces remedialla. Porque aquel que desto huye, más es señor para sí que para otros, y sus riquezas no se pueden llamar bienes prósperos; y así, yo pretendo, con lo que Dios me ha dado, ser como el padre de las familias y sembrar para todos, por que coger puedan de mí lo que a ellos falta. Así que, amigo, di lo que quisieres, que aparejado estoy para oírte.

Luzmán se le humilló otra vez y le comenzó a decir desta suerte:

—La sublimada fama de tu nombre muchos días ha que en mis orejas está puesta, y así, solamente por te conocer vení a esta tu ciudad, porque mi costumbre es ésta, deseando ver las cosas grandes y maravillosas. Pues entiende, señor, que lo que obras no puede tener fin; que puesto que el mundo lo tenga, la virtud, como sube a su propio lugar, no puede de allí caer. Y para que mejor entiendas lo que decirte quiero, has de saber que yo soy un caballero de España que, deseoso de ver y entender las estrañas cosas que el mundo tiene en sí, salí de mi tierra desta manera como me ves vestido, y viniendo a esta ciudad, no sé cómo, el camino perdí y anduve por un estraño bosque cuatro días, y al cabo dellos hallándome en un llano, topé una sepultura.

Y de aquí le comenzó a contar todo el hecho de Porcia y Erediano de la manera que lo había visto y oído de su boca. Cuando el Duque esto entendió fue muy maravillado y las lágrimas le vinieron a los ojos; y levantándose, abrazó a Luzmán diciendo:

—Yo doy gracias a Dios por tan extraño hecho y golpe de fortuna: terrible fue el primero, y mayor el segundo. En fin, en larga vida grandes pesares; y pues así es, dese luego remedio para que estos dos firmes amantes sean traídos a esta ciudad; y vos, mi buen amigo, por mi amor, sed la guía hasta tanto que aquí vengan.

Luzmán respondió que era muy contento, y así, luego otro día, por mandado del Duque, fueron muchos caballeros y otra gente, guiándolos Luzmán, y con gran trabajo llegaron a la sepultura, y de allí sacaron el cuerpo de Porcia y los huesos de Erediano, donde con ellos se volvieron a la ciudad. El Duque, con muchos caballeros, salió a recibir esta triste venida, y sumptuosamente los mandó sepultar.

Tres meses estuvo Luzmán en Ferrara, que nunca el Duque le dejó partir, tanto holgaba con su conversación, y al fin le hubo de dar licencia; y por su consejo se hizo un sepulcro muy maravilloso, y las letras dél, Luzmán las compuso. Era desta manera: todo era labrado de muy hermoso alabastro, con muy doradas antiguallas; encima dél estaban, que se podían bien ver, naturalmente obrados los dos amantes; a la cabecera de Erediano había un escudo: a la una parte dél estaba él retratado, y a la otra parte el dios de Amor tenía el arco y flechas quebradas en la mano, como que las quería echar con rostro airado, y en medio unas letras que así decían:

¿Qué dices, dios de Amor?	<i>Vengo enojado.</i>
Y ¿qué es la causa? Di.	<i>Tu mala suerte.</i>
Pues ¿qu'és de tu poder?	<i>Ya no soy fuerte.</i>
Y ¿quién fue la ocasión?	<i>Tu triste hado.</i>
¿Qué hallas en mi ser?	<i>Fin desdichado.</i>
Y ¿quién le derribó?	<i>La cruda muerte.</i>
¡Amor, venme a valer!	<i>No hay ya valerte.</i>
Tus armas, ¿dónde son?	<i>Las he quebrado.</i>
¿Qué te quito en morir?	<i>Las glorias mías.</i>
Pues ¿qué puedo hacer?	<i>Tener paciencia.</i>
¿De dónde me verná?	<i>De tu deseo.</i>
Mi Porcia ¿vivirá?	<i>No muchos días.</i>
¿Quién se los quitará?	<i>Tu larga ausencia.</i>
Y ¿no hay remedio, Amor?	<i>Yo no lo veo.</i>

A la banda de Porcia estaba otro escudo: a un lado dél ella, al natural retratada, de la manera que andaba en el bosque, y a la otra parte del escudo asimismo retratado Erediano, y en medio figurada la Muerte, que el arco y flecha tenía contra Erediano y el rostro vuelto a Porcia, y a sus pies de la Muerte unas bien obradas letras que así decían:

¡Aparta de delante, muerte fea!  
No me encubras la flor de mi verano;  
mas déjame gozar de Erediano,  
pues no puedo vivir sin que le vea.  
Hermosísima Porcia, nadie crea  
que se puede soltar de aquesta mano,  
y así, tu corazón y el suyo, ufano,  
muy presto vestiré de mi librea.  
¡Oh dulce juventud, corta ventura!  
Pues llévame con él, no quede en tierra  
tan sola, sin placer, dura y fragosa.  
Primero le darás la sepultura  
en un pequeño llano desta sierra,  
y luego morirás, dama hermosa.

A los pies deste hermoso sepulcro estaba otro escudo, y en él escritas unas letras de oro muy bien hechas, las cuales decían desta manera:

Aquí están sepultados dos amantes:  
Erediano y Porcia, ilustre y clara  
sobrina del buen duque de Ferrara,  
casados por amor, firmes, constantes.  
Este hecho no culpen ignorantes,  
pues saben qu'el Amor, cuando dispara,  
en cosas de gran ser pone la cara,  
derribando las fuerzas importantes.  
Vivieron en un monte estraño y fiero  
con vida trabajosa algunos años:  
a los tres murió él, y a los diez ella.  
Que cualquier amador, si es verdadero,  
no teme diferencias, muertes, daños:  
ejemplo es este varón y esta doncella.

Aquí se acaba el primero libro desta *Selva de aventuras* y comienza el segundo, en el cual se cuentan las estrañas cosas que Luzmán vido andando en su pelegrinaje.

## Libro segundo

---

### Comienza el segundo libro desta Selva de aventuras

---

Partido Luzmán de Ferrara, tomó el derecho camino de Lombardía, y así, vido las mejores tierras della, siempre pensando en el estraño fin de Porcia y cuánta ventaja en ley de amar llevaba a su señora Arbolea, aunque en hermosura no se la daba. Pues, así, anduvo tanto que llegó a la ciudad de Milán, donde él llevaba el intento por haberla oído tanto alabar; y así, llegando a ella, se fue esa noche a la casa de una honrada dueña, la cual le recogió amorosamente; y estando así, vino un hijo que ella tenía del palacio del Duque, paje suyo, y como viese a Luzmán llegose a él y comenzole a preguntar de dónde era, y él le respondió diciendo como era de España y que venía con deseo de ver las cosas del mundo. El mancebo, que de ver a Luzmán quedó muy contento, y en su manera se le representó ser hombre de valor, le dijo:

—Pues vuestra intención es de ver grandes cosas, yo quiero, si a vos os place, llevaros conmigo esta noche al palacio del duque Galeazo, con quien yo estoy, porque hoy se ha casado y esta noche se hacen muchas fiestas, y así, las podréis ver, que yo creo os contentarán tanto cuanto podréis ver o haber visto.

Luzmán se lo agradeció mucho y le dijo que era muy contento, y así, cenaron, y después de cenar se fueron juntos.

Estaba aderezada una rica sala, toda cubierta de paños de fino carmesí, broslados todos de oro con las armas del Duque, las cuales eran unos delfines sobre ondas de plata, y al derredor había letras que todas igualmente decían así:

Crecieron y crecerán  
sin fin en el fin que tienen  
los que en mi mar se sostienen.

Desta sala entraron en otra, cuya riqueza era de gran estima; y allí Fabio (que así había nombre el paje) le puso en un lugar de donde pudiese muy bien ver todo lo que allí se había de hacer. Pues mirando Luzmán al Duque, que de poca edad era, vestido ricamente, muy acompañado de caballeros, y a la Duquesa, que de gran hermosura era dotada, acompañada de muchas dueñas y doncellas, vio que de una nube que artificiosamente estaba hecha en lo alto de la sala, abriéndose por medio, bajaba una doncella artificiosa-mente vestida toda de tela de plata con unas alas de maravillosas plumas, y traía en las manos un hermoso instrumento a manera de lira, la cual dulcemente tañiendo y cantando, comenzó a decir así:

Levántese la voz qu'está escondida  
en los montes más altos del Parnaso,  
y vaya desde allí por mar y tierra.  
Las Musas traigan luego el claro vaso  
con el agua que está de amor cogida,  
sintiendo cuantos son ardiente guerra,  
y en la encumbrada sierra  
adonde yo triunfando  
sustento con mis alas navegando,  
aquella gran potencia que se encierra  
en el linaje y bando  
de aquesta casa antigua, cuya fama  
el tiempo, con razón, su ser derrama.  
La justicia quebró su antigua espada,  
quedando pensativa y lastimera.  
No siento la razón por que lo ha hecho;  
en fin, toda cizaña esquivada muera,  
reinando ya la paz, que desterrada  
estaba con dolor muy sin provecho.  
El mundo está deshecho  
reinando la crueza,  
y todo por estados y grandeza.  
Mas ¿quién podrá traer el mundo al peso  
de la naturaleza,  
que falta fuerza y seso?  
Así que todo va perdido y muerto,  
habiendo en todas cosas desconcierto.  
Pues yo quiero volar ligeramente  
por los montes más altos de Tesalia,  
volviendo por las partes de Ruxía,  
habiendo dicho antes por Italia  
el triunfo singular que aquí presente  
las Ninfas han juntado en este día.  
Después la lengua mía  
podrá muy sin recelo  
encumbrar tu grandeza allá en el cielo.  
Mas ¿qué pienso de decir, que en tan gran cosa  
conviene mayor vuelo  
y gracia poderosa?  
Mas quiero levantarme, que ya tardo,  
que pues la Fama soy, ¿a quién aguardo?

Luego que acabó de decir estos versos se tornó a levantar hasta donde la nube estaba y se entró dentro, y luego salieron de dos aposentos (que el uno frontero del otro estaba) dos pastores, ambos de poca edad: traían en las manos sendas liras, y el uno que antes que el otro salió venía cantando a un son que a tristeza convidaba unos versos quejándose del amor en ellos, los cuales así decían:

Quien fía de su amigo  
le mueve la razón sin ser forzado;  
mas quien de su enemigo  
está muy confiado,  
no se queje después si fue engañado.  
El lince, viendo alcanza  
a trespassar un monte y una sierra:  
tal fue la semejanza  
de do nació mi guerra,  
pues vi yo, por mi mal, tu cuerpo en tierra.  
El basilisco mata  
con ojos de ponzoña a cuantos mira:  
de tal suerte me trata  
la vista de tu ira,  
Por do mi corazón de amor sospira.

Como este pastor, con triste sonido, acabase de decir estos versos calló poniendose a mirar a la Duquesa y a todas las otras dueñas y doncellas, y a este tiempo el otro pastor, con alegre armonía, comenzó a tañer y a decir desta manera:

Yo solo de la Fortuna  
jamás no fue perseguido,  
porque Amor  
a los falsos importuna,  
y aquéllos pone en olvido  
y da dolor.  
Yo por las verdes montañas  
gozo las yerbas y flores  
y sus frutos,  
porque ha visto mis entrañas  
Amor, que no da favores  
a los brutos.  
Y pues sólo merecí  
lo que nadie mereció

de derecho,  
viva la firmeza en mí,  
pues ésta nunca murió  
en mi pecho

Acabado de decir estos versos parose, y luego el primer pastor, llamado Boliano, comenzó a decir a este segundo, que Hirponio había nombre, desta manera:

BOLIANO

Hirponio, ¿qué te parece  
de mi gran desventura  
y mal fiero?  
¿Quién de mí no se adolece,  
conociendo mi tristura  
y cómo muero?  
Mejor me fuera no amar.  
Mas yo digo en lo que toco  
falsamente,  
porque más vale penar;  
qu'el qu'está sin pena es loco,  
y no prudente.

HIRPONIO

De tu rabiosa pasión  
puedes creer, Boliano,  
que me pesa;  
mas tú, fuera de razón,  
escogiste con tu mano  
tal empresa.  
Que no debieras de amar  
en el lugar que escogiste  
sin recelo;  
porqu'es doblado el pesar,  
y da fin amargo y triste  
por consuelo.

BOLIANO

¿Cómo me dices que no  
amase, si no era en mí  
defenderme;

porque el amor me forzó,  
y entonces más merecí  
con perderme?  
Que tan excelente llaga  
era victoria sufrilla  
y tenella;  
porque el amor da tal paga,  
mostrando por maravilla  
vida en ella.  
Así que si tú llevaste  
el bien que yo pretendía  
merecer,  
no por eso me quitaste,  
con llevarme el alegría,  
mi querer.  
Que yo bien podré morir  
y entregarme de mi gana  
a los enojos;  
mas no que pueda partir  
el valor de Beliana  
ante mis ojos.

#### HIRPONIO

Pues que te llamas contento  
no es menester consolarte;  
mas cantemos  
cada cual con su instrumento,  
por que con más gracia y arte  
placer demos.

Acabadas estas palabras luego comenzó a templar su lira Hirponio, y templado que la hubo, comenzó dulcemente a decir la siguiente canción.

Alégrense las aves y animales,  
y los peces del mar y sus riberas;  
los prados y florestas tengan flores,  
y estiéndase mi voz por los mortales,  
la cual pueda amansar sus ansias fieras  
nacidas y engendradas por amores;  
y de nuevas colores

el gran arco del cielo  
se vista, para dar mayor consuelo;  
y todo cuanto pido  
suceda con valor de amor cumplido,  
perdiendo toda suerte de recelo,  
pues yo sólo alcancé con mansedumbre  
lo más que tiene Amor allá en su cumbre.

Acabando Hirponio de decir esta canción, luego Boliano, que atento había estado al gran contento de Hirponio, comenzó a tañer y cantar lo que se sigue:

#### BOLIANO

De gran escuridad se vuelva el día  
a los tristes gemidos de mi canto,  
y las aves se escondan en sus nidos  
oyendo el gran dolor de mi armonía,  
haciendo cuantos son terrible llanto  
quedando, con me ver, de amor heridos.  
Los árboles vestidos  
se vean despojados  
de hoja, fruto y flor, y los collados  
se hundan al abismo  
sintiendo mis cuidados  
causados por mí mismo,  
y así, con gran dolor todas las gentes  
en sólo mí pesar pongan las mientes.

#### HIRPONIO

Yo solo cantaré, viviendo ufano,  
alegre, firme y fuerte en toda hora,  
de ti mi Beliana, fuente y río,  
hermosa primavera del verano,  
de quien Amor, vencido, se enamora,  
envidioso de ver tanto bien mío.  
Yo soy el que confío  
en no poder mudarse  
el bien que tengo agora, ni apartarse,  
pues no tiene Fortuna  
poder para enojarse,  
ni otra cosa ninguna

se puede levantar contra mi hado  
haciéndome quedar desconsolado.

### BOLIANO

La muerte llamaré, y entre las peñas  
haré mi habitación, do pueda el eco  
responderme a lo menos cuando hable.

A los aires haré mortales señas,  
y en el valle más bajo, oscuro y seco  
daré fin a mi vida miserable.

No hallo suerte estable  
qu'el tiempo no la mude.

Y en esto que yo digo nadie dude  
si pende de esperanza,  
pues hice lo que pude,  
muy firme, sin mudanza,  
y el pago que saqué fue morir luego,  
quedando sin sentido preso y ciego.

Acabada esta última canción por el triste Boliano luego salió de un artificio que cubierto estaba al fin de la gran sala un carro triunfal que seis ciervos muy hermosos sobre sí traían: era hecho de artificiosos arcos cubiertos de oro y seda, y en medio dél venía una rica silla y en ella sentado el Amor, y al derredor del carro muchos hombres, vestidos de costosos trajes, tañiendo diferentes instrumentos. Y luego que el carro llegó junto adonde los pastores estaban, el Amor salió dél con un dorado arco en las manos y una flecha, así como lo pintan los antiguos, y parando la suave música comenzó a decir con semblante grave, mirando a todas partes, las palabras que se siguen:

La majestad y grandeza  
de mi nombre se levante  
con sus glorias.

Muera toda fortaleza,  
y sólo la Fama cante  
mis victorias.

Reconozcan los mortales  
mi valor firme y perfeto;  
pues yo soy  
quien doma los animales,  
y en el lugar más secreto

allí estoy.  
Yo venzo sin ser vencido,  
porque mi forzosa guerra  
siempre crece.  
Es mi nombre el dios Cupido,  
y así, la mar y la tierra  
me obedece.  
Soy señor universal,  
rey de todos los estados  
y naciones;  
es mi poder inmortal,  
y en desiertos y poblados  
doy pasiones.  
Yo hago temer al fuerte  
y levanto al temeroso  
sin temor,  
ofreciéndose a la muerte  
con ánimo

Como acabó el Amor de decir estas palabras volvióse al pastor Hirponio y díjole lo que se sigue:

Hirponio, vente conmigo,  
que quiero llevarte a ver  
mis florestas;  
y a Boliano tu amigo  
hacer que tome placer  
con tus fiestas.  
Porque le porné delante  
una tan prima pintura,  
que de vella  
se transforme el firme amante,  
dando fin a su tristura  
todo en ella.

Como el Amor dijese estas palabras al contento pastor Hirponio, él humillándose ante él, le respondió desta manera:

¡Oh dulce contemplación,  
regalo del pensamiento

enamorado!  
¡Oh rey de mi corazón,  
por quien dio fin mi tormento  
y el cuidado!  
Yo me pongo en tu poder  
porque conozco que gano  
y es así.  
Y pues lo puedes hacer,  
haz contento a Boliano  
como a mí.

A este tiempo se volvió el Amor al triste pastor Boliano, que echado estaba sobre su cayado, y tomándole por la falda de su pellizo (que muy blanco era) le comenzó a tirar contra sí, como si de sueño le recordara, y le comenzó a decir así:

Firme y constante amador,  
yo daré vida a tu llaga  
dolorida;  
que por eso soy Amor,  
y así, gozarás por paga  
nueva vida.  
Anda ya, quita el recelo,  
con Hirponio juntamente,  
a gozar  
del amoroso consuelo  
que mi morada excelente  
suele dar.

Como quien de sueño recordaba volvió en sí Boliano, y humillándose al Amor, con triste voz le respondió desta manera:

Si mi constante servir  
pudo algo merecer  
no lo sé.  
Sé qu'estoy para morir,  
sin partirse del querer  
mi gran fe.  
Llévame donde quisieres,  
que nada me da temores:  
tal estoy;

que bien sé que nunca mueres,  
y aunque más sufra dolores,  
tuyo soy.

Acabando de decir esto Boliano, el Amor tomó consigo a Hirponio y a él y los metió en su rico carro haciendolos asentar sus pies, y él se sentó en su rica silla, y al son de muchos instrumentos y suaves voces se tornó a volver por donde había venido. Y a este tiempo entraron por la gran sala muchas máscaras costosamente vestidas, así de hombres como de mujeres, las cuales danzaron haciendo hermosas mudanzas y dijeron avisados motes al Duque y a la Duquesa y a las otras dueñas y doncellas que allí estaban; y con gran ruido de música se dio fin a esta fiesta, porque el Duque se levantó y, tomando por la mano a la Duquesa, se metió en su aposento. Fabio se vino para Luzmán y le dijo:

—¿Qué os ha parecido, mi buen amigo, de las cosas que esta noche aquí se han hecho?

—Por cierto —respondió Luzmán— que yo he recibido gran contentamiento de haber aquí llegado y con mis ojos visto el concierto y solemnidad y costosos aparatos con que esta noche se ha solemnizado el descanso y alegría del Duque.

—Pues si bien entendiédeses el sujeto de lo que habéis oído con más razón os hubiérades holgado —respondió Fabio—; que sabed que ha quince días que cada noche se hacen aquí hermosas representaciones, y ésta ha sido la postrera. La causa es que la Duquesa era amada del hijo del duque de Ferrara, llamado Artidonio, y era muy amigo del duque Galeazo, y ambos en competencia hacían grandes servicios a la duquesa Beliana, la cual es hija del duque d’Urbino, y al fin el duque Galeazo casó con ella, quedando muy triste Artidonio; y por esto un criado suyo, gran componedor, ha hecho por su mandado diferentes representaciones, y ayer se partió de aquí: dicen que se fue a casar con una hija del marqués de Mantua.

Oyendo estas cosas Luzmán, acordábase de su señora Arbolea y sentía gran soledad con su ausencia. Pues así estuvo en Milán un mes, viendo las fiestas que cada día se hacían, y al fin acordó de partirse a Génova, y así, se despidió de Fabio abrazándose muchas veces, porque entre ellos ya había gran amistad.

Luzmán anduvo por su camino, y al quinto día saliendo de un pequeño lugar, como pensando fuese en las mudanzas del tiempo y en las grandes cosas que cada día se le representaban delante, y todas para traerle a la memoria su trabajosa vida y aquel dulce tiempo cuando, dél confiado, pensaba tener a la Fortuna debajo de sus pies, pues yendo así parecióle que oía grandes voces, y estando un poco quedo por sentir a qué parte se daban, vio que la voz salía de entre unas grandes peñas que a la siniestra mano estaban; y deseoso de saber quién las daba se fue hacia aquella parte, y entrando entre dos grandes montes que cubiertos de hermosos árboles eran, vio un hombre que encima de una peña dando voces parecía que él propio se preguntaba y respondía.

Pues como Luzmán desease entender lo que decía, púsose junto a un árbol y estuvo atento a las palabras de aquel que se quejaba con denodado rostro, haciendo señas y meneos en el aire, diciendo desta manera:

—Di, Amor: ¿qué me aprovechó servirte tanto tiempo, pues me diste un galardón tal cual nunca fue visto sino en mí, y vivo con él? Mas respóndeme: ¿has de ser contino en perseguirme así? —Sí. —¿Sí, me respondes? ¡Oh, cruel y desvariado fue aquel día cuando con mis ojos miré lo que contentamiento de breve mudanza me pudiste dar! Pues a todo pesar me dices sí y a todo bien me das su contrario, ¿qué piensas, Amor, de hacer, cuando me prometes descanso, regalo y contentamiento? —Miento. —Pues quien dice mentira no guarda razón ni ley, tampoco puede ser de ninguno amado. Sólo yo soy el sinventura que di crédito a tus palabras fiándome de ti. ¿Adónde podré ir seguramente que halle verdad? O dime, Cupido: ¿qué hace el que confiado de ti está esperando el galardón en esta miserable tierra? —Yerra. —¿Error quieres llamar el mío? ¿Agora me avisas, después de muerto? ¿Qué me aprovecha volver sobre mí, que todo bien me huye y me falta? Mas querría saber con qué servicios te podría mover a piedad. —Dad. —¿Qué quieres que dé, pues todo lo que tenía he dado a ti, que eres mi enemigo? Solo me veo; cosa ninguna me queda; que tú me despojaste, y cuando pensé que volviendo a ti me remediaras peor me siento. Pues, ¿dónde está, cruel, aquella holganza que me prometiste al tiempo que te di el cuerpo y vida? —Ida. —¿Quién pudo ser parte a que se fuese? Y si ella es ida, ¿cómo yo quedo en contino lloro? ¡Oh! ¿Cuándo han de haber fin mis tristezas, de las cuales no te duelas? ¡Oh! ¿Quién te podría decir, tales cuales son, mis ansias y querellas? —Ellas. —Muchos días ha que debiera estar desengañado de tan gran engaño. ¡Oh mal forzoso que fuerza y destruye, como yo me siento al fin de mis días! Acaba, loco, y dime: ¿qué me das en pago de mis servicios por respuesta? —Ésta. —Yo no te entiendo. ¿Cuál es? Porque otra vez me despediste y luego me llamaste, quíseme partir y detuvísteme; mas ruegote me digas cuántas causas tiene tu mudanza, y el fin y principio de mi fortuna. —Una. —Ya fuera acabada si una fuera; mas muchos contrarios dentro de mí pelean, y tú sobre todos mayor guerra me haces. Pues ¿qué me mandas que haga? ¿Quieres que muera o que de nuevo torne mi corazón a servirte? —Irte. —¿Cómo me puedo ir, si cuanto más me aparto luego me fuerzas a quedar contigo? Mas pues tú lo quieres, irme quiero, Amor, a mi contino lloro y a mis continos sospiros hasta tanto que acabe la vida y este cuerpo se entregue a cuyo es.

Pues como dijese estas últimas palabras, dando mortales sospiros descendió de la peña y se fue a gran priesa por un estrecho camino. Luzmán que atento había estado a todas estas palabras, bien entendió que aquel que tales cosas decía loco de amor estaba; pues el eco que en los aires le respondía al acento de sus palabras tomaba por el propio Amor, de quien él se quejaba. Y aunque era tarde y el Febo se escondía, acordó de le seguir y saber quién era, y así, fue tras él por el rastro; y no anduvo media hora cuando sintió tañer y cantar dulcemente, y al sonido de la voz llegó ribera de un arroyo, y junto a él estaba una pequeña choza; y dentro della tañendo una

cítola, oyó que cantaba el que dentro della era esta canción:

Entre todos los remedios  
que se hallan al pesar,  
el mejor es sospirar.  
Todo tormento se amansa  
en cualquier tribulación  
con el «¡ay!», porque descansa  
la pena del corazón.  
Yo no hallo a mi pasión,  
cuando quiero descansar,  
sino sólo sospirar.  
Cuando el corazón sospira  
de lo más hondo del centro,  
es el alma que retira  
parte del mal qu'está dentro.  
Los ojos van al encuentro  
ayudando con llorar;  
mas mejor es sospirar.  
Siendo mortal la herida,  
pocas veces tiene cura.  
Más vale muerte que vida  
al que le falta ventura.  
Pues quien vive con tristura,  
cuando quiere descansar  
descanse con sospirar.  
Hay mal que no es de sufrir  
y es menester de sufrillo:  
muere el hombre por decillo,  
y no lo osa decir.  
Pues si no quiere morir  
y es menester de callar,  
hable con el sospirar.

En acabando esta canción el triste (que con tristeza la decía), salió de aquel lugar donde la había cantado y se vino junto al arroyo, y mirándose en él (porque la resplandeciente Diana hacía que la cristalina agua muy clara y hermosa pareciese) comenzó a decir:

—¿Soy yo por ventura aquel que solía ser? No por cierto, que el que fui ya murió, y el que soy yo no puedo entender. ¡Oh claro arroyo! ¿Cómo siendo con mis lágrimas tantas veces regado no te enturbias? O, si agua eres, ¿cómo no tienes poder de matar

mi fuego, pues tantas veces en ti he procurado dar la muerte a aquel que vive en mí, y sin él no habría en mí sujeto de vida?

Y como esto dijo íbase a echar en el arroyo. Luzmán que bien cerca dél estaba, conociendo en sus palabras y en lo que hacer quería que estaba loco, salió a gran paso, y abrazose con él diciendo:

—Amigo, no puede haber en la fortuna tan grande ni desvariada caída que el tiempo muchas veces no levante y vuelva al más afligido en mayor prosperidad. Pues volved en vos y mirad el ánimo, principal joya y más excelente de cuantas Dios hizo, no la perdáis, pues ella perdida todo se pierde.

Como estas palabras dijese, el enamorado Salucio (que así había nombre) volvió en sí, como aquel que era de claro entendimiento y de noble sangre, y vuelto a Luzmán le dijo:

—¡Oh pelegrino! ¿Cuál ventura te ha traído a este lugar a que pudieses ver con tus ojos el más desdichado y triste hombre de los hombres? Suéltame: no hayas miedo que cosa haga al presente que por ti me sea reprehendida.

Luzmán le soltó, y como la claridad de la noche fuese grande, muy bien le pudo ver, mejor que antes, cuando en la peña con el eco hablar le vido: era un hombre de treinta años poco más o menos, de muy gentil rostro y de noble y agraciado cuerpo; traía vestida una ropa larga de jerga parda ceñida con un cordón, a manera de religioso, y la cabeza sin ningún tocado; eran sus barbas y cabellos de rubia color. Pues desde que le hubo mirado, díjole:

—Amigo, yo te ruego si decirse puede y en ello no recibes descontento, me digas quién eres y la causa por que así tan desesperada vida traes; y no me niegues lo que te pido, que hombre soy como tú, y muy perseguido de los trabajos del mundo, por el cual voy navegando no en la mar como el navío, mas por la tierra, hasta hallar el fin que los hombres pretenden.

El penado Salucio le respondió:

—Ciertamente, considerando tus palabras y volviendo sobre mí, vengo a conocer la gran razón que tienes; y pues con tanta voluntad me demandas te diga quién soy y la causa por que hago tan triste vida, yo soy muy contento de te lo decir, si me juras que me ternás secreto; que yo te digo y juro por aquella fe que en mi ánimo su principal asiento tiene, y por aquel fuego que mis entrañas quema, que nunca hasta hoy nadie entendió el secreto de mi mortal llaga si no fue aquella causadora de la vida que paso. Y más te ruego, por asegurarme de ti, me digas quién eres, por que yo sepa a quién descubro tan alto mal procedido de locura, porque amor en esto se muestra ser poderoso.

Luzmán deseoso de saber lo que deseaba, en breves razones le cuenta a Salucio quién era, y le promete y jura que, como verdadero amigo, terná encubierto todo lo que le dijere. Salucio entendiendo quién era, se alegró mucho, y de nuevo le abrazó, y tomándole por la mano se fue con él a sentar debajo de un árbol que junto al arroyo estaba, y luego con lágrimas le comenzó a decir desta manera:

—Has de saber, mi buen amigo y compañero en los trabajos y adversidades, pues no menos de los tuyos me pesa que de los míos, que yo tengo por nombre Salucio y soy natural de la ciudad de Génova, que tres leguas de aquí está. Es mi padre de noble sangre: es su propio nombre el rico Pinelo. Pues habrá diez años que él me envió a servir al duque Galeazo de Milán, al cual yo servía de camarero: era tan privado suyo que hasta allí pudo llegar el valor que la privanza tiene. Pues sucedió, así, que andando él muy enamorado de Beliana, hija del duque d'Urbino, como yo fuese todo su secreto y a quien él más amase, tanto que si le escribía, por mi mano era, y yo componía los versos que le enviaba; y si iba donde ella estaba por ver si la podía hablar, yo solo con él iba, y si le había de enviar algunas joyas o a decir alguna cosa, yo solo lo sabía y era el mensajero, pues como yo fuese nacido para tanta desventura cuanta encima deste miserable cuerpo la Fortuna ha puesto, obró el tirano Amor en mí una cosa bien fuera de razón; y fue que amé a Beliana poniéndoseme en el entendimiento que ella me amaba; y no era así, mas yo creía al contrario, no guardando la obediencia y amor o lealtad la cual se debe al señor, como yo la debía a Galeazo. Pues como ya fuese llegado el tiempo de mi desdicha quedé en mi locura burlado, porque Galeazo casó con ella habrá un año. Pues yo no por eso caí en mi yerro, antes siempre estuve firme en mi porfía creyendo que había de alcanzar premio mi deseo pudiendo gozar de mi propia señora con afrenta de mi señor. Y has de saber que nunca jamás le dije mi voluntad manifestada con la lengua sino solamente con los ojos. Pues como ya el amor me hubiese quitado del todo el juicio y no pudiese ya más sufrir a tener encubierto mi grave mal, acordé un día que Galeazo era ido a caza, hallando lugar oportuno, de descubrir a aquella que al punto de la muerte me tenía el fin y secreto de mi lastimado corazón; y hallándola en una huerta, le di cuenta de aquella que de mí pude dar, diciéndole así: «Conocida cosa es, hermosa Beliana, señor de todo aquello que humano ser tiene, que no puede el enfermo encubrir al médico su mal para que sea con prudencia curado; así yo, que a la muerte me veo por tu causa, es justo que entiendas que muy presto acabaré estos tristes días que agora se sustentan con la esperanza que de mi firme amor tiene, si tú, señora, no pones remedio doliéndote de mí. Y por Dios no me culpes, que soy hombre y amor me ha puesto en la cumbre de mi deseo, contento con morir si mi atrevimiento lo merece, pues caer de tan alta gloria es imposible aunque muera. Vesme aquí rendido y descubierta mi voluntad: si de mí te dueles, a tiempo estás de mostrarlo; y si venganza quieres, tuyo soy: no me puedes más deshacer de lo que ya estoy deshecho, y así, gano gran bien con cualquiera cosa que de tu mano me venga, pues siendo ella tal, y tú tan hermosa, lo que diere será para mí sobrado contentamiento». Entiende, pues, amigo, y está atento a mi desventura, porque has de saber que en diciendo estas palabras y esperando con lágrimas su respuesta, la hermosa Beliana no turbándose ni mostrando saña, con mansa voz y honesto semblante me respondió así: «No me maravillo yo, Salucio, que tú hayas puesto el amor en mí, que soy mujer y natural cosa es los hombres amar a las mujeres, mas maravillome mucho que no hayas

mirado al grande amor que el Duque te tiene y a la lealtad que tú como siervo le debes, pues la mayor virtud es el conocimiento della. Mira la crianza y el amor que siempre te ha tenido y la fianza que siempre de ti ha hecho, y ten por cierto que le sería a él dudosa cosa de creer haber tú caído en tal error. Pues si aquesto no quisieres mirar, póngasete delante mi gran valor y clara sangre y que soy tu señora, y que haber osado descubrirme tu intento ha sido más falta de juicio que especie de amor. Pues ¿cómo en tan poco me tienes, Salucio, que la honestidad he de echar por tierra y manchar el casto pecho que con tanta fama de virtuosas costumbres hasta hoy se ha mantenido? Pues ya que a esto no miraras pasando por ti, acuérdesete la ofensa que a Dios haces, y la que yo haría si de tu locura cuenta hiciese. Así que, Salucio, la mayor merced que hacerte puedo es no acordarme que tal me has dicho; y tú ten tanta cordura, que volviendo sobre ti te conozcas, y conociéndote te vengas a emendar; que si no lo haces, tu atrevimiento terná amargo fin, y lo que agora callo tomando a burla tus palabras, muy de veras descubriré tu traición. Mas haciendo lo que te aconsejo echaré tus razones a mocedad y poca experiencia». Y como esto dijo, sin decir más palabra se me quitó de delante. Yo quedé en aquel punto cual queda el día faltándole el claro sol, y como muerto me fui a mi posada, tan confundido de mi propia vergüenza que acordé secretamente de salir de Milán, y tomando este habito me vine a este lugar, adonde unas veces estoy tan loco, del ardiente fuego que el amor en mis entrañas ha puesto, que me pongo al extremo de la muerte si Dios no me socorriese; porque volviendo en mí procuro despedir aquel ardiente dolor tomando en penitencia la vida que aquí hago, reprehendiéndome mucho de la poca fe que a Galeazo tuve. Mira si tengo razón de desear la muerte.

Luzmán que muy atento había estado a las palabras de Salucio, quedó muy maravillado de oírlo, y sabiendo que era de Génova, hijo de ricos padres, y que su mal no tenía remedio, doliéndose mucho dél le respondió desta manera:

—Ninguna cosa puede suceder en la vida, mi buen amigo, por grave y terrible que sea, que si el que la padece se pusiese a mirar los grandes trabajos que otros padecen, ciertamente su mal ternía por liviano, cuanto más el vuestro, pues amastes en lugar tan dificultoso y de allí no podía sino salir fruto amargo. Alégrome mucho en ver que os conocéis; que dese conocimiento verná el volver sobre vos, pues veis que vuestro mal la cura que tiene es olvidaros dél y acordaros de vos y de vuestros padres, y sobre todo, que sois cristiano, de noble sangre, y que el ánima ha de durar obrando lo que debe; que no plega a Dios que por el contento del cuerpo y su inclinación se pierda aquélla en quien tanta excelencia Dios puso. Pues yo os ruego, mi buen señor, por amor mío os queráis venir en mi compañía, o yo en la vuestra, a la casa de vuestro padre; que podrá ser que no pasen muchos días cuando Dios os dé nuevo consuelo determinándoos vos a hacer lo que está en vuestra mano.

Salucio llorando de sus ojos, le dijo:

—¿Cómo podré yo, amigo, parecer ante gentes, que aun destos montes y verdes campos tengo vergüenza?

—Dejaos deso, dijo Luzmán—, que vuestro hecho solo vuestro corazón y vuestra señora lo sabe, pues yo otro vos soy en el amor que os tengo.

Salucio se levantó, y llorando le comenzó a abrazar. Pues tales palabras le supo Luzmán decir que le venció, y así, estuvieron ahí esa noche y otro día se partieron para Génova, y entraron en ella de noche, por que Salucio no fuese conocido, y se fueron derechos a la casa de su padre, que, entrando en ella, no poco espanto recibió el rico Pinelo en ver así a su hijo; mas nunca dél pudo entender la causa por que así venía; solo entendió de Luzmán que era un voto que había hecho en una enfermedad que había tenido.

Pues desta manera estuvo ocho días en la casa de su padre, procurando sus hermanos y parientes de alegrarle cada día con fiestas y banquetes. Luzmán en este tiempo vio la ciudad y sus hermosas salidas y su puerto de mar; y al noveno día a la noche, acabando de cenar el rico Pinelo con algunos parientes suyos, estando sus hijos presentes (que mujer ya no la tenía), el lastimado Salucio, que siempre vertía lágrimas dando congojosos suspiros, dijo a Luzmán, que junto a él estaba:

—Mi buen amigo, secretario de mi corazón, yo os ruego que, por me dar algún contentamiento, tañendo cantéis alguna cosa, pues Dios tanta gracia os dio en todo; que podrá ser que será ésta la última alegría que podré recibir.

Luzmán y todos cuantos allí estaban se dolían mucho de verle con tanta tristeza, y por consolarle y hacer lo que le pedía mandó traer una vihuela, y traída que fue, dulcemente la comenzó a tañer y a decir en ella los siguientes versos:

Ninguno desespere  
por verse perseguido en esta vida,  
pues sabe que si muere  
su hora no cumplida,  
el alma sin remedio va perdida.  
Los ojos en el cielo  
el hombre ha de poner, y este camino  
le lleva sin recelo  
al otro, qu'es divino,  
do no puede faltar placer contino.  
Allí las esperanzas  
en gloria volverán, gozando dellas,  
y sin temer mudanzas  
habrá reposo en ellas  
con gran seguridad de no perdellas.  
Perezca la locura  
y el alma pueda más que el cuerpo humano,  
pues busca desventura  
quien piensa ser ufano

en el mundo crüel, traidor, tirano.  
El ánimo prudente  
abraza la prudencia, y se desvía  
del daño y accidente  
qu'el apetito guía,  
y toma la virtud por compañía.  
Pues luego desta suerte  
morir es lo de acá breve y prestado,  
sujeto a cualquier muerte  
con un sueño pesado,  
que da para engañar cualquier pecado.

Acabando estos últimos versos, queriendo Luzmán comenzar otra canción, Salucio, que en todo este tiempo otra cosa no había hecho sino llorar, dio un mortal suspiro cayendo sobre la mesa. Su padre se levantó, y asimismo Luzmán, con todos los demás, y como a él llegasen hallaron que era muerto, y en la mano apretada una carta, donde con gran sentimiento y lloro se la sacaron y públicamente la abrieron. Y leída, vieron que decía así:

#### CARTA

Amado padre y señor,  
cuya tristeza más siento  
que mi muerte y su tormento;  
y éste es el mayor dolor  
con que parto descontento,  
viendo cómo es rematada  
una vida tan amada  
deste vuestro hijo amado,  
a quien Fortuna y su Hado  
convirtió su gloria en nada.  
No bastó vuestra riqueza  
para me poder quitar  
la causa de mi pesar,  
ni mi mucha gentileza  
menos pudo aprovechar.  
Los consejos que me distes  
cuando de vos me partistes  
tampoco me aprovecharon,  
porque luego se cegaron  
todos mis sentidos tristes.  
Dístesme gentil señor,

rico, afable y generoso,  
a quien serví con amor,  
subiendo, de venturoso,  
a la cumbre del favor.  
Su alma me descubría  
y en mis manos la ponía:  
quiero decir, sus secretos  
pensamientos y concetos,  
cuantos pensaba y sentía.  
Mas mi suerte desigual  
contra mí se levantó;  
y fue que se enamoró  
de aquella perla oriental  
que la vida me quitó.  
Porque luego el ciego Amor  
en mirando su valor,  
con un súbito regalo  
de bueno me hizo malo,  
y de muy leal, traidor.  
Despedí la cobardía,  
dando suelta a la maldad  
sin mirar lo que debía,  
porque el seso y libertad  
y el amor me lo tenía;  
y así, fuera de razón  
descubrí mi corazón  
a aquélla por quien penaba,  
dándole cuenta qu'estaba  
muerto y vivo en su prisión.  
Cuando vio mi atrevimiento  
aquella que me venció,  
con honesto sentimiento  
dulcemente me volvió  
al claro conocimiento.  
Díjome que a Dios mirase  
y del morir me acordase,  
quién era y a quién servía,  
y el error que acometía,  
por que no desesperase.  
Quedé muerto y confundido  
destas palabras que oí.

Ella se partió de allí;  
yo cuitado y sin sentido  
en un monte me metí,  
por que con tal penitencia  
se curase mi dolencia;  
mas el traidor del Amor  
diome ausente más dolor  
que cuando estaba en presencia.  
Veis aquí, padre y hermanos,  
mi locura torpe y vana  
con sus pensamientos vanos,  
tornado por Beliana  
sepultura de gusanos.  
No os duela mi muerte agora,  
qu'el morir por tal señora  
no es muerte, mas es vivir;  
que sabed que un bel morir

Gran admiración y espanto dio la muerte deste mancebo a todos cuantos su muerte supieron, y gran tristeza a su padre y hermanos, y lo mismo a Luzmán, el cual dijo muchas cosas de gran consuelo al rico Pinelo, y dende a cinco días se despidió dél con determinación de ir la Señoría de Luca, y así, se partió. Y aquí da fin el segundo libro desta *Selva de aventuras*.

## Libro tercero

---

### Comienza el tercero libro desta Selva de aventuras

---

Con gran tristeza iba Luzmán, considerando el estraño suceso y muerte de Salucio, y todas estas cosas le hacían a él sentir nueva confusión, porque le traían a la memoria a su señora Arbolea, no porque della jamás se partiese. Pues suspirando y llorando, diciendo palabras muy lastimeras, anduvo por algunos lugares viendo las cosas que más contento le daban y de mayor admiración eran, como fue el Domo de Pisa y su hermosa torre, la cual está edificada de manera que da a entender que quiere caerse, estando toda acostada a una parte.

Allí vio un famoso estudio, y en él con algunos filósofos y grandes hombres habló, y ellos entendiendo su elocuencia, le hicieron entre tres, llamados los Menios, una pregunta, a la cual Luzmán respondió, quedando gran fama dél en aquella ciudad. La cual pregunta así decía:

En una sepultura tenebrosa,  
de tres fuertes contrarios rodeada,  
estaba una doncella sepultada,  
excelente, inmortal y muy hermosa.  
También vimos la joya más preciosa  
merecer con se ver atormentada,  
sin la cual se merece poco o nada  
en esta vida triste y dolorosa.  
Y vimos la que pudo dar la vida  
perder su propio nombre y no perdello,  
venciendo al vencedor con ser vencida.  
Pues tú, sabio Luzmán, echando el sello,  
declara nuestra duda no entendida,  
pues te sobra saber para entendello.

Esta pregunta (que tres preguntas en sí representaba) le enviaron los tres Menios, que muy sabios eran; y con gran facilidad Luzmán les respondió a ésta y a otras preguntas, de las cuales no se trata sino desta por evitar prolijidad, a la cual respondió desta manera:

El cuerpo es la prisión y sepultura  
del ánima hermosa, santa y bella.

Mundo, carne y demonio van tras ella,  
por hacerle perder su hermosura.  
Y la joya más alta, casta y pura,  
que nuestra salvación afirma y sella,  
esto da penitencia, pues sin ella  
no se puede gozar de eterna altura.  
La vencida es la muerte, por la mano  
de Aquel que la venció quedando vivo,  
pues no pudo morir lo soberano.  
Y así, debe entender cualquier cristiano  
qu'el premio divinal superlativo  
al justo se dará, que no al tirano.

Pasados algunos días salió desta ciudad de Pisa el enamorado Luzmán, y aunque tardó algún tiempo, porque todas las cosas que podía ver, aunque rodease mucho camino, las iba a entender y gozar con sus ojos, y así, llegó a la ciudad de Luca, y aquella noche se fue a la casa de un honrado hombre que acogía con grande amor a los forasteros.

Pues habiendo cenado, el buen hombre se vino a Luzmán y comenzó a tratar con él de muchas cosas, y entendiendo en su conversación que era discreto, y el camino que llevaba, le dijo:

—Al mejor tiempo del mundo sois aquí venido, porque mañana podréis ver un estraño hecho, o por mejor decir, una cosa maravillosa.

—Y ¿qué cosa es ésa? —dijo Luzmán—. Ruégoos por mi amor que me la contéis, que holgaré mucho de oírla.

—Soy contento —respondió Bruldo, que así había nombre el huésped—. Habéis de saber que en esta ciudad hubo un ciudadano, de los más ricos della, llamado Claudio; éste tuvo tres hijos, cuyos nombres son éstos: el mayor, Adornio, y el segundo, Belio, y el tercero, Basurto. Sucedió que entre estos tres hijos hubo una grande y maravillosa diferencia, así como todos tres fueron de diferentes y estrañas condiciones; porque el mayor, llamado Adornio, es casado, y el segundo, llamado Belio, jamás se casó, mas fue dado al vicio de las mujeres, no teniendo con ninguna lealtad; el tercero, llamado Basurto, nunca se casó, ni tampoco conoció a mujer ninguna, siendo el más enamorado de cuantos en su tiempo ha habido, porque dice que en esto consiste el amor. Pues como entre ellos reinase la porfía vinieron muchas veces a término de matarse queriendo cada uno sustentar su opinión. Pues en este tiempo, que habrá cinco años, el padre vino al punto de la muerte, y mandándoles venir ante sí les dijo estas palabras: «Amados hijos, ya veis cómo el fin de mi jornada está muy cerca, y quiero partir a dar la cuenta de la vida como acá la he gastado. También sabéis que la costumbre desta ciudad y Señoría es que los padres la hacienda y riquezas que tienen la dejen a un solo hijo, cual ellos quisieren, y que éste haya de

dar lo que su voluntad fuere a sus hermanos: yo os digo, mis queridos hijos, que no me sabría determinar a cuál de vosotros la deje, porque igualmente os amo; y pues así es, yo os mando, so pena de mi maldición y que esto que yo tengo perdáis si entre vosotros hubiere pendencia ninguna; mas amorosamente ponéis en manos de hombres prudentes vuestra diferencia, y aquel que mejor estado hubiere escogido, siendo así juzgado, heredará mis bienes, y los otros serán sujetos al vencedor». Pues, muerto el padre, estos tres hijos han andado por muchas partes, cada uno dando su razón, y nunca se ha acabado de determinar; y así, habrá un mes que aquí son venidos y se han puesto en las manos de los señores desta república, jurando que lo que ellos ordenaren darán por hecho y lo cumplirán; y así, ellos han buscado un gran filósofo, llamado Plomis, natural de Bolonia, el mayor hombre que agora se sabe, y está determinado que mañana se ha de sentenciar públicamente. Veis aquí lo que deseáis saber y yo sé deste hecho.

Maravillado quedó Luzmán desto que oyó decir, y con gran deseo ya de verlo, y así, reposó esa noche, y otro día, después de comer, se fue al Domo, porque en la plaza dél, en un cadahalso de ricos paños cubierto, se había de declarar este juicio, y poniéndose en parte donde pudiese bien oír y ver, estuvo esperando hasta que fue hora. Todos los principales se sentaron en sus asientos, y en una silla más alta que todas se sentó el sabio Plomis. Luego los tres hermanos vinieron hermosamente vestidos; traían en las manos hermosas y bien labradas liras (porque todos tres el tañer y cantar lo habían acostumbrado y lo hacían muy bien), y así, juntamente tañeron una pieza, y luego el uno dellos, llamado Adornio y el mayor de todos tres, callando todos, comenzó a decir así:

—Puesto que ya otras veces razones bastantes he dado por las cuales claramente he mostrado con cuánta razón merezco la herencia de mi padre, agora quiero aquí públicamente, pues así lo queréis, preciados y generosos señores, tornar a decir algunas cosas por donde se entienda la gran justicia que tengo. Yo dije y digo que el mayor bien que Dios hizo al hombre, después de haberle dado el conocerle, con las armas de su fe selladas en el entendimiento humano, fue concederle y ordenarle que se casase y atase al yugo del matrimonio, cuyo arado abre la tierra de la consideración del ánima para poder sembrar recogimiento, honestidad, amor casto y celo puro y santo con el regalo y compañía de los apacibles hijos y mujer. ¿Podreisme decir que se puede llamar hombre el que no es casado? No por cierto, pues no tiene cosa suya ni vive en vida que bendición tenga. Dejo afuera la santa vida de los religiosos; que éstos estado tienen, y muy maravilloso, mas condeno a los que siguen la opinión de mis hermanos. ¡Oh sabrosa celada, apacible guerra, suave lucha aquella que tiene el buen casado! Que no lo siendo, ¡con cuánta libertad se ofende al divino Criador, quedando el hombre hecho animal, pues dél no procede el fruto que los hombres desean! Mirad que la mujer es vuestra propria carne, y el hombre y ella son una cosa, y los hijos, retrato de los dos, medio de los trabajos; aquélla es cama no violenta ni manchada donde los tales se acuestan; aquélla es mesa y santo altar donde

se come este pan de verdadero amor. Pues, así, quien desto huye abraza las ofensas, cíñese de pecados, y ya que por ventura esto no haga, mas querrá guardar castamente su vida, queriendo pretender amores y en el aire levantar sus sentidos todavía me parece yerro, porque la contemplación sólo ha de ser en el Cielo, y en el alto principio de sus maravillas y en el Movedor dellas. Muchas cosas podría más decir, las cuales callo, pues la Sacra Escripura me defiende de lo que podréis argüir; y estad atentos y oíd estos mis versos, los cuales yo suelo cantar al tiempo que trato desta materia. Y diciendo esto templó su lira y comenzó así a decir:

De todos los estados, el estado  
que puede dar y da mayor contento,  
regalo y placer del pensamiento,  
es la vida sabrosa del casado.  
¡Oh ñudo de bondad con la fe atado,  
glorioso y divino sacramento  
que al hombre se le dio por aposento  
do pudiese vivir más descansado!  
Quien desto dice mal muy poco entiende,  
y niega la razón subida y clara,  
haciéndose animal salvaje y bruto.  
Pues, hombres, no temáis poner la cara  
al santo matrimonio, pues dél pende,  
si se sabe guardar, divino fruto.

Acabados de cantar estos versos por Adornio, calló, quedando todos muy contentos de sus palabras, y más Luzmán, como aquel que era allegado a toda virtud; y acordose a este tiempo de su señora, y las lágrimas le vinieron a los ojos. Pues luego el segundo hermano, llamada Belio, comenzó a decir lo que se sigue:

—¡Oh valerosa república y excelente y maravilloso sabio ante quien y por quien se han de desatar nuestras diferencias! Oíd el error y ceguedad de mi hermano, pues quiere llamar a la muerte vida, y al engaño, consuelo, y a la mentira, verdad. ¿Qué hombre hay en la vida que, si se ha casado, no llore la prisión que pudiendo escusar escogió con sus propias manos? ¿Ñudo dulce llamas al que jamás desatarse puede, si no es a la fin de la vida, cuando de fuerza se ha de acabar todo? Tú quieres alabar lo que todos lloran y como prudentes sienten, por que sólo tú te halles contento. Y acá, en ese homenaje y castillo de turbaciones, ¿qué hay sino sospechas? Y el alcaide dél es el sobresalto, y los soldados que le guardan, los temores y afrentas en que muchos han caído por esa que tú tanto alabas. ¿Llamas cama contenta y casta aquella que muchas veces derriba la honra de los maridos, de cuya consideración yo lloro? ¿Llamas mesa alegre y buena aquella que con tanta pesadumbre hace al hombre con cada bocado dar mil suspiros? Siempre esta celoso; de sí proprio no se fía cuando por

alguna manera alcanza a tener sospecha de la cosa que ama. Alabas a los hijos: mejor es no tenerlos, pues son muchas veces afán y deshonor de sus padres. Pues amor por cualquiera vía, si el hombre pone en él perfecta afición, yerro es grande. ¿Por qué se ha de amar lo que no os ama y poner la vida por quien os desea la muerte? ¿Hay por ventura mujer alguna que firmemente ame? No, ni nadie lo crea: fingidas son sus lagrimas, engañosas sus apariencias y falsas sus promesas, y crueles las más dellas. Y así, yo entiendo aquesto: de ninguna me he fiado, gozando a mi voluntad de cuantas he podido, suspirando en la presencia dellas fingiendo amarlas, como ellas hacen, y en ausencia riéndome de todas. Así que así se ha de amar: sin firmeza, por pagarles en la misma moneda con la mercadería que ellas venden, y el que otra cosa dijere se engaña. Y acerca desto quiero decir unos versos que tengo compuestos.

Y luego tocando en su lira, comenzó a cantar de aquesta suerte:

El no tener constancia es bien perfeto,  
y gran locura amar a quien no os ama.  
Amor es un traidor; que cuando os llama,  
entonces os veréis en más aprieto.  
Do falta la razón quiere secreto;  
y si vee que la hay, luego se inflama,  
derribando la vida, honra y fama  
de aquel que se le humilla a ser sujeto.  
Pues quien su libertad así enajena  
es loco sin saber, mudable y ciego,  
condenado a sufrir todo tormento.  
Pues ¿cómo llamáis gloria a lo que es pena,  
y regalo y placer al crudo fuego,  
y vida deleitosa al descontento?

Como acabó el desamorado Belio de cantar estos versos luego el tercero hermano, llamado Basurto, comenzó a decir:

—Conocida cosa es que antiguamente la locura se tuvo por alegre movimiento entre los hombres, dándole lugar para que, así, con ella se holgasen y entretuviesen, como con las otras cosas que mayor sustancia tenían. ¡Oh hermanos, y cuán poco entendéis del amor y de sus altos efectos! ¿De dónde pensáis que ha procedido? Del cielo, y así, la contemplación dél allá sube. No llamo amor el efectuarse, ni tampoco cuando se ama con esperanza de galardón. ¿Sabéis que es querer y firmeza? Transfiguraros en la cosa que amáis y hacer de dos cosas una. Yo amo y siempre he amado con la consideración de una firmeza que no puede tener fin si no es con la muerte, no efectuando jamás mi deseo, porque entonces perdería el premio de aquel alto sujeto donde subió mi intento. Buena cosa es el casado; todas las mujeres, buenas son; firmeza hay en ellas, la cual no falta por su parte, mas por la nuestra, que somos

animales varios. Mas muy mejor es la libertad del hombre, y ésta desean todos los animales brutos, cuanto más el verdadero animal señor dellos. Y pues esto es así, yo digo que amor ha de ser altivo, sin confianza, y cuanto más se penare menos se ha de pretender galardón; como yo, que ha quince años que amo en un lugar do jamás espero alcanzar cosa ninguna, y a pensar alcanzar galardón de mis servicios, antes tomara la muerte con mis propias manos que llamarme amante. Así que esto es lo mejor y más firme estado, y quien otra cosa dijere no entiende qué es amor, ni le conoce ni le precia; antes es figura del desamor y engaño que los fingidos enamorados tienen cuando por su contentamiento le quitan a la parte contraria. De aquí vienen las burlas, las malicias y traiciones, con muchas enemistades entre los más caros amigos. Pues luego yo acierto y he escogido el mejor estado; y para confirmación dél oíd agora estos mis versos, con los cuales culpo a mis hermanos y desculpo a mí.

Y diciendo esto los comenzó a cantar, diciendo así:

Aquél es dulce amor, perfecto y vivo,  
qu'el ánimo levanta en alto vuelo,  
juntando lo de acá con lo del cielo,  
haciendo lo mortal efecto altivo.  
Amor que se sujeta a ser captivo  
desciende de la cumbre al bajo suelo,  
do reina el desamor y su recelo,  
olvidando el amor contemplativo.  
En fin, que se ha de amar sin esperanza,  
y en aquesto consiste el amor puro,  
y en sólo lo del Cielo ha de tenerse,  
pues vemos fenecer cualquier holganza  
y venir a caer lo más seguro,  
y aquello qu'es amado al fin perderse.

Gran contentamiento dio a todos las razones que cada uno destos tres hermanos dio. Diversos pareceres había; mas luego mandando callar a todos y haciéndolos estar sosegados, el sabio Plomis comenzó a hablar desta manera:

—Cinco veces con ésta, honrados hermanos, habéis ante mí dicho cada uno de vosotros maravillosas razones defendiendo vuestras causas, y en esta postrera habéis por cierto hablado altamente. La cual disputa hecha en este lugar tan público nos ha sido mandado porque aquí se había de sentenciar; que ya yo, con el parecer de doce hombres los más sabios desta república, ayer di la sentencia. Mas base ordenado así por que toda la ciudad, o la mayor parte della, entendiese la causa de vuestras diferencias y públicamente se diese el premio a quien le convenía. Por lo cual, estad atentos y seraos pronunciada mi sentencia.

Y como dijo esto mandó que luego se leyese (porque escrita en la mano la traía), y dándola a un hombre anciano, la comenzó a leer. La cual decía así:

*Habiendo entendido la brava y terrible diferencia de vosotros los tres hermanos Adornio, Belio y Basurto, hallamos que Adornio debe de ser heredado por razón que su estado es mejor que el de sus dos hermanos, porque sigue y guarda mandamiento divino y está atado a la razón, donde faltando della pierde mucho el que no la guarda, y así, se merece, obrando, lo que ella pide; y al contrario sus hermanos, no tienen ni han tenido ningún estado. Y así, mandamos que Adornio sea puesto en la posesión de la herencia de su padre, dando él a sus hermanos aquello que él solo quisiere; no por obligación, mas por su propia voluntad.*

Luego que esta sentencia se acabó de leer el sabio Plomis se levantó, y con él todos aquellos principales hombres, y se fueron adonde Adornio estaba y le cubrieron una rica ropa, poniéndole sobre la cabeza una guirnalda de laurel; y a este tiempo tocaron muchos instrumentos y con gran fiesta lo llevaron a la casa de su padre, y así se dio fin a este pleito.

Luzmán quedó muy contento del juicio que el sabio había hecho, conociendo haber juzgado rectamente, y quejábase de su señora, pues había desechado el casarse con él, mas echaba la culpa a su ventura.

Algunos días se detuvo en Luca, y al fin se determinó partir a Mantua; y tanto anduvo que llegó a ella, y como llegase de noche pasó cerca del palacio del marqués Octavio, señor de aquel estado. Era mozo de edad de deciocho años, muy gentil hombre, adornado de grandes habilidades, así en las letras como en la música y poesía. Pues como Luzmán estuviese mirando la hermosura del palacio oyó un poco apartado tañer y cantar; y como él fuese tan aventajado en esto, con gran afición se llegó adonde pudiese oír lo que se cantaba, y arrimándose a una pared que sobre un hermoso vergel caía, debajo de una reja que una gran ventana tenía oyó cantar esta canción:

En gran confusión me veo,  
porque Amor me es enemigo,  
y así, combaten conmigo  
dos extremos y un deseo.  
En forzándome el querer,  
parto del Amor vencido;  
mas apenas soy partido,  
cuando me torno a volver  
Con vida y muerte peleo;

desto Amor es buen testigo,  
y así, combaten conmigo  
dos extremos y un deseo.  
De aquí nace aborrecerme  
y vivir desesperado,  
pues de ser muy confiado  
he venido a no entenderme.  
Dos mil veces me maldigo:  
ved en qué extremo me veo,  
pues el amor y el deseo  
combaten siempre conmigo.

Al tiempo que acabó el marqués Octavio de decir esta canción, como la dijese con gran suavidad, a Luzmán, que oyéndole estaba, le hizo venir las lágrimas a los ojos, y tanta fue su tristeza, que, sin pensar que lo daba, dio un mortal suspiro. El cual oyó el marqués Octavio, y maravillado de quién podría ser el que así había suspirado, se levantó y, puesto a la ventana, miró abajo y vio a Luzmán, el cual estaba tal que al Marqués no vido. Octavio que en él puso los ojos, parecióle mozo de gentil presencia y creyó que necesidad le había causado sospirar con deseo de alguna cosa, y díjole:

—Amigo, ¿qué sientes, que me parece que he oído quejarte?

Luzmán alzó la cabeza, y aunque no conocía al Marqués luego sospechó que era él, porque ya sabía que era mancebo de poca edad, muy avisado y de grandes gracias; y por esto, no dudando que él fuese, se le humilló diciendo:

—Señor, lo que yo he menester y al presente me falta no me lo puedes tú dar, y así, no es menester que yo te diga la causa de mi tristeza.

—¿Cómo sabes tú que yo no puedo suplir lo que a ti te falta? —dijo el Marqués—. ¿Por ventura conócesme, o tiénesme en tan poco que no me duela de cualquier mal ajeno?

—No es ésa la razón —dijo Luzmán—, sino que la vida dala Dios, y asimismo tiene poder sobre la muerte: los bienes de acá puédenlos dar los hombres, mas no tienen en sus manos para poder dar contentamiento, salud ni descanso.

El Marqués como oyó las razones de Luzmán túvole por hombre muy avisado, y rogole que subiese adonde él estaba, y Luzmán lo hizo; y cuando Octavio lo vio más cerca de sí tuvo por cierto que debía ser hombre de precio, y mandole sentar cerca de sí, y haciendo salir fuera todos sus criados, quedando con él solo le dijo:

—Yo te ruego, mi buen amigo, me hagas un placer; y es que si sabes tañer y cantar lo hagas agora; que no puedo creer que dejes de saberlo, pues oyéndomelo hacer a mí tanta tristeza te dio, moviendo en tu corazón nuevo sentimiento.

Luzmán queriendo cumplir el mandamiento de Octavio, tomó un laúd (en el cual él había tañido) y comenzó a cantar lo que se sigue:

El triste sentenciado a muerte dura  
otorga a su pesar la tal sentencia,  
pues ve que no bastó pedir clemencia  
con temor de la muerte y su amargura.  
Así debe sentir su desventura  
el penado amador qu'está en ausencia,  
tomando sus pesares en paciencia,  
y aquí consiste el seso y la cordura.  
Mas ¿quién podrá tener tal sufrimiento  
que no venga a llorar sus desfavores?  
¿Es por ventura el hombre piedra o palo?  
En fin, se ha de mostrar el descontento,  
sus lágrimas, tormentos y dolores,  
pues esto da el amor por más regalo.

Tan contento quedó el Marqués deste soneto que cantó Luzmán cuanto él jamás lo fue en oír cosa que de gran artificio fuese, y levantándose le abrazó con grande amor y pidiole muy encarecidamente le dijese quién era. Luzmán le declaró cómo hijo era y la causa por que así andaba. El Marqués se acordó que había conocido a su padre estando en la corte del Rey de Castilla (y había tres años que della había venido), y con mucho placer le tornó a abrazar y le honró mucho; y luego viendo que del consejo de tal hombre no le podía venir sino provecho, le descubrió sus amores diciéndole así:

—Sabréis, mi buen señor, que nunca los mozos, con la poca edad, vienen a entender los trabajos del mundo hasta que en alguna necesidad extrema se veen; y ésta muchas veces los levanta y aviva, haciéndolos avisados, fuertes y para sufrir todo trabajo, puesto que la libertad junta con la juventud es peligrosa, así como aquella que huye del freno de la virtuosa costumbre; y esto, ya que no sea generalmente, en particular toca a muchos. Pues sabed que habrá dos años que murieron mis padres y yo quedé, como vos veis, de poca edad; pues sucedió, así, que habrá un año que yo me fui a holgar la ciudad de Florencia, y un día, que no debiera, entré en un vergel, que del rico Médices se llama. Viniendo ciertas hijas de hombres principales de aquella ciudad a holgarse, entre ellas vino una doncella, hija de un noble hombre y muy rico llamado el Arquiole, la más hermosa que yo creo haber a la sazón en el mundo, de la cual mis libres ojos quedaron captivos; dándole lo que le pude dar y a mí quitándome la libertad que tenía, me hizo quedar otro del que antes era, convirtiéndome en el que agora soy. Pues viéndome por su causa tan atormentado de tormentos de amor, busque por todas vías de descubrirle mi corazón escribiéndole algunas cartas, a las cuales me ha respondido quitándome toda esperanza y dándomela si con ella quisiese casar; y esto a mí es muy grave, no porque su merecimiento, hermosura y sangre no mereciese mucho, mas porque mis parientes y

vasallos me echarían gran culpa, y por esto he dejado de hacello, que por mi voluntad ya lo hubiera hecho. Y aun ayer recibí della una carta en respuesta de otra mía, y así, la una y la otra os quiero mostrar por que veáis, amigo, en qué balanza anda mi vida y me podáis aconsejar lo que os parece.

Y luego el Marqués abriendo un pequeño cofre, sacó dos cartas, y abriendo la una la mostró a Luzmán, la cual era la última que él le había enviado. Luzmán por su mandado la leyó, la cual decía así:

#### Carta del Marqués a Vitoriana

*—Quererme llamar desdichado, no tengo para qué preciarme deste nombre, pues la mayor dicha que mis ojos alcanzaron fue que te vieses, señora, y que yo entonces quedase por ti a tu hermosura rendido. Sólo me quejo porque no acabas de conocer el verdadero amor que te tengo, porque el que tú dices tenerme no puedo yo creer que sea amor, sino muestra dél, pues va fundado debajo de un interés, y no con aquella simpleza y libertad que el verdadero amor en sí tiene. Pues acaba, señora, de venir a considerar lo que padezco, y piensa también que lo que tú quieres el tiempo puede ser ejecutor dello, cumpliéndose tu voluntad dando primero contentamiento a la mía. Esto te suplico, cuya respuesta espero en el lugar donde, estando ausente, me tienes contigo.*

Acabado que hubo Luzmán de leer esta carta, dijo al Marqués:

*—Por cierto, señor, que en breves razones no se puede decir más que esto. Y lo que a mí me parece sobre este hecho, en viendo lo que responde vuestra señora Vitoriana os lo diré, como verdadero servidor y amigo.*

El Marqués, él propio leyó la segunda carta en respuesta de la suya, la cual decía desta manera:

#### Carta de Vitoriana al Marqués

*Cuando al verdadero amor se quiere poner su contrario, cosa es contra razón y fuera de toda medida; quiero decir, señor Octavio, que el que tú tienes le pintas con tan vivas colores y tan al natural que parece todo lo demás ser fingido. No me parece eso a mí, porque el amor que se pretende fuera de la honra de la cosa amada más es burlar dél que quererle estimar. Dices que es interés guardar mi honestidad y limpieza: no me parece que es así, mas su contrario lo sería abajando la honra de mis padres y aun la tuya. Por lo cual yo te ruego, mi señor, no pretendas lo que a ti ni a mí no conviene, aunque sepas que verdaderamente te amo. Pues si tú me amas no quieras mi afrenta; antes te ruego y suplico que si tu voluntad no se llega a la mía, en este hecho no me hables, porque no responderé más a tus cartas. Y así, quedo*

*rogando a Dios te dé a entender lo mucho que te amo y lo que debes hacer para su servicio.*

Leyendo esta carta el Marqués, vertía tantas lágrimas, con tanta abundancia de suspiros, que Luzmán, que no menos estaba atormentado, movido a gran tristeza le tenía compañía haciendo lo mismo; mas dende a una pieza vuelto a Octavio, le dijo:

—No hallo yo, señor, derecha causa para que vos tan gran sentimiento mostréis. Porque o vos amáis o no amáis: si el amor que vos tenéis es verdadero no se os ponga delante amigos ni vasallos ni la enemistad de los parientes, sino solamente a Dios y a vuestro contentamiento. Mirad que el amor que de las entrañas puro sale y en el corazón se engendra, ni teme ni debe ni guarda ley, porque luego se transforma en la cosa amada. La vida es la más dulce cosa, y la muerte, la más aborrecida y temerosa, y por el amor se desecha la una y con ánimo se busca la otra, como por ejemplos se ve de muchos que a la muerte se ofrecieron por el amor de aquéllas a quien amaron. Pues siendo esto así y en Vitoriana están, señor, todas las partes que se pueden desear en una doncella, ¿para qué queréis más lastimaros ni parar en el dicho de las gentes, sino dalde aquello que a vos os sobra y a ella le falta, pues en lo demás le sobra todo? Este es mi parecer y esto es lo que yo haría, y todo lo demás es perder tiempo, y deservicio de Dios y afrenta desa señora, la cual no debéis vos consentir si verdaderamente la amáis.

El Marqués se alegró mucho de las palabras de Luzmán y le agradeció el consejo que le daba, y porque era ya hora cenaron. Y ahí se detuvo Luzmán quince días mirando la hermosa ciudad y otras cosas que fuera della había, así como hermosos vergeles y deleitosos campos, con un sepulcro que los mantuanos hicieron a Vergilio, hijo de su patria; y queriéndose partir, el Marqués le rogó se fuese con él a Florencia, porque quería ir ver a su señora.

Luzmán se lo concedió, y así, se partieron; y llegados a Florencia un día, yendo disfrazado el Marqués, mostró a Luzmán a su señora, y quedó muy maravillado de su hermosura, que fue parte para persuadir más al Marqués que se casase con ella; y tanto pudieron las razones y consejos que le dio, que el marqués Octavio la tomó por mujer; y así se muestra que de un buen amigo cristiano y discreto no pueden suceder sino obras virtuosas.

Pues un día, habiendo acabado de comer, el Marqués dijo a Luzmán:

—Yo quiero, amigo, esta tarde, que veáis el hombre más enemigo de mujeres de cuantos agora hay en el mundo, porque se juntan en un vergel muchas doncellas de las principales, y él ha de venir allí a hablar con ellas.

—Mucho holgaré de oírlo —dijo Luzmán—, aunque en decir mal contra la verdad no puede llevar buen fundamento.

—Así es —dijo el Marqués—, mas todavía dice razones muy estrañas.

Pues cuando fue hora se fueron a un vergel muy deleitoso, y en medio dél estaba hecha una cuadra, descubierta por todas partes, sobre hermosos pilares, donde estaba

una fuente en medio y alrededor sentadas muchas dueñas y doncellas, y entre ellas algunos gentiles hombres de la ciudad, dellos parientes y hermanos, y otros a quien el amor allí hacía venir. Y en medio de todos estaba el músico Soticles, que era aquel que tanto mal siempre del amor decía. El Marqués y Luzmán se sentaron por oír lo que cantando a la sazón estaba, que era lo siguiente:

Riberas del hermoso y dulce Nilo  
una ninfa hermosa caminaba,  
con pasos mesurados se paraba,  
hermosa como el Sol, según su estilo.  
Tiraba con su boca el blando hilo  
de un algodón de Arabia que hilaba  
en una rueca de oro que llevaba,  
haciendo de sus hilos un pabilo.  
La cual como me vio, me dijo luego:  
«Ternás por cosa nueva mi hilado,  
pues hombre nunca vio jamás tal tela.  
Has de saber que tuerzo con cuidado  
un pabilo que encienda muerte y fuego  
al traidor del Amor y su cautela».

Una doncella, llamada Claudia, acabando de cantar Soticles le dijo:

—Di, enemigo de las mujeres y de aquel valeroso amor, ¿qué te ha movido a tan grande enemistad?

—Yo os lo diré —dijo Soticles—: ser ellas nuestras enemigas, y el amor, causa de nuestra perdición.

—¿Cómo puede ser eso? —dijo otra doncella, llamada Poncia—. Mas pues tanto presumes, dinos: ¿qué es amor?

—¿Qué es amor? —dijo Soticles—. Un mochacho ciego y loco, y desvariado en todas sus cosas.

—No te preguntamos eso —respondió otra doncella, llamada Filora—, sino por qué razón le llaman *Cupido*.

—Bien decís —dijo Soticles— y bien preguntáis. *Cupido* quiere decir que ocupa el sentido, apartándolo del bien y ocupándolo en el mal; y este amor es carcoma, reloj desconcertado, mentiroso, engendrado de una cosa que ninguno entiende.

—Pues ¿cómo aman todos los del mundo? —respondió otra doncella, llamada Florista.

—Porque la locura del mundo es grande —dijo Soticles—. ¿De qué pensáis que nace amar? De un loco atrevimiento.

—Pues ¿cómo se atreven todos, y de tal atreverse nace el saber y la grandeza del generoso ánimo? —respondió otra doncella, llamada Plonia.

—Habéis de saber —dijo Soticles— que cuando uno locamente se engaña, cayendo en algún error, si es tenido por sabio y le culpan del tal yerro defiéndese con querer sustentar que es bueno lo que hizo. Es amar un mar esquivo lleno de tormenta, donde ninguno supo navegar ni halló puerto seguro. En fin, de vosotras nacen las diferencias, las muertes y sus escándalos, y así, habéis traído al mundo rejalgar envuelto en una suave conserva, al parecer de la vista, y ésta es esa hermosura que Dios en vosotras puso, más para llorarla que para desealarla.

—Pues di —respondió Julia, una doncella que por muy sabia era tenida—: ¿cómo todos los hombres aman, y por este amor se multiplica el mundo, sin el cual naturaleza humana sería huérfana y pobre?

—No porque muchos sigan el camino áspero lo han de seguir todos —respondió Soticles—, ni porque uno sea loco ha de imitarlo otro. En fin, habéis de saber que el amor de suyo bueno fuera, si por vosotras no hubiera sido vuelto en otro género de ser malo. ¿Quién hay tan ciego que no conozca vuestra deslealtad? Si lloráis, es fingido, y si os reís, es haciendo burla de aquellos que creen en vuestras palabras; y si por ventura sospiráis, no es por amor, ni por doleros de quien a vuestra causa padece, sino porque ya querríades que todos fuésemos acabados y solas vosotras permaneciédes.

Orinda, una sabia dueña que al presente allí estaba, le dijo:

—Ciertamente merecedor eres de gran pena, y tengo para mí que has de morir a manos de mujeres.

Respondió Carlinda, otra doncella:

—Esa muerte no morirá, porque no merece morir a tales manos; mas matarle han bestias fieras, pues huye de la razón por no entenderla.

—Yo os digo —dijo Soticles— que ternía por menos muerte la vuestra, quiero decir, por vuestras manos recibida, aunque me la diédes muy cruel, antes que ser amado ni amar a ninguna mujer.

—¿Por cuánto precio te obligarías a casar en la edad que agora tienes? —dijo Torilia, una sabia doncella que allí estaba—. O, ya que te determinases, ¿cuál tomarías de nosotras?

Respondió Soticles:

—Si todo el mundo me diesen por mío con condición que me casase, yo no lo tomaría, porque me parecería tenerlo encima de mi cabeza; antes holgaría de estar entre animales, comiendo yerbas, que juntarme a ninguna de vosotras.

—Tú eres maldición, árbol sin fruto —respondió Espinela, otra hermosa doncella que allí estaba—, y así, de ti no puede proceder bien ninguno.

—Bien decís —respondió Soticles— que yo soy maldición, pues para dárosela a todas nació en el mundo. ¿Por quién se perdió el primer hombre y vino de inmortal a pasible, y asimismo las repúblicas se han visto en tantas adversidades? Así que vosotras sois este árbol de do procede fruto amargo. Y escuchad sobre esto, oídme, que quiero cantar ciertos versos.

Y como esto dijo comenzó a cantar desta manera:

¿Por qué llamáis Amor a un león fiero,  
el que no guarda ley en lo que ordena?  
Es amigo traidor y carnicero,  
y suele dar por gloria amarga pena.  
Es rapaz descortés muy lisonjero,  
que do no se halla culpa, allí condena.  
Pues luego ¿por qué amáis, hombres perdidos,  
faltándoos la razón y los sentidos?  
Comenzad a huir de tanto engaño  
si no queréis caer en cárcel dura.  
Entended que os aviso deste daño,  
de la vida sabrosa sepultura.  
No tengáis mi consejo por estraño,  
que sabed que la honra os asegura.  
Mirad que son mudables sus placeres,  
fingidos y ordenados por mujeres.  
Convidan con placer y dan tormento  
en la mesa de amor por él compuesta;  
sus glorias se convierten en un viento,  
y en amargo dolor toda su fiesta.  
Pues luego ¿qué llamáis sabroso intento  
aquello que tormentos amonesta?  
Es duro de entender; y si se entiende,  
entonces sin razón más se defiende.  
Corona le ponéis al desdichado,  
que tal le llamo yo; no por mi saña,  
mas por ver y entender que su reinado  
es burla, con lo cual al mundo engaña.  
Al mal es diligente; al bien, pesado,  
y en todas las malicias tiene maña.  
Pues ¡fíaos deste ingrato loco y mudo,  
balletero rapaz, crüel, desnudo!

En acabando de cantar estos versos por el desamorado Soticles, puesto que fuese en perjuicio del amor y en la presencia de tan hermosas damas, cantaba tan dulcemente y decíalo de tal manera que a todos hacía quedar maravillados. El Marqués que junto a Luzmán estaba, le dijo que le rogaba dijese algo a Soticles en favor de las mujeres; el cual por contentar Octavio y por lo que debía al amor de su señora Arbolea holgó dello, y así como se acabaron estos versos, antes que Soticles

hablase, él le dijo desta manera:

—Muy maravillado estoy, Soticles, de ti, siendo hombre, engendrado de hombre y nacido de mujer, ser tan enemigo dellas. ¿No sabes tú que si por mujer vino al principio del mundo el general daño con el cual todos caímos, por mujer se restauró y remedió con tanto bien que sobrepujó al mal? Pues asimismo, si por algunas ha habido diferencias, guerras, muertes, daños, ¿qué culpa tienen ellas, que en sus propias tierras y casas se estaban debajo de las obediencias de sus padres o maridos? Los hombres han sido, si entenderlo quieres, aquellos que han buscado nuevas invenciones y engañosos trajes para persuadirlas y engañarlas, como inventores de todo mal; que ellas jamás lo hicieron sino por nuestra causa. Por lo cual ata tu lengua y no digas tan gran error como decir mal dellas.

—Mucho me alegro —dijo Soticles volviéndose para Luzmán— en ver que respondes tú por estas fieras leonas que aquí cercado me tenían: más lo quiero haber contigo que con ellas, porque eres hombre llegado a razón, y así, la mía te podrá dar a entender tu engaño. Di, pelegrino: ¿qué entiendes tú que es amor?

—¿Qué es? —respondió Luzmán—. Una fuente de una agua de amoroso deseo, árbol que no pierde jamás su verdura, y una visión del ánima esmaltada en los sentidos, sin la cual el hombre es un dibujo muerto.

—Muy errado vas —dijo Soticles—; que el amor es mar de sangre, árbol seco sin hojas, edificio sobre arena, movimiento loco, piedra engastada en el juicio, lanceta que rompe las mejores venas, lanza de dos hierros por do se hacen cien mil.

—Tú no has sido enamorado —dijo Luzmán—, por lo cual hablas de oídas. Pues entiende que el amor es compás de toda prudencia, vergel do se deleitan los ojos, vestidura que adorna al rústico y sublima al sabio, tesoro de riquísimo valor. Allí sube el hombre cuanto más ama, y entonces crece cuando mengua en sí subiendo a la cumbre de lo que desea; y cuanto más desfavorecido y lastimado, entonces mayor contento recibe, porque amor en esto muestra sus grandezas. Y así, todos los del mundo te culparán y ternán por enemigo, pues lo eres de la cosa mejor que en sí tiene. Yo te ruego que te contentes de lo que hasta aquí has dicho y de ahí no pases, pidiendo perdón al amor y a las causas dél. Y por emendar tu yerro, contra los versos que cantaste yo quiero decir otros, que aunque no sean tales en la compostura como los tuyos, serán más verdaderos.

Y diciendo esto tomó una vihuela que al presente le trujeron, y comenzó a cantar lo que se sigue:

Es amor una cumbre de esperanza  
do reinan los efetos amorosos,  
un retrato de vida, y su holganza,  
corona de los hechos más famosos.  
Es, en fin, una mar de gran bonanza  
do navegan amantes generosos;

y aquéstos, por amor y su concierto,  
más quieren la tormenta que no el puerto.  
Sin mujeres el mundo, y el bien dellas,  
sería confusión, guerra y fortuna,  
quedando como el cielo sin estrellas,  
faltando lo demás, qu'es Sol y Luna.  
Son flores de la vida alegres, bellas,  
que merece mil mundos sola una,  
con todo lo demás qu'está criado,  
por sola su bondad, virtud y estado.  
Se sujetan los fieros animales  
al regalado amor y sus hazañas.  
¿Quién huye deste amor? Hombres bestiales  
que tienen muy perversas las entrañas.  
Pues venid, amadores muy leales:  
entended las victorias, fuerzas, mañas,  
de aqueste nuestro rey hermoso y fuerte,  
por quien es dulce vida cualquier muerte.  
Florezcan en los prados nuevas flores,  
resplandezcan las aguas de las fuentes,  
y las aves cantando den clamores  
convidando a dulzura todas gentes.  
Y todos los penados amadores  
descansen sin sentir más accidentes  
contemplando en Amor y sus victorias,  
pues hay de su valor tantas historias.

Muy contentas quedaron las damas de lo que Luzmán había respondido por ellas y cantado en su favor, y todas le dieron muchas gracias, y al Marqués, que allí le había traído. El cual no menos que ellas quedó contento, y así, abrazando a Luzmán y despidiéndose de aquellas señoras y del músico Soticles, con el cual pasaron algunas graciosas razones, se volvieron a casa del Marqués, porque ya él estaba para se partir otro día y enviar por la Marquesa, con la cual se había desposado y quería en Mantua hacer sus fiestas.

Esa noche cenaron con mucho placer, agradeciendo mucho Vitoriana a Luzmán el consejo que al Marqués había dado, por el cual se había efetuado el descanso y honra della y de su linaje.

Pues otro día Luzmán se despidió del Marqués y della, no le pudiendo más detener, y se fue con determinación de ir a ver la ciudad de Roma, de la cual había oído decir tan grandes cosas; y, habiendo visto otros algunos lugares llegó a la ciudad de Sena y determinó de ver el gobierno de aquélla Señoría, y aquí da fin el tercero

libro desta *Selva de aventuras*.

## Libro cuarto

---

### Comienza el cuarto libro desta Selva de aventuras

---

En un verde y deleitoso campo, a media legua de la ciudad de Sena, estuvo Luzmán el día que en ella pensaba entrar, hallándose cansado de lo mucho que caminado había; porque tomando sus trabajos por contentamiento de su vida siempre anduvo a pie; no porque le faltase haber para poder ir a caballo, mas había esto prometido al tiempo que partió de España. Pues levantándose de aqueste lugar deleitoso se fue a la ciudad, en la cual estuvo ocho días; y al cabo dellos, una tarde yendo por una calle, al cabo della, en una pobre casa oyó tañer y cantar, y aunque no pudo entender lo que se cantaba, todavía le pareció bien, y estando así deseoso de oír al que tañía y cantaba y saber quién era, vio venir un hombre viejo, y llegándose a él le dijo:

—Decidme, honrado padre, ¿quién vive en esta casa?

El ciudadano le miró y sonriose, diciendo:

—Bien parece que eres pelegrino y extranjero, pues no conoces al dueño desta morada; y por que adondequiera que fueres puedas decir el bien que esta ciudad en sí tiene, a lo menos un hombre único en el mundo, allégate aquí y decirte he lo que me preguntas.

Luzmán con más deseo que antes, se fue con él, y echándose de pechos sobre un mirador que al hermoso campo salía, le rogó le dijese lo que él proprio por amor, sin conocerle, le quería decir.

—Soy contento —dijo el hombre viejo—. Y así, has de saber que hubo en esta tierra un hombre muy rico llamado Plunio; éste no tuvo más que un solo hijo y una hija. El hijo tuvo por nombre Oristes, el cual dende su joventud se dio a todas las ciencias y artes, y aprendió tanto dellas, que no hay hombre más sabio en la mayor parte de Italia, tanto, que la república Romana ha enviado muchas veces por él prometiéndole grandes riquezas, y él las ha tenido en poco. Pues has de saber que muerto su padre, que habrá quince años, toda su gran riqueza dio a una hermana suya, y casola en Florencia, y él se casó con una doncella pobre, recogándose a esta ciudad, como natural della, y vive en esta pobre casa. Es su condición siempre estar riendo, y tañendo y cantando en alabanza de la pobreza: jamás quiso cosa de ninguno, si no fuese lo que le basta para un día, y si desto ve que le sobra, dalo a los pobres. De manera que son tantas sus virtudes, que yo no podría en mucho tiempo contarlas. Alégrase con el nombre del «pobre Oristes», teniendo por mayor contentamiento esto que ser emperador del imperio Romano. En fin, para entender su gran valor sería menester que le vieses y hablastes.

—¿Podría ser, honrado padre? —respondió Luzmán.

—Sí por cierto —dijo el viejo—, que nunca su puerta se cierra, ni su

conversación a nadie niega.

—Pues así es, yo te ruego me perdones, que yo determino de entrar a gozar de aquello que yo siempre deseé.

Y diciendo esto Luzmán se despidió del viejo, el cual se fue, y él entró en la pobre morada de Oristes, y sin que nadie le dijese nada llegó donde Oristes estaba tañendo en una arpa y cantando; y aunque vio a Luzmán, no por eso dejó de proseguir su canto, mas hízole señas que se asentase con alegre rostro. Luzmán se asentó sobre un pequeño banco que junto a una pobre cama estaba, sobre la cual estaba sentado Oristes; y lo que cantaba era lo siguiente:

¿Qu'és ver la clavelina o blanca rosa,  
el lirio o otra flor que bien parece,  
cuán presto se enmarchita y entristece,  
perdiendo la color y el ser hermosa?  
Hoy penáis y morís por una cosa;  
mañana vos enhada y aborrece.  
¡Cuán presto pasa el día y anochece!  
El tiempo es la ocasión que no reposa.  
Ninguno con su suerte está contento:  
la vida es un golfo de cuidados,  
que va por esta mar de nuestro intento.  
Deseos y esperanzas lleva el viento  
de muchos que, viviendo confiados,  
fundaron en el aire firme asiento.

Acabando de cantar estos versos el pobre Oristes, levantose con gran alegría y, los brazos abiertos, se fue a abrazar a Luzmán, como si le conociera, diciendo:

—Mi buen hermano, ¿qué ventura te ha traído a esta mi casa?

Luzmán muy alegre, así de lo que le había oído decir cantando como de ver con cuánto amor le hablaba, le respondió:

—Honrado Oristes, la fama de tu nombre me ha traído, con gran deseo, a verte.

—Pues tórnate a sentar —dijo Oristes—, que, sin conocerte, mucho me alegro con tu venida.

—Dime, famoso varón —dijo Luzmán—, ¿qué fue la causa que, siendo tú rico, desechaste la riqueza y holgaste de ser pobre, pues es la cosa más aborrecida, y comúnmente llamada vergonzosa y vil entre los hombres?

—Soy contento de te lo decir —dijo Oristes—. Has de saber que no se llama rico el que con las riquezas se confía de temporal gloria: riqueza se ha de llamar el no tenerla, porque aquél es rico que sólo espera en las verdaderas riquezas del Cielo; y así, yo temí de perderme en ellas y caer con la demasiada carga, y así, tuve por mejor alivianar el entendimiento y perder aquel codicioso cuidado que suele dar la codicia

temporal.

—Bueno fuera eso —dijo Luzmán— si tú las hubieras mal ganado; mas, heredándolas de tus padres, cosa terrible me parece dejarlas y vivir sin ellas.

—En eso te engañas —respondió Oristes—; que siendo mal ganadas poco merecimiento era restituirlas al mundo; mas siendo buenas y propias fue más aborrecerlas. Y lo que llamas vileza no lo es, antes, si mirarlo quieres, lo es el rico, si de lo que tiene no hace lo que debe.

—Y si lo hace —respondió Luzmán—, ¿no terná más merecimiento dando y ayudando a los que poco pueden, que no aquel que, careciendo desto, con la pobreza se contenta?

—No —respondió Oristes—, que de lo mucho darse poco es no dar nada, y darlo todo es de mayor merecimiento.

—Bien está —respondió Luzmán—. Mas querría de ti saber por qué te casaste para dar de tu pobreza vida pobre a tu mujer y hijos, pues me dicen que tú los tienes, los cuales después de tus días llorarán la falta de los bienes, y servirán en casas ajenas, habiendo tú podido dejarlos ricos.

—Bien has apuntado —dijo Oristes—, pero ése es el error general entre los hombres, pues quieren mirar al ajeno bien con hacerse daño a sí mismos. Dime: ¿la mujer confía en sólo el hombre, o es por ventura ella nacida debajo de su remedio? Desconfianza sería quitarla de Dios y de su poder y ponerla en la tierra; y así, los hijos lo mismo han de pretender que su padre. Virtudes son las que los levanta; y así, cuando se veen pobres y sin padre pretenden por sí la virtud, lo cual no harían y dejarían de hacer muchas veces, confiados en los bienes. Y escucha unos versos que sobre esta razón suelo algunas veces cantar.

Y luego tocando en su arpa los comenzó a decir, y eran éstos:

¡Oh pobreza amigable, dulce y buena,  
manjar de gran sabor, perfecto y santo,  
del ánima inmortal divino manto  
por quien toda soberbia se refrena!  
Morada de bondad y gracias llena,  
destierro del esquivo y triste llanto,  
vergel donde se halla el sacro canto  
con el cual la codicia se condena.  
En ésta la humildad tiene morada;  
pues dichoso el qu'es pobre en esta vida,  
si sabe bien usar de la pobreza.  
Pues con ella en el fin de la jornada  
se viene a merecer gloria cumplida,  
gozando para siempre gran riqueza.

—Aquí podrás entender cómo la pobreza es vaso rico, seguridad descansada, sueño suave, árbol de olorosas flores, río manso, fuente que no pierde su corriente; y la riqueza al contrario: espada aguda, sueño pesado y lleno de sobresaltos, cárcel de contrarios, temor sin seguridad, bosque lleno de enemigos. En fin, ¿no has oído decir dificultosa ser la salvación del rico, y por el contrario, ser de los pobres el reino de los Cielos?

—Preciado Oristes, dijo Luzmán—, no consiste esa pobreza en los bienes temporales, mas en aquella que el espíritu debe tener, y ésta es de quien tú dices; mas no por eso, si el rico obra lo que debe, dejará de gozar de premio altivo; que cierto gran trabajo es el tuyo, pues cada día has de buscar lo que has menester. Mejor me parecería si lo tuvieras de tuyo, y no agradecerlo a ninguno, que común refrán es que el pobre no tiene amigo.

A estas palabras se reyó Oristes, diciendo:

—¡Cuán engañados viven los que eso piensan! Porque no es vergüenza pedirlo quien lo sabe dar o dio aquello que tuvo, y cuando no se halle como se desea, entonces se merece más. Así que has de creer y tener por entendido que no hay mayor contento ni mayor riqueza que aquélla con que el hombre se satisface, y éste es un vencimiento que hay en el hombre llamado de sí mismo; y al contrario el rico, no se conoce ni se contenta, ni quiere amigos, y si los tiene, apenas se fía dellos, ni aun de sus propios hijos: deséanle la muerte por heredarlo. De manera que vive en perpetua congoja: en la mesa llora, en la cama sospira, por las calles va pensativo, y en todo tiempo no sabe qué se hacer deseando aumentar lo que tiene, habiéndolo de dejar con la muerte. Y entiende otros versos que sobre este sujeto suelo yo cantar.

Y tornando a tañer, comenzó a decir así:

El rico siempre está penado y triste,  
es ave de rapiña malcontenta,  
navío que va en mar con gran tormenta,  
en quien toda miseria se reviste.  
Es terrible prisión, donde consiste  
desventura, dolor, daño y afrenta.  
Pues, hombre, haz contigo estrecha cuenta,  
que Dios te ha de pedir cómo viviste.  
Ninguno se confíe en su prudencia,  
mas mire cómo vive y lo que hace,  
pues es gran vanidad el bien del suelo,  
El cual en breve tiempo se deshace,  
por ser de muerte y llanto su potencia,  
y firme para siempre lo del Cielo.

—En esto podrás juzgar —dijo Oristes— si es verdadero lo que digo y si es

bueno lo que hago, pues va fundado debajo de razón natural y ley cristiana.

—No niego yo lo que dices —dijo Luzmán—, mas pésame que tanta virtud y elocuencia en tan prudente hombre como tú encerrada se contente de estar aquí, porque ya que diste todos tus bienes procuraras ganar otros; que bien pareciera un hombre de tu suerte en el palacio de un gran rey o emperador, y así dejaras colocado tu nombre y prósperos tus hijos.

—Déjate de pensar más en eso —dijo Oristes—, que has de saber que las casas de los reyes y grandes príncipes no son para todos los hombres. ¿Parécete a ti que haría bien el que está en el seguro puerto si se metiese en los golfos y tormentas de la mar? ¿No entiendes que en los tales lugares los hombres se tornan aves, queriendo volar sin alas a la presunción y privanza? Pues ¿qué te diré de las envidias y murmuraciones y diferencias que se hallan en esa pequeña honra pretendida por soberbia y vanagloria? Así que no me contenta, y pues la desprecio, quiero que mis hijos huyan della. Virtudes les dejo, crianza y cristiandad: válganse con ellas como yo hago en esta vida, pues dicen los sabios que la mayor joya es el ánima, y ésta se ha de guardar; que el cuerpo es bruto, y así, se ha de tratar con aspereza por que no tome malas costumbres. Y pues vees que yo te he dicho mi vida, no me la reprehendas ni afees, pues yo con ella vivo contento; y ruégote me digas quién eres, que en tu presencia y rostro desengañado estoy, porque te tengo por hombre en quien cabe toda bondad.

Luzmán se levantó, y con grande alegría le fue a abrazar diciendo:

—Harto poco saber sería el mío si no conociese tu virtud y alabase tu vida, la cual jamás partiré de mi memoria, y así, te quiero decir quién soy.

Y luego le contó en breves palabras todo su hecho. Oristes se tuvo por de buena ventura en haber conocido a Luzmán, y luego mandó venir allí a su mujer y dos hijos que tenía, no con menos virtudes que el padre, y vuelto a Luzmán le dijo:

—Veis aquí, señor y hermano, las cosas del mundo que más quiero y con quien desecho toda tristeza.

Y luego hizo poner la mesa, rogando a Luzmán que con él cenase. Luzmán cumplió su voluntad, y así, juntos cenaron, y acabada la cena le dijo Oristes:

—Decidme, amigo, ¿no me haréis un placer?

—Sí por cierto —dijo Luzmán—, porque no hay cosa que por tu amor yo no haga.

—Pues lo que yo quiero —dijo Oristes— es oírte decir algo en alabanza de mi pobreza tañendo y cantando algunos versos.

Luzmán no haciéndose de rogar, tomó la arpa con que Oristes había tañido y comenzó a decir lo que se sigue:

La vida más süave y deleitosa,  
de los hombres se vee más despreciada,  
y la joya subida y muy preciosa

la vemos por el suelo estar echada;  
con cara miserable y vergonzosa,  
de muchos enemigos salteada;  
y aquesto por le dar perpetua muerte,  
mas no puede morir, porqu'es muy fuerte.  
Aquesta es la pobreza enriquecida  
de la mayor virtud, qu'es la paciencia,  
si tiene caridad con fe su vida,  
engendada con celo de clemencia.  
Aquí no puede haber mortal caída  
ni faltar el reloj de penitencia,  
el cual recuerda al hombre descuidado  
al tiempo que se duerme en su pecado.  
Amiclas fue constante en su pobreza,  
burlándose del César poderoso,  
estimando en muy poco su grandeza,  
con la cual nunca tuvo, al fin, reposo.  
Pues ¿qué valió al rey Midas su riqueza,  
que de hambre murió muy congojoso?  
Así que por tener demasiado  
no se suele vivir más descansado.  
Debía de llorar el hombre humano  
a quien faltó saber para entenderse,  
y estar siempre contento el buen cristiano  
que sabe refrenarse y conocerse,  
pues tiene dentro en sí su propia mano,  
con la cual debe el hombre de vencerse,  
y es este vencimiento tan altivo,  
que pone al vencedor renombre vivo.  
Bien te puedes llamar dichosa, Sena,  
no habiendo dentro en ti moradas tristes,  
pues te veo de fama y gloria llena  
en ser tu morador el pobre Oristes.  
¡Oh muertos oradores, sentid pena,  
pues ver este varón no merecistes!  
Ejemplo de humildad, mar de prudencia,  
dechado donde está toda elocuencia.

Gran admiración dio a Oristes haber oído a Luzmán, pareciéndole nunca haber oído tan gentil voz y suave tañer, junto con las discretas razones de sus versos, y de gran placer le abrazó muchas veces, agradeciéndole mucho lo que en su alabanza

había cantado; y por ser ya tarde, Luzmán se despidió dél y se fue a su posada.

Más de un mes se detuvo en Sena, y siempre venía a comer y cenar con Oristes; y aunque se le hizo grave partirse de la conversación de tal hombre, no pudo hacer otra cosa, y así, le dijo:

—Mi verdadero amigo, yo jamás quisiera partirme de tu compañía, pues con ella mi atribulado corazón descansaba; mas pues tengo de partirme de aquí, ya me parece que es tiempo.

Oristes con las lágrimas en los ojos, le respondió:

—Yo te digo, y verdaderamente lo puedes creer, que siento tu partida en igual grado que si la vida desamparase este mi cuerpo; mas todas las cosas del mundo son así, que cuando dan más contentamiento se pierden, para avisarnos que dellas no nos confiemos, sino de la vida que ha de durar para siempre. Y pues vas a Roma, yo te quiero encargar una cosa con la cual no menos recibirás contento que con cuanto hasta hoy has visto; y es que a siete leguas de Roma, a la derecha mano como de acá fueres, apartada media legua del camino está una casa de maravilloso edificio en la cual vive un hombre grande amigo mío; no que nos hayamos visto, sino solamente por cartas, porque yo no he salido desta ciudad dende que murió mi padre, y antes desto no lo conocía, ni él a mí, sino por los nombres. Pues sabe que este varón se llama Birtelo, es muy rico y ha tenido maravillosos cargos en la república de Roma; será su edad cien años, y los cincuenta ha que está en aquel lugar que te digo, que jamás entró en poblado, mas allí hace mucho bien a los que le van a buscar, si dél necesidad tienen. Nunca se ha casado, por haberle sucedido estraños sucesos en esto que los enamorados llamáis *amor*. Yo sé que holgarás de verlo, y él de hablar contigo, que no menos tiene la gracia de la música y poesía que la sciencia y valor de su persona; y pues eres curioso de ver grandes cosas, no dejes de ver ésta. Y sea de mi parte tanto como de la tuya, pues yo no puedo hacer este camino.

Luzmán como entendió lo que Oristes decía fue muy alegre dello, y prometiole que así lo haría y luego se partió.

Contino revolvía en su memoria la crueldad de su señora, y por otra parte decía muy consolado: «Luzmán, si discreción no te falta debes de conocer que de tan gran mal como el tuyo has venido a sacar mucho bien, pues has visto las cosas estrañas que esta vida llena de engaños en sí tiene y los desengaños della; y al fin, voy confundido en ver la virtud del pobre Oristes, con el cual de buena gana acabara mis días».

Estas y otras lastimeras palabras iba Luzmán diciendo, y bien pasó un mes cuando llegó a la rica casa de Birtelo una tarde y púsose a mirar la hermosura della y su deleitoso asiento. Era desta manera: su edificio era en triángulo, y a cada parte una hermosa torre de grandes y curiosas piedras labrada, y de la misma manera la casa, estaba sentada en un hermoso llano, y al derredor muchos árboles de diferentes maneras, y un poco apartado della un hermoso arroyo que entraba por un vergel que la hermosa casa tenía.

Pues estando así Luzmán gozando del deleitoso lugar que sus ojos veían salieron muchos criados de Birtelo, y llegándose a él le dijeron:

—Amigo, ven con nosotros y haremos que te den de comer; y verte ha nuestro señor Birtelo y proveerte ha de lo que menester hubieres.

Decían esto estos servidores y escuderos de Birtelo porque era su costumbre de dar de comer y posada a todos los que allí venían, y si eran pobres, conforme a la calidad de cada uno dábale para su camino, y así, tenía mandado se recibiesen todos con grande amor, y por esto le fueron dichas estas palabras a Luzmán por sus propios criados. Luzmán se alegró mucho de ver con cuánta cortesía y amor en aquella casa le convidaban, y bien conoció en el señor haber bondad, pues la había en los siervos, y respondióles:

—Yo os agradezco, mis buenos hermanos, la voluntad que sin conocerme me habéis mostrado; y sabed que yo querría ver y hablar a Birtelo vuestro señor.

—Eso podéis vos muy bien hacer —dijo un escudero—; y vamos luego, que aquí está, abajo, recreándose en su vergel.

Y así, tomó consigo a Luzmán y le metió en la hermosa casa, en la cual vio muchas mesas puestas, y en ellas comían muchos hombres extranjeros. Pues entrando en el vergel, no menos admiración tomó en verlo que había tomado en ver la grandeza y hermosura de la casa, porque tenía con gran concierto plantados muchas maneras de árboles, quedando por medio dellos muchas calles, y por todas ellas muchas fuentes maravillosamente labradas.

Pues como llegase a un cenador que cubierto estaba de un rico techo sobre hermosas columnas de hermosas pórfidas edificado, y alrededor dél, labrados de maravillosa madera, muchos asientos, con cuatro fuentes a los lados, cada una de su manera, saliendo el agua dellas y entrando por otras fuentecicas que dentro entraban cercadas de muchos vasos de diferentes colores, unos con rosas, otros con lirios y otros con clavelinas y otras muchas diferentes y hermosas flores, allí estaba sentado Birtelo con un libro en la mano. El cual como vio venir a Luzmán y que ya entraba por el hermoso cenador, no con soberbia auctoridad, como los ricos y poderosos suelen tener, mas con una baja humildad, se levantó y se vino para él. Luzmán no menos contento de ver el auctoridad de su persona, auctorizada de sus antiguas canas y hermosa presencia, humillóse ante él diciendo:

—Señor, yo doy muchas gracias a Dios, que ya que me dio oídos para oír tu nombre, del cual venía yo deseoso por verlo, agora al presente me ha dado ojos para que pudiese ver lo que deseaba.

Birtelo le abrazó diciendo:

—Yo te agradezco, amigo, el deseo que de verme has tenido, aunque creo que te deben haber dicho más de mí que en mí debe de haber; y así, creo que hubiera más ganado contigo si no me hubieras visto, porque me tuvieras en más que agora tenerme puedes.

Y como esto dijo se fue a sentar, haciendo a Luzmán sentar junto a sí, muy

contento de ver su gracia y gentil disposición, y díjole:

—Querría de ti saber adónde me oíste nombrar, o quién te dijo de mí.

—Señor, dijo Luzmán—, habiendo yo salido de mi naturaleza, la cual es España, por ver las cosas del mundo, habiendo andado por muchas partes allegué a la ciudad de Sena, y allí fui tan venturoso que acerté a ver el pobre Oristes, el cual me dijo el gran deseo que tenía de verse contigo, y por mí te envía a saludar y ruégate le perdones porque no ha venido a esta tu casa, pues ya sabes que le desculpa su condición, y así, me rogó a mí por aquí me viniese, pues poco rodeaba para Roma, adonde voy. Esta fue la causa de mi venida por aquí, y cierto me tengo por venturoso en haber aquí llegado, conociendo con cuánta caridad recoges aquellos que vienen a esta tu casa.

Cuando Birtelo entendió las palabras de Luzmán y oyó nombrar al pobre Oristes mucho se holgó, y respondiolo:

—Yo te digo que verdaderamente he tenido gran deseo de ver Oristes, mas no he podido cumplir esta voluntad porque bien ha cincuenta años que vivo en esta casa, y jamás después que en ella estoy entré en poblado. Mas dime: ¿qué te ha parecido de la estraña vida dese buen hombre, pues siendo el más rico de aquélla Señoría se quiso hacer el más pobre y vive muy contento?

—Señor —dijo Luzmán—, ya tú sabes que ni hay pobre ni rico que viva contento, si Dios primeramente no se lo da. Oristes sé que lo está, y pues él se contenta del estado que escogió no le queda más que desear, ni que pudiese más mortificarse a las cosas del mundo.

—Yo te digo —respondió Birtelo— que yo no soy muy rico, mas tengo aquello con que pasar se puede descansadamente. Y cierto no quisiera ser pobre, que gran gusto recibo en tener qué dar y con qué ayudar a los pobres y hacer bien a mis criados.

—¿Qué tanto ternás, señor —dijo Luzmán—, que, según veo, gran gasto es el tuyo?

—Veinte mil escudos —respondió Birtelo— tengo al año, y decirte he de qué manera los gasto. Has de saber que hago dellos cinco partes: las dos me bastan para dar de comer mis criados y a los que van y vienen a mi casa; la tercera parte despendo en salarios y acostamientos, y la cuarta doy a los pobres, y la quinta, que es la menor, guardo para las cosas que se recrecen, como en edificar esta mi casa, porque cada día en casa tan grande no falta en qué andar siempre ocupados hombres que para este menester tengo. Desta suerte, ni me sobra ni me falta.

—Señor —dijo Luzmán—, y ¿qué es la causa, si por pesadumbre no tomas decirlo, que estás fuera de Roma, donde te criaste, y jamás has entrado en ella ni en otro lugar en tanto tiempo?

—Eso que me preguntas —dijo Birtelo— yo te lo diré; mas agora vámonos a cenar, que tiempo habrá para te decir eso y otras cosas; y también quiero saber de ti por entero quién eres, que en tu persona muestras ser caballero y persona de precio.

Y luego se levantó, y Luzmán con él, y se anduvieron una pieza paseando por el hermoso vergel. Ya era anochecido cuando subieron a una hermosa sala ricamente aderezada en la cual estaba puesta la mesa: había alrededor della siete tablas grandes, cada una por sí hermosamente doradas alrededor, y en cada una dellas había pintadas por mano maravillosa y de gran primor diferentes figuras y gentiles invenciones. Tenía la primera pintado un hermoso carro sobre muchos grifos, y en lo alto dél sentado en una silla el Mundo, y a sus pies iba sentada de la una parte una doncella que representaba la Carne, y a la otra el Demonio, enemigo de la naturaleza humana, y debajo de los pies de la Carne y Demonio estaban unas letras hermosamente escritas que así decían:

Yo soy padre universal  
de todo el linaje humano;  
principio de bien y mal,  
debajo de cuya mano  
está el poder sensüal.  
Y estos dos que van conmigo,  
Carne y Demonio, a la par,  
llevo yo para engañar  
al enemigo y amigo  
que de mí quiere fiar.

Estaba en la segunda tabla pintado el Tiempo con dos cabezas, de la manera que lo pintan los antiguos, con una rica vestidura, y a sus pies unas letras que así decían:

Más ligero soy que el viento,  
en todas cosas mudable;  
soy el Tiempo, cuyo intento  
es dar muerte miserable  
al que en mí busca contento.  
Nadie me puede tener  
cuando me quiero partir;  
es muy breve mi placer,  
pues no acabo de venir  
cuando me torno a volver.

En la tercera tabla estaba pintado un mancebo ricamente vestido, de hermoso rostro: representaba que era la Joventud; estaban pintados alrededor dél los vicios, como la Soberbia, Avaricia, y a los pies suyos una mesa con la Gula y los otros pecados, con unas letras en lo bajo de la tabla que así decían:

Mi lozana juventud  
no tema de cosa alguna:  
a mis pies va la Fortuna,  
señor soy de la salud,  
gozo alegre el Sol y Luna.  
Todo lo que quiero hago,  
sin temer contraria suerte;  
soy ligero, bravo y fuerte,  
y así, muy poco me pago  
de los que temen la muerte.

En la cuarta tabla estaba pintado un viejo, los ojos bajos y las manos puestas a manera de admiración, con triste semblante, y a sus pies había unas letras que así decían:

Fieme de cosas vanas  
sin tomar ningún consejo,  
siguiendo glorias mundanas,  
y agora viéndome viejo,  
he vergüenza de mis canas.  
Yo solo me destruí  
por nunca mirar atrás;  
y aunque agora torne en mí,  
no podré volver jamás  
al lugar donde partí.

En la quinta tabla estaba pintada al natural una cama, y en ella una mujer muy vieja, y alrededor de la cama pintada la Congoja, la Muerte y el Dolor y otros trabajos, cada uno con su nombre, representando la mujer vieja la Enfermedad, y en lo bajo de la tabla unas letras que así decían:

Tuve gracia y hermosura  
con sobrada libertad.  
Burlome la mocedad;  
si no, mirad mi figura,  
que yo soy la Enfermedad.  
Ya no tengo pies ni manos,  
ni lengua para hablar:  
en esto veréis, humanos,  
cómo venís a parar

en tierra y viles gusanos.

La sexta tabla tenía pintada otra doncella, pobremente vestida, con el rostro alegre, y de la una banda estaba la Fe y de la otra la Caridad: representaba la Penitencia. A sus pies había unas letras que así decían:

Si queréis hallar clemencia,  
hombres llenos de maldad,  
en la divina Bondad,  
procurá la penitencia  
con fe viva y caridad.  
Quien ama mi compañía  
no tema de ser perdido,  
antes muy favorecido;  
y quien della se desvía  
es muy falto de sentido.

En la séptima tabla estaban pintados muchos reyes y emperadores, y otros muchos principales hombres y de todos estados, y en lo alto la Muerte, muy feroz, con una espada en la mano, así como la pintan los antiguos, que parecía amenazar con ella a todos, y en lo bajo de la tabla unas letras que así decían:

Las hazañas y victorias  
de los griegos y romanos,  
y el poder de los hispanos,  
sus triunfos, famas y glorias,  
van debajo de mis manos.  
En esto veréis, mortales,  
vuestra vida no ser nada,  
porque al fin de la jornada  
a todos os hago iguales  
con los filos de mi espada.

Muy contento quedó Luzmán de la invención de las siete tablas y de sus letras, y vuelto a Birtelo le dijo:

—Todas las cosas que he visto, mi buen señor, en ésta vuestra casa son trazadas y ordenadas de persona que piensa más en la venidera vida que en esta presente.

—Plega a Dios —dijo Birtelo— que así como es mi deseo me dé las fuerzas. Y sentémonos a cenar, que ya es hora.

Y así, se pusieron a la mesa, sentándose en ella algunos de sus criados antiguos, y

entre ellos dos grandes músicos y poetas que de improviso tañendo y cantando decían sobre cualquier sujeto. Pues habiendo cenado, pasando en la cena honestas y elocuentes palabras, fueron alzadas las toajas. Birtelo se volvió a los dos poetas, los cuales se llamaban el uno Pirón y el otro Ansiló, y díjoles:

—Yo os ruego, amigos, que por amor deste huésped extranjero que aquí esta noche tenemos, cantéis alguna cosa; y sea ésta: que tú, amigo Pirón, digas bien del mundo, pues allí está tan soberbio en aquella tabla, y tú Ansiló, al contrario, digas mal.

Todos holgaron desto que Birtelo dijo, y más Luzmán. Los dos poetas mandando traer dos arpas, comenzaron a tañer suavemente y a decir cantando entre los dos los siguientes versos, respondiéndose el uno al otro. Y Pirón fue el que comenzó a decir desta manera tocando y cantando en su arpa:

#### PIRÓN

Es el mundo es compás justo y derecho,  
en el cual vino Dios a ser humano  
queriendo pretender nuestro provecho.  
¡Oh vergel deleitoso y muy lozano,  
de grandes excelencias y primores,  
retrato del Imperio soberano!

#### ANSILO

Es el mundo la fragua de dolores,  
el destierro y prisión de los mortales,  
do reinan las sospechas y dolores.  
En él se tornan locos y bestiales  
los hijos de los hombres más prudentes,  
convirtiéndose en brutos animales.

#### PIRÓN

¿Qué es ver sus arboledas, ríos, fuentes,  
los profundos del mar y sus pescados,  
con aves y animales diferentes;  
y los hombres discretos y esforzados  
con todos los demás qu'el mundo tiene,  
religiosos, señores y perlados?

#### ANSILO

Con mentiras y engaños se mantiene  
aqueste burlador, traidor fingido,

el cual para engañar callando viene.  
Por éste mil estados han caído  
de su primera silla y mando fuerte,  
y en manos dolorosas han venido.

#### PIRÓN

En el mundo murió la amarga muerte  
tomando Dios del hombre su figura,  
haciéndole consigo vida fuerte.  
Pues mirá la suprema hermosura  
criada para nos de las mujeres,  
lo cual sólo gozar fue gran ventura

#### ANSILO

Gemidos llamarás esos placeres  
robadores del alma y sus despojos,  
pues no pueden durar falsos haberes.  
Los campos y florestas son abrojos;  
los poblados, infiernos no entendidos,  
y el tener y mandar, penas y enojos.

#### PIRÓN

¿Qu'és ver, di, los mineros escondidos  
del oro y de la plata allá en la tierra  
cómo son por los hombres conocidos,  
y la fama inmortal que da la guerra  
dejando con loor los vencedores,  
y el saber allanar un monte o sierra?  
¿Qu'és mirar los retratos y colores  
con tanta sotileza debujados  
por las manos famosas de pintores?  
Pues luego el mundo en sí tiene encerrados  
misterios y secretos valerosos  
que no pueden por mí ser alabados.

#### ANSILO

Aquesos aparatos tan costosos,  
ganados con sudor y gran fatiga,  
se tornan a la fin bienes llorosos.  
El hombre que pretende humana liga

desecha lo qu'es bueno y saludable,  
tomando la virtud por enemiga.  
Pues luego quien pretende el bien estable  
el Cielo ha de buscar, que no este mundo  
revoltoso, crüel y miserable.  
Así que con verdad mi razón fundo  
llamándole traidor, caduco y breve,  
de maldades y vicios un profundo.

Todos holgaron mucho de oír los versos de Pirón y Ansilo; y como hubieron acabado, porque era ya tarde, Birtelo se levantó: tomando a Luzmán por la mano le llevó a un aposento y allí le dijo que se quedase descansado hasta otro día. El cual venido, muy de mañana se levantó Luzmán deseando ver aquella casa toda más despacio que antes la había visto. Pues levantado que fue Birtelo oyeron misa, y luego tomó a Luzmán consigo y llevole a una de aquellas tres torres (que dentro della había hermosos aposentos), y poniéndose sobre un mirador que a un deleitoso soto caía, le dijo: —Ayer me preguntaste algunas cosas a las cuales no te respondí, y agora quiero responderte a ellas. Y así, has de saber que yo desde los deciocho años hasta los veinte y cinco de mi edad los gasté como suelen los mozos gastar el tiempo, no mirando más que a mi voluntad; ceguedad por cierto muy grande en aquellos que así van, sin mirar atrás ni adelante, bien que mis padres de nobles costumbres me habían vestido, haciéndome aprender así las letras como la música, dándome yo a la poesía. Pues en este tiempo fuime a Nápoles por ver al rey Sigismundo, que dotado era de muchas gracias, y estando un día en un vergel del príncipe de Biziñano enamoreme de una doncella, con la cual acabé con sus padres que me la diesen por mujer, y ellos concediéronmelo. Pues yo tenía a la sazón un criado del cual mucho fiaba y a quien quería mucho, con el cual le había enviado algunas cartas, y ella me había respondido, antes deste concierto que su padre hizo conmigo. Pues viniéndose a concluir mi casamiento no hubo lugar; porque has de saber que en las idas y venidas que Lumeno, aquel mi criado, había hecho, él teniéndome poca lealtad se enamoró della, y ella dél, y casáronse; y así, respondió a sus padres como era casada, de que no poco espanto dio a todos. Y fue tan grande mi turbación en saberlo, que sin ningún sentido partí de mi posada en busca de Lumeno, y quiso su desventura que le encontré cerca de la posada del padre de aquella mi enemiga; y como le viesse llamele, y preguntele diciendo: «Di, Lumeno: ¿es posible ser verdad que tú te has casado con mi señora Lucrecia?» (que así se llamaba aquella mi señora). Él con alguna turbación, me respondió: «Señor, no te puedo negar la verdad: sepas que sí soy». «¿Pues cómo pudiste falsarme la fe y lealtad?», le respondí yo. «Porque no fue más en mi mano (respondió él), que amor y fuerza hace que los hombres salgan fuera de sí». «¡Oh traidor, robador de mi alegría!», le respondí; y diciendo esto puse mano a mi espada, y aunque se defendió con la suya le maté. Y a este tiempo Lucrecia se

puso a una ventana, y como vido muerto a su esposo, dando mortales gritos la cerró, y aquel propio día se mató con un cuchillo, de cuyo hecho gran admiración recibió aquella ciudad, por ser persona tan principal. Y yo luego me volví a Roma, y fue tan grande el aborrecimiento que tomé a las mujeres, que, puesto que hay tantas y tan buenas, determiné de nunca más me casar, y así, anduve sirviendo de capitán al imperio Romano por espacio de veinte y cinco años; y como viniese a Roma con un vencimiento y victoria que yo había habido, recebiéronme con gran triunfo, donde yo estaba en la cumbre de toda fama, haciéndome el emperador Enrique tanta honra como si fuera su igual: yo podía tanto con él y con la república Romana, que hacía todo lo que yo quería. De manera que esta maldita privanza muchas veces daña a los buenos y despierta a los malos; y así fue, que sin causa, ni haber yo acometido cosa que lo causase, antes ayudaba a todos, me levantaron lo que a Scipión, por cuya causa me prendieron y estuve dos años aprisionado. Y al cabo dellos en el Senado me mandaron venir, y allí sabiéndose la verdad y qué maldad había sido, me dieron por libre. Pues yo entonces me despedí de mis propios naturales, jurando de nunca más entrar en Roma ni en otro lugar ninguno, y aunque me rogaron mucho, prometiéndome cargos y dignidades, nunca me pudieron mover; y así, yo tenía en este lugar una casa, que de mi padre había sido, con algunas tierras y montes, y viniéndome a ella comencé a edificar, y así, hice esta que aquí ves, adonde he vivido hasta agora, porque no quise estar donde a la mentira de un malo se pierda el bueno, como a mí me sucedió, si Dios la verdad no declarara. Y así, con los gajes y acostamientos y partes que en la guerra gané, junto con el patrimonio de mi padre, he comprado la renta que tengo, la cual por no tener heredero forzoso tengo ya repartida; y en este lugar después de mis días he mandado se haga un monasterio, y a otros deo de mi hacienda, y asimismo a pobres y hospitales. Ves aquí que te he dado breve cuenta de mi vida y la causa por que aquí estoy: mira si tengo razón y si he escogido buen estado.

Luzmán que con atención había estado oyendo a Birtelo, quedó muy maravillado de oírle el suceso de su vida; y todas estas cosas en alguna parte le ponían gran consuelo, conociendo que su mal, puesto que había sido y era grande, no lo tenía en nada con ver que su señora Arbolea había sido aquélla su voluntad, y todavía tenía esperanza que volviendo a su presencia se dolería dél. Y con esto muy alegre, respondió a Birtelo: —Señor, muy maravillado me tenéis en oír lo que me habéis contado; mas grandes mercedes os hizo Dios en daros entendimiento para saber navegar en esa mar por donde habéis andado y salir della tanto a vuestra honra, y que al fin hayáis repartido y compasado con mucha prudencia los bienes que en esta vida tenéis, los cuales tan bien despendidos, verdaderamente deben de ser juntos en aquel lugar donde jamás se pierde el tesoro ni puede ser hurtado.

Estas palabras, y otras de mucho consuelo y de caballero avisado, dijo Luzmán a Birtelo, y le contó quién era y la causa por que así andaba, que ya eran pasados cuatro años, y le dijo las grandes cosas y estraños sucesos que había visto. Birtelo sabiendo

que era caballero y viendo su persona y gran prudencia, mucho se holgó de haberle conocido, y pasando entre ellos palabras de amistad, porque ya era hora se fueron a comer; y acabada la comida, levantándose Birtelo, llevando consigo a Luzmán, y a Pirón y Ansilo los dos poetas, se metió en su aposento, y allí sentados mandó traer un laúd, en el cual Birtelo comenzó a tañer suavísimamente y a cantar unos versos que así decían:

Aquella es perfición que al alma enciende  
en las obras perfectas y agradables,  
huyendo de las sendas miserables  
do se viene a perder quien no se entiende.  
El mundo, ya se sabe qué pretende:  
conociendo los hombres ser mudables,  
engáñalos con bienes poco estables;  
mas dichoso quien dellos se defiende.  
Pues luego con razón huye el prudente  
del mundo, viendo en él tantas maldades,  
y todo por subir en mayor honra,  
reinando la codicia locamente  
por querer sustentar mil vanidades,  
las cuales suelen dar mayor deshonra.

Tan bien tañó y cantó Birtelo, que Luzmán quedó maravillado; y viendo que había sido convidarle a él a que tañese y cantase, según entendía en Birtelo, le dijo:

—Señor, pues vos me habéis hecho merced en que yo os oyese, yo quiero tañer ante vos y cantar alguna cosa. Bien sé que es atrevimiento, mas hágolo porque os deseo servir.

—Mi buen amigo —dijo Birtelo—, ganado me habéis por la mano, porque yo no deseaba otra cosa y no os lo osaba pedir; y así, os ruego que, pues vos queréis darnos este contentamiento, cantéis alguna canción antigua a uso de España, que ha muchos años que otra vez oí cantar de aquesta manera.

Luzmán comenzó a tañer, como aquel que maravillosamente lo hacía, y cantar la siguiente canción:

Tristeza, si te acabares  
dará fin la vida mía;  
acabarse ha mi alegría  
si se acaban mis pesares.  
Si tú mueres yo soy muerto,  
que la tristeza es mi vida.

¿Quién vido tal desconcierto,  
pues pone el pesar medida  
al bien que vive encubierto?  
Y así, por todos lugares  
buscaré tu compañía,  
porque no quiero alegría,  
Tristeza, si te acabares.  
Cuando de mí se partió  
esperanza y su contento  
la fe más firme quedó;  
mas pudo tanto el tormento,  
que los sentidos venció.  
Entonces la vida mía  
entregose a los pesares,  
y así, no quiero alegría,  
Tristeza, si te acabares.

Con tanta gracia y suave mediodía cantó Luzmán esta canción, que Birtelo y los dos poetas quedaron maravillados en oírla. Birtelo le dijo:

—Verdaderamente, señor Luzmán, no es menester alabaros, porque lo que de suyo está alabado, poco hace al caso gastar palabras en alabarlo. Yo os digo que tienen gran gracia las canciones que en España se hacen.

—Así es verdad, dijo Luzmán—; mas no se niegue que las cosas de acá no tienen gran auctoridad y gravedad en su estilo.

Bien tres meses se detuvo Luzmán con Birtelo, que nunca jamás en todo este tiempo le dejó partir, y al fin, abrazándose muchas veces, con lágrimas de grande amor se despidieron y tomó el camino de Roma, en el cual se detuvo algunos días, porque siempre veía los lugares que le parecían a él haber en ellos algunas cosas que ver; y así, llegó una noche, a dos leguas de Roma, a una cabaña de pastores. Y aquí da fin este cuarto libro desta *Selva de aventuras*.

## Libro quinto

---

### Comienza el quinto libro desta Selva de aventuras

---

Febo ya hacía el fin de su jornada cuando Luzmán llegó a una cabaña de pastores, y como llegó a ella vio dos pequeños zagales que aderezando estaban la cena, y a un lado sentado un pastor viejo. Luzmán le saludó, y el pastor a él, y le preguntó si iba a Roma.

—Sí, dijo Luzmán, que allá es mi camino. Y porque es tarde, no habiendo por aquí poblado, aunque estaba fuera de camino esta cabaña heme venido a ella, y si dello sois contento, quedaré aquí esta noche y en la mañana me iré.

—Yo huelgo dello —dijo el pastor viejo—. Sólo me pesa porque no tengo más de lo que veis para honraros y haceros mejor tratamiento; mas verano es, y tiempo caluroso, cuando más aplace el campo.

—Yo os agradezco, padre —dijo Luzmán—, esa buena voluntad.

Y luego se sentó el pastor y le comenzó a mirar, y viéndole mancebo y de tan buena gracia, le dijo:

—Yo no sé de dónde nació tantas diferencias y estrañas costumbres y varios pensamientos como en los hombres hay: unos se van a morir en guerras; otros, a navegar en mar; otros viven robando y matando; otros, en juegos; y otros, perdido su tiempo en amores, y otros, como vos, que nunca paran por el mundo: québranse los pies, gastan lo que tienen, véense en muchos peligros, pudiéndose estar en sus tierras descansados y a su placer. ¿Qu'és la causa desto, hermano, que por mi fe yo no la entiendo?

Luzmán se holgó mucho de ver el pastor con cuán reposadas palabras y llaneza, muy contento de, sí le proponía y preguntaba aquella pregunta, y respondiolo diciendo:

—Habéis de saber, amigo, que cuando Dios crió el cielo y la tierra, a cada uno dio el término y jurisdicción que le convenía. Lo seguro y firme es el cielo, adonde se vive para siempre con eterno descanso: allí no hay mar sino de amar Dios, ni tierra sino es la humanidad suya, que con la divinidad juntó cuando por nuestro remedio se hizo hombre; y a esta tierra que acá nosotros poseemos dejola para que, poseída de hombres, en ella trabajásemos. Y sin este trabajo no se puede vivir: menester es que unos caminen y otros naveguen, unos rían y otros lloren, y unos sean buenos y otros malos; que por esta variedad es la naturaleza más hermosa; y así, yo voy caminando, bien fuera de mí voluntad, por me haber sucedido cosas que a ello me han forzado.

—Bien está —dijo el pastor—; mas yo no trocaría mi estado por el del rey ni del más rico del mundo: igual es estarme aquí sentado gozando estos aires que sin costarme nada el cielo y la tierra me envían, ordeñando mis ovejas, cuya leche como

sin el sobresalto que tienen los hombres en esos lugares adonde viven. Gran gusto es subir en aquel monte: allí están saludables yerbas, silvestres árboles, hermosas fuentes cuyas aguas sin costarme nada yo bebo, y por estos llanos oír las aves, y a las veces recostado debajo de algún frezno comer el tasajo y cebolla, la cual sabe mejor que aquellas comidas muy curiosas que en las casas de los ricos se comen.

—¿Eres casado? —le preguntó Luzmán.

—Dos veces lo he sido —dijo el pastor—; mas ya ha dos años que sin mujer estoy, que la muerte me apartó della.

—Y éstos ¿son tus hijos? —dijo Luzmán.

—No son sino mis criados —respondió el pastor—, y un hijo tengo, que pluguiera a Dios no lo tuviera.

—Por qué, padre, me di —le dijo Luzmán—; que los hijos, todos cuantos son lo primero que desean son ellos.

—Bien has preguntado —respondió el pastor—: sepas que no me pesa a mí por tenerlo, que hacienda tengo para dejarle, que hombre rico soy, mas porque fue tal que le faltó la cordura y el entendimiento. No porque loco sea, mas habrá siete años que se enamoró de una pastora, hija de un compadre mío que allí abajo tiene su cabaña al pie de un arroyo; y ella dándose muy poco por él, se ha casado habrá seis meses con un pastor siervo de su padre, y todavía el loco de mi hijo la ama, y nunca sale de entre aquellos árboles que allí parecen, donde tañendo en una zampoña anda diciendo cosas estrañas. Jamás viene aquí, ni bastan mis consejos ni los de sus amigos, y así, temo que presto morirá: ésta es la causa por que desalabo los hijos.

A Luzmán le vino gran deseo de ver a Persio (que así se llamaba el pastor), y levantándose dijo que él quería ir a verlo y hablar con él, que podría ser con buenas razones ponerle en razón. El pastor viejo le dijo:

—Primero quiero que cenes, y luego te irás; mas yo creo que será por demás tu ida.

Y luego dio a Luzmán de lo que tenía, y él cenó con él; y habiendo cenado se despidió del viejo y se fue hacia el arroyo, y como llegase cerca oyó tañer y cantar, parando cuando cantaba la zampoña que tañía, y luego volvía a ella, y parecía tan bien que Luzmán se holgó en oírlo. El pastor Persio estaba junto al arroyo, un tiro de ballesta de la cabaña del padre de su pastora; estaba sentado y arrimado a un árbol, y lo que cantaba era lo siguiente:

¿De qué te precias, crüel,  
Amor ciego y lisonjero,  
mentiroso y carnicero,  
más amargo que la hiel,  
tonto rapaz palabrero;  
tempestad llena de truenos,  
mesón de mil entrevalos,

perseguidor de los buenos,  
recogimiento de malos,  
cárcel de bienes ajenos;  
monte cubierto de espinas,  
cueva llena de serpientes,  
rejalgar que entre las gentes  
viene envuelto en clavelinas  
para engañar nuestras mentes?  
Eres maldito alacrán,  
navaja que mata aguda,  
sombra que presto se muda,  
fuego de crudo alquitrán,  
más amargo que la ruda.  
La víbora y escurpión  
no se comparan contigo,  
oso, tigre o león,  
y así, no tienes amigo  
porque no guardas razón.  
Cuando te quieren te vas,  
y si no te buscan vienes:  
mira del modo qu'estás  
y las malicias que tienes,  
sin que fenezcan jamás.  
¿Quién te dio nombre de *Amor*,  
que no te conviene tal?  
Llamárame *Mal del mal*  
y fuera nombre mejor,  
a tus obras natural.  
Mas ¿de quién me quejo agora,  
qu'el Amor no es el culpado,  
sino mi crüel pastora,  
por quien vivo sepultado,  
de mi placer matadora?  
¿Dónde estás, que no me entiendes?  
Y si me entiendes, ¿qué haces?  
¿No ves el fuego que enciendes,  
y en ceniza me deshaces?  
Luego matarme pretendes.  
Si es así, yo soy contento;  
que menos mal es morir  
una vez que morir ciento,

que ya no puedo sufrir  
Vida de tanto tormento.  
Ver se puede un buey volar,  
fuera de humana costumbre,  
y el Sol que pierda su lumbre;  
también secarse la mar,  
o allanarse una gran cumbre.  
Antes hablará un león  
o otro cualquier animal,  
aunqu' es fuera de razón;  
mas no que tenga mi mal  
en igual comparación.

En acabando de cantar el pastor Persio, comenzó a decir:

—Pues no bastaron servicios para que de mí te dolieses, ni la triste vida que por ti he pasado, duélete agora de ver cuál estoy, que solo me contentaré con que digas que te pesa de verme cuál ando sin sentido. ¡Oh vosotros abismos, abríos y tragadme! ¡Los montes y las sierras, cuando yo por ellas fuere se junten tomándome en medio! ¡Muera yo ya, corto de ventura, hombre malhadado! ¡Vénguese ya de mí a toda voluntad la más ingrata y más hermosa y cruel de las mujeres!

Y diciendo esto comenzó a llorar y a sospirar. Luzmán que cerca dél estaba, se le puso delante (el lugar era apacible y la noche muy hermosa y clara, que muy bien se podían ver) y díjole:

—Dios te de contentamiento, penado pastor, y te vuelva a entender lo que no entiendes. Mira que esos sospiros y lágrimas que tan sin medida derramas son ya sin remedio.

Persio que entendió las palabras de Luzmán y le vio con sus ojos, levantose muy airado diciendo:

—¿Quién eres tú, que a tal hora a este lugar eres venido? ¿Eres por ventura mi enemigo, robador de mi primera alegría? ¡Tírate afuera, que no quiero paz contigo!

—No soy el que tú piensas —dijo Luzmán—; antes soy un pelegrino que acerté a venir a aquella cabaña de tu padre y tuya, y dél supe cuál estabas y cómo estabas y por qué veniste a este estado. Pues mira, Persio, que tus lágrimas y desconsuelos dan la muerte a tu padre, y tú vienes a perderte.

—¿Cómo dices que me puedo perder? ¿Hay lugar de más perdición que éste en que agora me veo, o por ventura hay ganancia que iguale a mi perdimiento? ¿No entiendes, pelegrino, que allí se gana donde más se merece, y este merecer se alcanza con penar, siendo el principio de los trabajos?

—Bien has dicho —dijo Luzmán—, si de ahí se pretende algún fruto que fin se llame del deseo que el hombre ha pretendido; mas tú amaste y no fuiste amado; tú en tu deseo permaneciste, y al contrario te desearon despedir de la esperanza que tenías.

Y pues ya no tiene remedio esto, gentil pastor eres, rico y de poca edad: ama en otra parte, y con esto harás lo que debes.

—¡Oh sin entendimiento, hombre de poco juicio, marmota que debe de estar durmiendo! ¿Por qué dices que olvide a mí mismo, y deje a quien anda conmigo? Tú por ventura eres sombra de algún salvaje, o fantasma que de la tierra ha salido. ¡Tírateme de delante, que no quiero oírte!

Y como esto dijo, tan ligero como un gamo saltó el arroyo de la otra parte y corriendo se fue, y dende a un rato le oyó Luzmán que encima de un monte tañía su zampoña. Él se volvió a la cabaña del viejo y le dijo lo que con su hijo había pasado.

—¿No os dije yo —respondió el pastor— que habían de aprovechar poco vuestras palabras? Porque él está tal que me parece que el remedio ha de ser su muerte.

—Dejaldo a Dios, dijo Luzmán—, que Él es el verdadero médico.

Ahí reposó esa noche Luzmán, y otro día se despidió del pastor y se fue la vuelta de Roma y entró en ella a hora de comer. En esta ciudad anduvo quince días mirando muy despacio la nobleza della y el sumptuoso y rico palacio donde el Emperador se aposentaba, con todas las otras cosas que de grande excelencia eran, como el Senado y el Capitolio, y una piedra alta, hecha de una pieza, llamada «el Aguja»; y encima della, en lo alto, una poma dorada donde decían estar los polvos de Julio César.

Pues yendo un día Luzmán paseándose por la ribera del río Tíber mirando su hermosura, vio venir asimismo paseando un hombre encima de un caballo, el cual le pareció conocerle; mas luego el hombre, que a Luzmán vido más enteramente, le conoció, y muy presto descendió del caballo y con los brazos abiertos se vino para él diciendo:

—¡Oh mi señor Luzmán! ¿Qué ventura os ha traído a esta tierra en tan estraño traje?

Luzmán luego le conoció, porque éste era un mercader que en Sevilla había estado mucho tiempo, gran amigo de su padre, llamado Belcaro. Pues como Luzmán le conociese alegróse mucho, y respondiolo diciendo:

—No os maravilléis, señor Belcaro, de verme en esta tierra ni vestido desta manera, pues sabéis que en esta vida a los hombres les suceden cosas por donde les conviene salir de sus naturalezas, y así ha sucedido a mí.

Belcaro le tomó por la mano y le llevó a su casa (que rico y principal mercader era), y entrándose con él en su aposento, mandó sacar nobles y ricos vestidos, diciendo:

—Yo te ruego, señor Luzmán, te vistas desta pobre ropa mía y dejes esa que traes, la cual no te conviene, que yo te daré todo el haber que menester hubieres. Mira que de voluntad lo hago y no fingido; que más que esto debo yo a tu padre, que mi señor y amigo fue, y la amistad, cuando es buena y verdadera, no puede ausencia ni necesidad ni otra cosa ninguna partirla.

Luzmán viendo con cuánto amor Belcaro le ofrecía su hacienda, túvolo en mucho, y así, le respondió:

—Por cierto, señor Belcaro, yo tengo entendido que lo que vos conmigo hacéis es con aquella voluntad y amor que podría recoger el padre al hijo, o un hermano a otro hermano, y así, dais a entender vuestra virtud dando a la amistad la silla que merece, cuyo ejemplo no dejaré en mi memoria de tenerle firme; mas sabed que yo no he menester al presente cosa ninguna, porque yo al tiempo que partí de casa de mis padres prometí de no mudar esta suerte de vestido hasta que a su casa volviese, y así, tomé tanto haber que me bastará hasta que torne. Y así, te agradezco mucho tu buena voluntad y siempre te seré obligado.

Como Belcaro conoció la voluntad de Luzmán no quiso importunarle más de aquello que conoció dél con que más se contentaba, y así, le tuvo en su casa, y como fuese hombre principal, por su causa vio Luzmán las mejores cosas que en Roma había, haciéndole mostrar las reliquias de Sant Pedro, con otras muchas que en la ciudad había. Pues ya era pasado un mes que con Belcaro andaba cuando una noche le dijo:

—Amigo y señor, quiéroos llevar a casa del cardenal Juliano, el más principal que agora hay en Roma y más rico hombre, muy amigo de habilidades; el cual ha un año que no sale de su palacio porque ha estado muy enfermo, y por alegrarle, sus mismos criados, que muchos y muy discretos tiene, así en habilidad de poesía como en la música, le suelen hacer muchas representaciones. Y él tiene para esto en una gran sala hecho un teatro a manera de coliseo donde se le representan; y esta noche me ha mandado avisar, porque es grande mi señor y amigo, que hay una representación. Pues si dello sois contento vámosla a ver.

Luzmán con gran placer le respondió que holgaba mucho dello, y así, se fueron a casa del Cardenal, donde ya estaba todo aderezado, y había muchas damas y caballeros y algunos cardenales. Pues Belcaro fue muy bien recibido, y dijo al Cardenal quién Luzmán era, por lo cual le honró mucho. Pues habiendo dado a todos maravillosa colación, sonando muchos instrumentos, salió encima del teatro la Muerte feroz, en la mano un arco y saeta, la cual con voz temerosa comenzó a decir así:

¿Hasta cuándo estaréis, hombres mortales,  
durmiendo sin pensar en vuestra vida,  
la cual gastáis en obras mal gastadas?  
¿Pensáis que por ventura el mundo es hecho  
de obra perdurable como el cielo?  
Mirad que no es así, que ha de acabarse,  
y vosotros también, hombres salvajes,  
más brutos que los brutos animales.  
¿Podría alguno decir qu'es infinito,  
o que tiene poder de defenderse  
de mi saña cruel cuando me enojo?

Si alguno lo dijere, burla en ello,  
que a Dios acometí en cuanto humano,  
y la muerte le di muy dolorosa.  
Lo mismo hago a todos cuantos viven  
y a cuantos nacerán de humanas madres.  
Así que conoced, fuertes romanos,  
que yo me llamo Muerte, y soy aquella  
que a Rémulo maté, también su hermano,  
y al César derribé de su potencia,  
con todos los demás que habéis tenido  
por amparo y remedio en vuestra patria.  
Yo quito la belleza y hermosura  
y salteo la edad más florecida  
y derribo el contento a quien le tiene.  
De mí el esconderse es escusado,  
qu'en fin he de hallar a quien se esconde:  
sé todos los lugares y poblados,  
los castillos y villas y ciudades,  
los bosques y montañas, con sus cuevas,  
los golfos de la mar y sus riberas,  
y así, contino estoy en cualquier parte.  
Pues quiero que sepáis que soy venida  
a deciros qu'estéis aparejados,  
que no podréis saber el punto y hora  
cuando querré venir a derribaros.  
Venced aquese cuerpo y guardá el alma,  
pues ella ha de reinar eternamente  
en lugar do jamás se encierra muerte  
ni se puede hallar pesar ninguno.  
Por lo cual os aviso uno a uno  
procuréis las virtudes y sus ramas  
dejando vanidades, pompas, famas,  
deste mundo crüel, falso, importuno.

Acabando la Muerte de decir estos últimos versos se metió por una puerta, y luego sonó mucha música con diversos instrumentos y después salieron dos mujeres, la una muy hermosa y la otra en extremo fea, entre las cuales, alabando la una la hermosura y la otra defendiendo la fealdad, pasaron las siguientes razones:

JULIA

Camila, ¿qué te parece,

así Dios te dé ventura,  
de mi mucha hermosura,  
la cual contino florece?  
Soy tenida  
por una rosa florida,  
de los hombres tan preciada,  
que por mí tienen en nada  
poner el alma y la vida.

CAMILA

Siempre, Julia, te preciaste  
de soberbia y presunción,  
y esa mala condición  
con la leche la mamaste.  
Y es así,  
que quieres loarte a ti  
de hermosa y muy querida,  
pensando qu'esa herida  
me dará la muerte a mí.

JULIA

¡Oh fealdad, sepultura  
de miserable dolor,  
enemiga del amor,  
de su descanso y holgura!  
Yo no vea  
en mi muerte cosa fea;  
que fealdad, según siento,  
es ver la muerte en el viento  
vestida de su librea.

CAMILA

Un anillo muypreciado,  
con una piedra estremada,  
queda mejor engastada  
si de negro es esmaltado.  
Y la tierra  
morena que dentro encierra  
la simiente en el verano,  
es mejor y da más grano

contra el invierno y su guerra.

JULIA

Si mis hados permitieran  
faltarme buen parecer,  
luego me fuera a meter  
donde gentes no me vieran.  
Tú naciste  
para vivir siempre triste;  
pues mejor te hubiera sido,  
Camila, no haber nacido,  
pues beldad no mereciste.

CAMILA

Entre todas las colores,  
tiene lo negro valor,  
y digo qu'esta color  
es amada entre señores;  
que en verdad  
es color de honestidad,  
hábito noble y honesto,  
y quien contradice aquesto  
vive en muy gran ceguedad.

JULIA

Cuando al espejo me miro,  
viendo mi belleza allí  
luego suspiro por mí  
(que por otro no suspiro),  
porque veo  
la lindeza que poseo,  
blancura, gracia y color,  
y así, vencida de amor,  
a mí misma me deseo.

CAMILA

Tú piensas en tu interés,  
porque no guardas razón;  
mejor lo hace el pavón  
cuando se mira a los pies,

pues deshace  
la rueda que más le place.  
Y aquí consiste el saber,  
cuando se sabe entender  
el mundano en lo que hace.

JULIA

Cuando peino mis cabellos,  
como son madejas de oro,  
algunas lagrimas lloro  
muy enamorada dellos.  
Y mi cara,  
que parece fuente clara,  
dame sobrada alegría;  
y así soy, hermana mía,  
del Amor su propria jara.

CAMILA

Yo tengo negros cabellos,  
y más negros los quisiera,  
pues de rubios no se espera  
sino poner gloria en ellos.  
¡Oh locuras  
de mundanas criaturas!  
Pues haz tú cuanto quisieres,  
que a la fin, cuando murieres,  
podrá ser partirte a oscuras.

JULIA

No sé por qué te casaste.  
¿Dónde estaba tu sentido?  
¿Cómo vive tu marido,  
que luego no le mataste?  
Que en te ver,  
pensando que eras mujer  
venía el triste engañado,  
para llorar su pecado  
fuera de todo placer.

CAMILA

Ya veo que vas errada,  
pues de continuo lo estás,  
y más de que no serás  
en ningún tiempo casada;  
que en pensar  
cómo te tienen de amar  
mil locos llenos de amores,  
acometes mil errores  
sin pensarte de emendar.

JULIA

Para eso soy nacida  
y en este mundo criada,  
tan hermosa y agraciada,  
de mil gracias guarnecida;  
que a no sello,  
me trasquilara el cabello  
y de sayal me vistiera,  
y a los desiertos me fuera  
a vivir como camello.

CAMILA

Yo tengo contentamiento  
porque vivo descuidada:  
ni amo ni soy amada,  
ni pongo en amor mi intento;  
qu'ese amor  
es ofender al Señor:  
sólo amo a mi marido,  
y en esto pongo el sentido,  
que lo demás es error.

JULIA

Pues él no te podrá amar,  
que lo feo es desamado:  
andaré disimulado  
por no te desesperar.  
Mira el cielo  
cómo da gracia y consuelo  
cuando tiene claridad,

y en viniendo escuridad  
llora la gente del suelo.

CAMILA

No aciertas en cosa alguna;  
mil errores has hablado:  
¿Tú no sabes qu'el nublado  
hace más clara la Luna?  
Que cubierta  
tiene cerrada la puerta,  
y en quitando el negro velo  
queda más hermoso el cielo,  
y ella con luz descubierta.

JULIA

Yo te demando perdón  
si algún enojo te he hecho,  
y a fe que me ha satisfecho  
tu buena conversación.  
Bien haremos  
que en mi casa nos entremos,  
que cierto te quiero dar  
mil cosas a merendar,  
y luego nos abracemos.

CAMILA

No tengo más que te diga,  
porque yo no sé fingir,  
ni se debe de mentir  
a la verdadera amiga.  
Y en verdad  
que con mucha voluntad  
te he querido como hermana,  
por eso de buena gana  
parezca nuestra amistad.

A este tiempo abrazándose estas dos mujeres, se entraron por una puerta que en el teatro se abrió, y luego por otra salieron siete doncellas vestidas de hermosas sedas, con guirnaldas de flores en las cabezas y en las manos diversos instrumentos, tañendo en ellos y cantando suavemente, y en medio dellas venía el Amor, desnudo, con su

arco y flecha en la mano, tapados los ojos. Traían todas estas doncellas cada una encima de sí escrito su nombre, las cuales eran los siete pecados mortales. Al mismo tiempo salieron por otra puerta otras siete doncellas vestidas de blanco, salvo que los tocados eran de diferentes colores. Traían al cuello cadenas de oro y escritos sus nombres: representaban las siete virtudes. Venía en medio dellas el Amor divino, vestido de una ropa de seda morada cubierta de estrellas de oro, el rostro descubierto, con una guirnalda de laurel, y en la mano un arco dorado y una flecha. Luego las primeras doncellas parando de tañer todas, y asimismo las segundas, una dellas, que representaba ser la Soberbia, comenzó tañendo y cantando a decir así:

Entre todas mis hermanas  
yo tengo silla real,  
como la más principal.  
Yo pude tanto en el cielo  
que al primer Ángel eché  
de su gloria, y lo abajé  
a las entrañas del suelo.  
Yo levanto en alto vuelo  
toda soberbia mortal,  
como la más principal.

En acabando de decir este villancico la Soberbia, luego de la otra compañía respondió otra doncella que representaba la Humildad: muerte y vencimiento deste pecado; y así, tañendo y cantando comenzó a decir así:

Quien se humilla se levanta  
con grandeza, ser y estado,  
dando la muerte al pecado.  
Por la humildad descendió  
el Redemptor soberano  
del cielo y se hizo humano,  
y así, la muerte venció  
quien de humildad se vistió.  
Nunca de Dios fue olvidado,  
porque dio muerte al pecado.

Luego callando esta doncella, de las primeras comenzó a tañer la segunda, la cual era la Avaricia; y con suave voz comenzó a decir, callando todas las otras, la siguiente canción:

Llena de mortal cobdicia,  
mis bienes nunca los di  
por no quitarlos de mí.  
Jamás no quise fiar  
de ninguno con sospecha.  
Tengo mi mano derecha  
muy apretada en el dar:  
quien me viene a demandar  
no espere que diga «sí»  
por no quitarlo de mí.

Luego que acabó la miserable Avaricia de alabar su yerro, la Largueza (que en la segunda escuadra de las Virtudes estaba) tañendo con suave voz comenzó a decir así:

De los bienes temporales,  
humanos, habéis de dar  
los que os pretendéis salvar.  
No huyáis de la largueza,  
hombres, con vuestros hermanos;  
qu' ésta es la ley de cristianos,  
dar socorro a la pobreza.  
No fiéis de la riqueza,  
que se tiene de acabar,  
los que os pretendéis salvar.

Como acabase la Largueza de responder a la Avaricia, luego comenzó a tañer y cantar la tercera doncella, que representaba la Lujuria, y lo que decía era lo siguiente:

Yo de la Carne soy hija,  
regalo y contentamiento  
del apetito hambriento.  
Yo tengo tanto poder,  
que traigo el mundo tras mí,  
y él muy contento de sí,  
hace todo mi querer.  
Yo soy la que doy placer  
con el vicio que sustento  
al apetito hambriento.

Como acabó esta doncella de cantar, la cual representaba la Lujuria, luego la

Castidad, virtud contra este pecado, cantando y tañendo le respondió desta manera:

Yo soy la que resplandece  
en pura virginidad,  
y así, guardo mi bondad.  
No pretendáis, pecadores,  
ser por la carne guiados,  
y si sois della tentados  
refrenad vuestros ardores,  
poniendo vuestros amores  
en sola la castidad,  
si queréis tener bondad.

Como acabó esta virtud de responder a la Lujuria, luego la cuarta doncella, que representaba la Gula, comenzó a tañer y a decir desta manera:

Yo doy a comer manjares  
con que levanto el sentido  
y a muchos vicios convido.  
En mi mesa están sentados  
todos los hombres del mundo;  
porque sabed que me fundo  
en tenerlos regalados:  
doiles carnes y pescados  
con vino de amor cocido.  
Veis aquí cómo convido.

Como la Gula acabó, la Abstinencia, cuarta doncella de las Virtudes, contra este vicio comenzó a tañer y a responder lo que se sigue:

Yo puedo poner compás  
a los gustos excesivos  
con manjares más altivos.  
Estas comidas, mundanos,  
son del cuerpo muerte dura.  
Abstinencia es gran cordura:  
sabelda guardar, cristianos,  
que en los Cielos soberanos  
hallaréis consuelos vivos  
con manjares más altivos.

Como acabó esta virtud, luego la quinta doncella, que Envidia representaba, vicio perverso en la humana naturaleza, comenzó a tañer y cantar así:

Por mi causa murió Abel  
y el mundo está carcomido  
de un deseo no entendido.  
De nadie, sé bien decir,  
mis ojos son envidiosos,  
por riquezas deseosos  
para comer y vestir.  
Nunca me suelo reír,  
porque ocupo mi sentido  
en un ser nunca entendido.

En acabando de cantar este vicio, que representaba la Envidia, luego la quinta virtud, matador deste pecado, comenzó a tañer y decir desta manera:

En lo más alto del cielo  
tengo lugar y morada,  
de victoria coronada.  
Quien de mí vive apartado  
no se salvará jamás;  
pues, hombre, mira qu'estás  
muy metido en tu pecado.  
Vence tu cuerpo malvado,  
porque el alma descuidada  
no puede ser coronada.

Como acabó de responder la Caridad al vicio de la Envidia, luego la sexta doncella, que representaba la Ira, en alta voz comenzó a tañer y cantar diciendo así:

No puedo tener paciencia,  
ni lo consiente razón,  
según mi gran presunción.  
Humanos, no consintáis  
de nadie ser injuriados,  
que si no quedáis vengados,  
de la honra os abajáis.  
Entonces gloria alcanzáis  
cuando busca el corazón

con ira la presunción.

En acabando de hablar esta doncella, luego la sexta virtud, llamada Templanza, vencimiento de la Ira, comenzó a tañer y a responder desta manera:

Quien no supiere templar  
su reloj mal concertado  
siempre vivirá en pecado.  
Es vicio de Lucifer  
el pecado de la ira,  
porque al ánima le tira  
su grandeza y merecer.  
Quien no quisiere entender  
lo que merece el templado  
siempre vivirá en pecado.

Como acabó la Templanza de contradecir la Ira, superbo vicio, luego la última doncella, que era la Pereza, comenzó a tañer y a cantar lo siguiente:

Yo soy la más regalada  
del mundo, y la más querida,  
y la menos entendida.  
Yo duermo en viciosa cama,  
porque no me sé mover  
sino a cosas de placer  
cuando la carne me llama.  
No voy pretendiendo fama,  
sino reposo en la vida,  
por no ser nunca entendida.

En acabando esta última doncella, llamada la Pereza, luego asimismo la última de las Virtudes comenzó a responder suavemente, tañendo y cantando desta manera:

Quien no mirare por sí  
en este vivir pequeño,  
pasará su vida en sueño.  
Con divina diligencia  
el hombre busque el camino  
perfeto, santo y divino  
si pretende la clemencia.

Quien deja la penitencia,  
como el animal sin dueño  
pasará su vida en sueño.

En acabando esta virtud, que Diligencia era llamada, contraria del vicio de la Pereza, de decir esta canción, luego salió el Amor de entre las siete doncellas, las cuales todas se juntaron a una parte; y asimismo de entre las Virtudes salió el Amor divino, y entre los dos comenzaron el siguiente razonamiento hablando el uno y respondiendo el otro. Y el primero que comenzó fue el Amor humano, diciendo desta manera:

#### AMOR HUMANO

Yo soy el dios de Amor famoso y fuerte,  
engendrado, en la mar, de aquella diosa  
que Venus ha por nombre, tan altiva.  
Yo tengo gran poder sobre la tierra,  
y venzo con mi mano y doy<sup>37</sup> heridas  
a todos los mortales cuando quiero.  
Pues estad muy alegres, mis hermanas,  
y no tengáis temor que nadie pueda  
enojaros jamás, pues yo soy vivo  
y ando entre vosotras siempre armado.

#### AMOR DIVINO

¿Qué dices, falso Amor? ¿Por qué te alabas  
con soberbia crüel sin entenderte?  
Responde, engañador: ¿de quién te fías,  
pues todo lo que haces es sin tiento,  
engañando las gentes con mil vicios?  
Pues, hombres, entended la maldad déste  
y volved vuestros rostros a mi rostro;  
que yo soy el Amor santo y divino  
por quien vencido Dios vino a la tierra  
a dar muerte a la muerte y destruirla.  
Y aquesta es la verdad, y así se crea;  
lo otro es falsedad y gran mentira,  
si es dicho del Amor carnal, mundano.

#### AMOR HUMANO

Yo soy vida y solaz del mundo triste,

y es grande mi poder, sin ser vencido  
de ninguno jamás; mas antes venzo  
a todos cuantos quieren defenderse.  
A los reyes derribo de sus sillas  
haciéndoles sentir amargos gustos;  
yo hago a los fuertes ser muy flacos,  
y levanto también los temerosos;  
en los campos estoy entre las flores,  
y dentro de la mar hiero a los peces;  
en los bosques me hallo entre las peñas,  
y en las selvas, metido entre las aguas.  
Por mí cantan las aves mil canciones  
y van los animales dando gritos,  
y lloran los pastores por las breñas  
diciendo con suspiros mil cantares,  
tornando su rudeza en alto estilo.  
Pues luego ¿quién se puede en esta vida  
alabar como yo puedo alabarme?  
Ninguno, pues yo soy Amor humano.

#### AMOR DIVINO

Yo destierro y deshago la mentira,  
y levanto sin alas a gran vuelo  
a los hombres que justamente viven,  
haciéndoles gustar divinas cosas.  
Aquello que prometo nunca falta,  
y si una vez lo doy, jamás lo quito,  
y soy santo, eterno, puro y fuerte.  
Por eso piensa, Amor, que no eres nada,  
y es poco tu valor lleno de engaños,  
y así se ha de creer, sin poner duda.  
Pues viendo la maldad que tanto reina,  
acordé de bajar con mis hermanas  
a dar aviso cierto de tal daño  
que tú tienes sembrado por la tierra.

#### AMOR HUMANO

Yo no tengo temor de cosa alguna:  
hermoso y rico soy, y en todas partes  
mi nombre se conoce alegremente.  
A David le vencí con mi potencia,

haciéndole hacer cuanto yo quise;  
también a Salomón, siendo prudente.  
Lo mismo fue Sansón por mí vencido,  
con todos los demás que son pasados.  
Pues mira cómo soy de eterna fama,  
y así, puedo llamarme poderoso.

#### AMOR DIVINO

Y ¿quieres igualarte, siendo ciego,  
comigo, que en el ver al lince paso,  
y a todos cuantos ven lo que es posible?  
Por cierto, gran error es tu locura.

#### AMOR HUMANO

No consiento ni quiero que ninguno  
me piense de usurpar mi señorío,  
pues tengo posesión de tantos años.  
Por eso vuélvete muy prestamente  
al lugar do partiste, si no quieres  
que te hiera y lastime con mi flecha.

#### AMOR DIVINO

No tienes tú poder para ofenderme:  
la tierra que tú pisas es de otro dueño,  
y en ella tengo yo entera parte.  
Los hombres son aquellos que no entienden  
la ganancia que está en mí escondida.  
Así que, pues no entiendes el sujeto,  
yo quiero castigar tu falso intento.  
Por eso, falso Amor, ríndete luego,  
que no puedo sufrir tu desmesura.

#### AMOR HUMANO

¡Ay Amor, ya conozco tu potencia  
y el gran poder que tienes en tus manos!  
Yo me doy ante ti por muy rendido:  
no quieras, pues, de mí mayor venganza  
que verme a tus pies tan derrocado,  
lo cual nunca pensé jamás de verme.

A este tiempo que el Amor divino hizo muestra de flechar el arco contra el Amor humano, él se rindió poniéndose por el suelo; y entonces el Amor divino llegose a él, y quitándose una cadena de oro que al cuello traía se la echó al Amor en señal de preso; y a este tiempo movieron las Virtudes, tañendo y cantando dulcemente, contra los siete Vicios, y ellos asimismo pareciendo que de las Virtudes huían, asimismo tañendo y cantando comenzaron a hacer hermosas mudanzas, y quitándose las cadenas que a los cuellos traían, se las echaron a ellos, y como que iban presos, con hermoso concierto de música se salieron del teatro y así se dio fin a esta representación. Luzmán y Belcaro se volvieron muy contentos de lo que se había hecho.

Pues así vido otras cosas Luzmán en Roma, y pareciéndole que ya era tiempo acordó de irse a Nápoles, y despidiéndose de Belcaro, que mucho sintió su partida, tomó la derecha vía de Gaeta, porque por allí determinó de hacer su camino y ver aquella ciudad. Y así, anduvo tanto que llegó a ella, y fuese a una posada de una honrada dueña y ahí reposó algunos días descansando y viendo aquella ciudad. Y aquí da fin este quinto libro desta *Selva de aventuras*.

## Libro sexto

---

### Comienza el sexto libro desta Selva de aventuras

---

Estando Luzmán en esta ciudad de Gaeta vino a su noticia de un hombre, natural morador della, llamado el rico Argestes, el más estraño en la vida de cuantos por gran tiempo fueron mentados en estrañas costumbres. Pues deseando mucho hablar con él, procurolo con toda diligencia, y ocho días anduvo que nunca pudo jamás cumplir su deseo; porque este avariento, que tan rico era, jamás salía de su casa si no era las fiestas a oír misa, y luego se volvía a ella; y esto tan de mañana que apenas era visto de todas gentes, porque huía de la conversación de los hombres. Pues como Luzmán tanto lo desease, determinó de ir a su casa, y así, lo hizo con una nueva astucia, y llamando a la puerta, se paró a una ventana una mujer vieja y le dijo:

—¿Qué buscas, pelegrino, que tú eres el que ya otras veces aquí ha venido?

—Es verdad —respondió Luzmán—; mas has de saber que yo no me puedo partir desta tierra sin hablar al señor Argestes.

—No puedes —dijo la mujer— agora hablarle: espera cuando de casa salga, y allá le hablarás.

—Sí esperaré —dijo Luzmán—, pues te digo que no me puedo ir sin hablarle. Y sepas que es cosa de gran provecho suyo, y que mucho le va en hablar conmigo.

Argestes que escuchando estaba lo que Luzmán hablaba con su sierva y oyó decir que era cosa de su provecho, púsose a la ventana y dijo a Luzmán que le dijese lo que le quería.

—Hazme abrir —dijo Luzmán—, que es cosa que conviene decírtela a ti solo.

Argestes entonces mandole abrir, y Luzmán subió a una pequeña sala, tan mal compuesta y pobre que se maravilló, habiendo oído decir que éste era el hombre más rico que había en cien leguas a la redonda; y era verdad, que pasadas de veinte arcas tenía llenas de moneda de oro y plata, porque su padre había sido el mayor mercader que en gran parte se hallaba, y por tierra y por mar ganó grandes riquezas, el cual nunca compró heredades ni posesiones, sino todo cuanto podía era guardar dineros. No fue tan entraño como éste su hijo, aunque fue muy miserable.

Pues cuando Argestes se vio solo con Luzmán, cerrando él mismo su puerta, se sentó sobre un banco y hizo sentar a Luzmán, y díjole:

—Dime agora a lo que eres venido; y no tardes mucho, porque tengo que hacer.

—Argestes —dijo Luzmán—, has de saber que yo no te vengo a demandar cosa ninguna; que aunque vengo en este hábito soy caballero y traigo conmigo lo que he menester. Mas es mi condición andar a ver las cosas del mundo que más estrañas son, y una de las que más admiración me han dado fue oír decir de ti, pues siendo tan rico hombre haces la vida del más pobre y miserable que en la tierra hay.

—¿Quién te ha dicho a ti que yo soy rico? —dijo Argestes—, que no me tengo yo por tal; que para tan larga vida ¿qué se puede tener que no sea poco?

—¿Vida larga llamas tú a ésta —dijo Luzmán—, pudiéndose acabar agora o mañana, o a lo más largo veinte o treinta años?

—No hago caso deso —dijo Argestes—, que mientras vivo menester he lo que tengo, pues vale más que me sobre que no que me falte, para pedirlo a ninguno.

—¿Cómo estás tan solo? —dijo Luzmán—. A lo menos, ¿no ternías gentil casa, como a ti conviene, y criados con quien pudieses vivir honrado?

—Déjate deso —dijo Argestes—, que para un solo hombre bástame esta casa. Y esas galas y ricos paños, nunca holgué con ellas; ni menos me agradaran criados, que ya sabes que son enemigos forzosos, y con ellos viviera sospechoso, no sabiendo de quién me debiera fiar, y por no tener esa congoja y gastar con ellos mis dineros, me estoy de la manera que ves.

—Pues di —respondió Luzmán—, ¿cómo nunca te has casado? ¿No fuera bueno tener mujer, y ésa te regalara y diérate Dios hijos a quien pudieras dejar lo que tienes?

—Ya fuera muerto —dijo Argestes— si eso que dices hubiera hecho, o estuviera tan pobre que nadie me conociera. ¿No sabes tú que las mujeres cada día buscan nuevas galas, estrañas invenciones, y nunca se contentan? Después desto, la congoja de sus parientes, sin otras que ellas saben acarrear al hombre. Pues hijos, no desean otra cosa sino la muerte de sus padres, por gastar en un día cuanto ellos han guardado y ganado en muchos años. Yo te digo que no quiero otra mujer ni hijos ni criados, si no son aquellos que oyes dar gritos por salir adonde yo estoy.

Decía esto el avariento Argestes porque tenía cuatro feroces perros los cuales le guardaban su casa, y a la sazón los tenía encerrados y ladraban fuertemente. Luzmán, maravillado de tan desventurado hombre, le replicó diciendo:

—¿Cómo puede ser que a lo menos no tengas amigos, que me dicen que no los tienes?

—¿Para qué los he menester —dijo Argestes—, pues ellos muchas veces hacen ser pobre al hombre? ¿Quién sería mi amigo que no fuese por engañarme o pedirme de lo que tengo? Y si se lo diese desharía mi hacienda y vernía a ser pobre; y si no les quisiese dar serían mis enemigos; y así, desta manera, no tratando con ninguno, estoy como Nerón cuando dijo que no tenía amigo ni enemigo.

—Hanme dicho —dijo Luzmán— que jamás ninguno te ha visto reír. ¿De qué puede venir tan estraño extremo?

—Pues ¿por qué quieres que me ría —dijo Argestes—, que no tengo ningún contentamiento si no es cuando esos pocos dineros que tengo los meneo con estas manos y me revuelvo algunas veces en ellos, revolviendo mi rostro por el oro y plata que tengo? Allí hablo con ello y formo mujer y hijos, parientes, amigos y criados, y fuera de allí no es en mi mano dejar de llorar, porque no tuve tantas riquezas que pudiera con ellas sembrar los campos y que me quedaran muchas más, de manera que lo que tocara fuera moneda de oro y plata.

—Por cierto, Argestes —dijo Luzmán—, que bien dijiste al principio cuando te llamaste pobre; que cierto lo eres, pues lo que tienes no es tuyo, mas eres tú sujeto a tu riqueza. Acuérdate de la muerte, que yo me acuerdo que siendo mozo leí un dicho de un sabio el cual tocaba acerca de tu vida, y quiérotelo decir.

—Di —dijo Argestes—, que pues he tenido paciencia para oírte tanto como me has dicho, también la terné para oír lo que más me dijeres.

Luzmán comenzó a decir los siguientes versos, pensando que con el estilo de la poesía y su suavidad le traería a entenderse y a conocer algo a Dios doliéndose de su ánima, los cuales decían así:

En la Sagrada Escritura,  
donde nuestra fe se sella,  
por manera de figura  
dice Dios hablando en ella  
del rico y su desventura.  
Y es que Lázaro pidió  
limosna al rico avariento,  
y el triste no se la dio;  
antes, con maldito intento,  
soberbios perros le echó.  
Sucedió al desventurado,  
sin valerle la riqueza,  
sus vestidos ni grandeza,  
que fue muerto y sepultado  
dentro en la infernal tristeza.  
De allí los ojos alzó  
cercado de crudo afán,  
y a Lázaro puesto vio  
en el seno de Abraham,  
al cual llorando pidió  
sola una gota le diese  
de agua para beber,  
con que el fuego deshiciese  
de su crudo padecer  
lleno de tierno interese.  
Pero nunca le fue dada,  
porque no la merecía.  
¡Oh muerte nunca acabada  
la que este rico sufría  
en el fin de su jornada!  
Así, tú debes mirar

qu' esas riquezas que tienes  
en la tierra han de quedar,  
y esos miserables bienes  
más presto te han de matar.  
Procura de despenderlo  
con obras de caridad.  
No pongas el alma en ellos:  
cata que no es cristiandad  
adorarlos ni quererlos.  
Reparte con los cuitados,  
casa las pobres doncellas,  
libra los encarcelados,  
porque aquestas son centellas  
que destruyen los pecados.  
Procura sacar captivos,  
visita los hospitales;  
que con estas obras tales  
hallarás tesoros vivos  
en las cumbres celestiales.  
Busca la conversación  
de buenos y religiosos  
mudando la condición,  
con amigos virtuosos  
ensanchando el corazón.  
Procúrate de casar,  
que's virtud tener mujer,  
y podrás hijos tener,  
y así podrás alcanzar  
dos victorias en un ser.

—Ves aquí, Argestes, cómo por estos versos que aquí te he dicho, los cuales siendo mozo aprendí, puedes claramente ver que si no obras en la vida con caridad del ánimo, dando limosnas y haciendo aquello que debes, perderás el ánimo. Así que yo te ruego vuelvas sobre ti tomando en, esto mi consejo; el cual no te lo doy porque deje de creer que a ti te falta, mas muchas veces los hombres yerran por no mirar en ello, y más tú, que tan falto eres de quien te pueda aconsejar no teniendo amigos ni leales criados, ni mujer ni hijos. Ruégote que me perdones, que como cristiano te lo digo, y no movido por interés.

Argestes que muy atento estuvo a estas últimas palabras y mirase a Luzmán al rostro (por el cual le corrían algunas lágrimas, salidas con el celo y caridad de hombre en quien había gran virtud), dióle en el corazón una gran vuelta, a manera de

gran confusión, y sintiendo en sí esta mudanza respondió a Luzmán:

—Yo te digo, amigo, que nunca pensé, que hombre jamás pudiera emblandecer mi costumbre y estraña vida; y verdaderamente me has abierto los ojos del entendimiento con tus palabras, y conozco que he estado ciego y que agora de nuevo veo mi perdición y la brevedad de las cosas mundanas. Y así, quiero mudarme y hacerme otro del que hasta aquí he sido, que yo creo que tú no eres hombre, sino ángel que en forma humana a mi casa has venido.

Y como esto dijo comenzó a verter muchas lágrimas. Luzmán que vio tan breve mudanza en un hombre que tantos años había vivido sin entender a sí ni conocer a Dios, muy alegre se levantó y se fue a Argestes con los brazos abiertos, diciendo:

—No me agradezcas a mí, señor Argestes, lo que pretendes hacer, sino a Dios, que ha querido mirar lo que te convenía para salvarte. Y ruégote que ese buen propósito lo ejecutes, para que des muerte a tu primera vida, cobrando otra más nueva con la cual vivirás para siempre.

Argestes le abrazó diciendo:

—Tú verás que haré yo lo que me has aconsejado. Y ruégote de mi casa no te vayas por algunos días, hasta tanto que veas cómo comienzo a ser nuevo sembrador de obras.

—Haré cuanto tú quisieres —dijo Luzmán.

Pues habéis de saber que tanto pudieron las virtuosas razones de Luzmán, que Argestes luego por su consejo se pasó a una gentil casa, y tomó de la ciudad hijos de hombres pobres y escuderos honrados y se comenzó a tratar noblemente, haciendo muchas limosnas, y se casó con una noble doncella, aunque pobre, y edificó un monasterio entre dos peñas, que hasta hoy vive, llamado la Trinidad de Gaeta, y le dejó mucha riqueza. Asimismo compró grandes posesiones y rentas para un hijo que tuvo, y sacó muchos captivos, de manera que en veinte años que vivió hizo tales cosas que gran fama alcanzó por toda Italia. Y todo esto por el consejo de Luzmán, donde se da a entender cuánto puede la conversación y compañía de un bueno, y el consejo, cuando es dado por hombre virtuoso que no pretende humano interés, y así, Argestes dejó de ir por el camino de la perdición y volvió a hacer tales obras con las cuales se puede creer salvarse.

Fue puesta grande admiración en la ciudad de ver lo que Argestes hizo y cada día hacía, mudándose de colérico y triste en alegre y contento, hablando con todos y repartiéndole su hacienda; y sabiendo que Luzmán había sido la causa, toda la ciudad le hizo gran honra, y a memoria suya edificaron un lugar llamado «el Luzmano», y allí le retrataron al natural.

Aquí se detuvo tres meses, y a la partida, Argestes le daba tantas cosas ricas que con ellas pudiera comprar gran renta; mas él no quiso tomar cosa ninguna, antes se despidió dél, dejándole ya casado, y de todos los nobles de la ciudad, y se metió en una fusta con determinación de ir a Nápoles.

Y ya que iba a vista della, con un poco de tormenta dio al puerto de Baia, que es

junto a la ciudad de Puzol, tres leguas de Nápoles, y allí acordó de salir del mar y irse por tierra. Pues como anduviese, habiéndose desembarcado, mirando las peñas y cuevas que por allí había, vio entre dos peñascos una manera de cueva muy estraña y unos pescadores que allí junto estaban pescando. Como le vieron que miraba aquella cueva, uno dellos le dijo:

—¿Qué miráis, hermano? ¿Por ventura vos venís a entrar ahí dentro, como otros suelen hacer?

Luzmán le respondió:

—No —cierto, que yo no sé nada en esta tierra. Mas decidme: ¿qué hay aquí dentro que entran a ver los que aquí vienen?

—Lo que hay o no —dijo el pescador— no se sabe, salvo que llaman ésa «la cueva de la sabia Cuma». Muchos quieren decir que hay dentro grandes cosas de ver, mas no se sabe que ninguno haya podido entrar de cien pasos adentro.

A Luzmán le vino gran deseo de ver esta cueva, y despidiéndose de los pescadores comenzó a entrar —ella. Pues habiendo andado— un camino oscuro como cien pasos hallose en un verde y hermoso prado, alrededor dél grandes peñas que le cercaban, y pasando —él entró— otra angosta senda y no tardó que se halló en un hermoso patio labrado de singulares piedras, cubierto de hermosa madera labrada toda sotilmente y de fino oro dorada, y alrededor dél muchos aposentos. Pues estando así Luzmán maravillado de ver lo que veía, vio salir de un aposento una doncella vestida y tocada de muy blancos vestidos, y en la mano un bordón de plata. Maravillado Luzmán de verla, con grande acatamiento se le humilló, y ella le dijo:

—Bien seas venido, Luzmán, a esta mi cueva. Gran virtud es la tuya, pues tuviste poder de entrar en ella, y así, yo te quiero mostrar esta rica morada. Y —que sepas quién soy, decírtelo he. Has de saber que es mi nombre la sabia Cuma, señora desta ciudad que Puzol se llama, hija del sabio Quircio, que en su tiempo ninguno le igualó, do después de su muerte, que habrá docientos años, aquí me dejó encantada, dejando aquí pintados todos los hechas del mundo, así los pasados como muchos de los presentes, y aun algunos alcanzó de los venir, siendo Dios servido de darle gracia, — que él fue muy buen cristiano. Y pues te he dicho quién soy, entra agora y mira con tus ojos las cosas estrañas que aquí están.

Luzmán estaba maravillado de lo que oía, y estaba pensando si aquello era sueño; y así, comenzaron a entrar —aquellos hermosos aposentos, en los cuales estaban retratados los príncipes y hombres famosos del mundo, desde Noé hasta aquel tiempo, y al fin de todo le metió en una sala, la más estraña y hermosa de todas, y parándose la Cuma, sabia doncella, le dijo:

—¿Ves aquel rey que tan poderoso parece? No pasaran muchos días que reinará en tu patria, siendo él de ajeno reino; y en su tiempo será destruida la ciudad que agora se llama Granada, y vuelta a la ley de Cristo, con otras ciudades y villas, y este reino verná en su poder.

Luzmán miró lo que Cuma le decía, y vio encima de su cabeza su nombre, y junto

a él una reina hermosamente retratada: el nombre dél era Hernando, y el della, Isabel. Más adelante estaba un rey mancebo junto a una reina, y alrededor dél las tres Parcas.

—Ves allí el verdadero sucesor que será en tu patria —la parte de aquella reina que allí ves, con quien será casado; mas su vida será en breve cortada de aquellas tres hermanas cortadoras de la vida del hombre.

Más adelante estaba encima de un poderoso caballo otro rey, y delante dél una corona de emperador. La sabia Cuma le dijo a Luzmán:

—Este que aquí ves sucederá —derecha línea en España y será emperador, uno de los famosos y poderosos príncipes que habrá hasta su tiempo; y aquel animal que allí ves tan feroz, será uno que se levantará en su tiempo, llamado «la Común bestia»: ésta será destruida por los valerosos caballeros y altos hombres que en su tiempo habrá.

Más adelante parecía estar sentado este mismo príncipe vestido de humildes paños, representando haber dejado la pompa y grandeza que tenía. La Cuma le declaró esto a Luzmán diciendo:

—Aquel que allí ves poderoso, cátao allí rendido al conocimiento de sí mismo, y esto es que renunciará sus estados y señoríos a aquel príncipe que allí ves armado de todas armas, con el escudo verde y una «F» en él en señal que en su tiempo levantará la fe y destruirá a todos aquellos que fueren enemigos de la fe.

Luzmán miró al uno y al otro, y vio que el emperador se llamaba Carlos, y su hijo, Felipe, alrededor del cual estaba gran copia de caballeros, y más adelante iba en un carro un mancebo ricamente vestido, acompañado de muchos caballeros.

—Quiérote decir —dijo Cuma—, por que de aquí vayas con más claridad y certidumbre que tú piensas: aquel que allí va, sepas que es un heredero que deste rey que aquí ves tan famoso sucederá en España, llamado Carlos, en cuyo tiempo habrá poderosos hombres, valerosos y esforzados, de justos y leales corazones, muy amigos de la ley divina y celosos del servicio de su rey.

Parecían adelante asimismo retratadas muchas dueñas y doncellas, de las cuales la Cuma dijo grandes loores en la bondad, cristiandad y hermosura que en su tiempo habían de tener.

Tan embebecido estaba Luzmán en ver estas cosas, que no se acordaba de otra cosa ninguna. La Cuma le dijo:

—Bien será que vengas un poco a recrearte, que basta lo que aquí has visto.

Y luego se metió por una puerta, y Luzmán con ella, y así, le llevó a un jardín que su hermosura ponía admiración, con tantos árboles de todas frutas que no podían ser contados, y por cada parte muchas fuentes, dando las yerbas y flores suave olor; y a una parte dél estaba una pequeña cuadra ricamente obrada, y en ella un estrado de brocado carmesí con muchos cojines de lo mismo. La sabia Cuma tomando a Luzmán por la mano, le dijo:

—Penado Luzmán, siéntate aquí y reposa un poco, que por tu gran virtud gozas y ves lo que muchos no han podido ver. Y porque sé que eres muy amigo de oír tañer y

cantar, yo quiero por amor de ti hacerlo.

—Mi buena señora —respondió Luzmán—, he visto y veo tales cosas en este lugar, que me tienen admirado el sentido. Y pues tú, señora, me quieres hacer tanto favor que te oya cantar y tañer, yo recibiré dello gran contentamiento.

—Pues siéntate —dijo la Cuma.

Y él luego así lo hizo, y ella asimismo se asentó, y tomando una arpa que en aquel lugar estaba, comenzola a tañer con gran suavidad, y desde a una pieza que en ella tañió, estando Luzmán muy atento, comenzó a decir desta manera:

Yo digo que muy poco alcanza y siente  
en esta miserable y pobre vida  
el hombre que presume ser prudente.  
En todo puso Dios peso y medida;  
mediante su saber el hombre sabe  
en cosas que no sabe dar salida.  
Con fuerza y artificio va la nave:  
no sólo son sus pies los duros vientos,  
ni puede sin las alas ir el ave.  
Ligera cosa son los pensamientos:  
caminan, sin mudarse, todo el mundo  
y forman en el aire dos mil cuentos.  
No dejan de bajar hasta el profundo,  
y luego, sin moverse, van al cielo,  
gozando lo primero y lo segundo.  
En todos los estados hay recelo.  
¡Oh mundo miserable y tan amado,  
por quien olvida el hombre el más consuelo!  
Camina el labrador tras de su arado;  
perdiz le es la cebolla, el ajo y migas,  
y el tasajo, capón muy estremado.  
Conoce cómo crecen las espigas  
del grano que sembró ya por la tierra  
y tiene por descanso sus fatigas.  
¿Qu'és ver un pastorcillo en una sierra  
decir con su zampona mil cantares,  
que sólo de los lobos tiene guerra?  
No desea haciendas ni lugares,  
ni aquellos sobresaltos de congoja  
qu'el mundo suele dar con mil pesares.  
Por codicia, virtud su nombre afloja,  
¡oh brava diferencia y guerra cruda,

que de sangre la tierra a veces moja!  
Mal va si la justicia está desnuda,  
pues luego en ese punto viene el daño,  
y el tiempo brevemente allí se muda.  
Unos matan a otros por engaño;  
huyendo la verdad, reina mentira,  
por un falso querer, horrible, extraño.  
El justo, de dolor luego suspira,  
buscando piedad, mas no castigo;  
mas el falso y traidor pretende ira.  
Apenas en el mundo hay un amigo,  
ni el hijo tiene al padre amor perfeto  
ni aun el hombre lo tiene, al fin, consigo.  
No reina lealtad; murió el secreto;  
la lisonja y envidia van triunfando,  
teniendo mil maldades de su bando  
formadas y engendradas de un sujeto.

A la suavidad con que la sabia Cuma tañó y cantó estos versos, el enamorado Luzmán, aquella hora acordándose de su señora Arbolea, vertiendo algunas lágrimas se adormió, viniéndole un pesado sueño. Y parecíale, estando así durmiendo, que se hallaba en España, en la ciudad de Sevilla, y que entrando por la Puerta del Sol (que era aquella parte donde vivían sus padres y los de Arbolea), que topaba a un amigo suyo y le preguntaba por nuevas de su señora, y él le respondía: «Ya es casada; y si no lo es, está muy cerca de serlo», y parecíale a Luzmán que aquello era así verdad, y con gran dolor comenzaba a llorar. Y en éste tan triste sueño estuvo el tiempo que Cuma quiso allí detenerlo, y cuando recordó hallose a la ribera de la mar, cerca de donde se había desembarcado, sentado debajo de una peña. Pues como recordó y allí se vido, levantándose miró a todas partes y conoció claro que estaba fuera de la cueva, y acordándose de lo que había visto y soñado entristeciose mucho, aunque tenía los sueños por vanidades; mas, con todo, le dio gran voluntad de volver a España por ver si su señora Arbolea era casada, y si lo fuese, irse a un lugar donde más nadie le viese y allí acabar su vida en servicio de Dios.

Los pescadores que le vieron entrar en la cueva le esperaron y miraron por ver si saldría hasta otro día a horas de comer, y maravillados desto lo fueron a decir al gobernador de Puzol, el cual avisó al Rey de cómo un pelegriño era entrado en la cueva de la sabia Cuma, y el Rey le mandó tuviese gran aviso con saber cómo había sido y si era verdad que era entrado, y tuviese cuenta si saliese y que le hiciesen venir ante él.

Pues estando Luzmán a la orilla del agua queriéndose ir a Nápoles en alguna barca, llegó el gobernador, que por los pescadores conoció a Luzmán, los cuales con

él venían, siendo aquél el noveno día desde el punto que entró en la cueva. Pues llegando a él le dijo:

—Amigo, en tu busca ando: dime si eres tú el que entraste en la cueva de la sabia Cuma.

—Sí soy —dijo Luzmán.

—Pues el Rey —respondió el gobernador— te desea ver. Por amor mío que te vengas conmigo, que seis días ha hoy que por aquí te ando esperando.

—A mandamiento de un alto hombre —dijo Luzmán—, justo es no se ponga dilación: vamos, que yo soy muy contento de ir en su presencia.

Pues, así, fue a Nápoles, y el Rey le recibió muy bien y Luzmán le contó grandes cosas, según las había visto, y también le contó por ruego del Rey quién era y las otras grandes cosas que había visto, las cuales por mandado del Rey fueron escritas.

Detúvose Luzmán dos meses en Nápoles esperando algún buen pasaje para irse en España. En este tiempo era muy honrado del rey don Alonso el Sabio y de todos los caballeros y principales de aquel Reino, en especial del duque de Semenara, caballero mancebo cumplido de muchas gracias, gran amigo del Rey. Éste llevó consigo a Luzmán y le tenía en su posada. Llamábase Pompilo. Pues una noche le dijo:

—En cuanto tiempo ha que aquí estáis, señor Luzmán, no habéis visto una cosa que os queda por ver, de que mucho contento recibiréis; y ésta es dos doncellas, hijas de una principal señora desta ciudad, tan hermosas que pocas igualan con ellas. Son tan sabias y graciosas que traen a todos los que las pueden ver perdidos tras ellas; mas ellas son tales y tan buenas que no se dan por ninguno cosa ninguna, tan libres en amor, que son llamadas «las hermanas desamoradas». Y yo alguna vez voy a visitarlas, porque de la una dellas anduve un tiempo muy enamorado, y viendo que era sembrar en tierra sin esperanza de fruto, heme olvidado. Ésta a quien yo amaba tiene por nombre Vitoria, y la otra, Esperanza. Así que, si os parece y holgáis dello, enviarles he a pedir licencia para que vamos a verlas, y creo yo que por veros a vos holgarán dello.

—Señor, dijo Luzmán—, yo holgaré de lo que vos holgáredes, y más por ver esas dos hermanas, que ya las he oído nombrar y dícenme que tañen y cantan maravillosamente.

—Es gran verdad —dijo el Duque.

Y luego llamó a un paje y le mandó que fuese con aquel recado; y venido que fue, teniendo licencia, él y Luzmán se fueron juntos, y llegando a la posada de las dos hermanas fue el Duque dellas muy bien recibido, y a Luzmán honraron mucho, porque tenían nuevas dél, así de su mucha discreción como en el habilidad de cantar y tañer.

Pues estando así asentados en buena conversación, dijo el Duque a Luzmán:

—Veis aquí, mi buen amigo, las dos hermanas más hermosas y más crueles de cuantas hay en el mundo. A lo menos la señora Vitoria, que por llevarla ella de todos

los hombres, como la lleva a todas las damas, me ha dejado a mí sin ella.

Luzmán que muy contento estaba de la hermosura destas dos doncellas, en especial de la de Esperanza (que algo se parecía a su señora Arbolea), respondió al Duque diciendo:

—Verdaderamente, señor, no quisiera por muy gran cosa haber dejado de ver lo que al presente veo; mas poniendo aparte vuestra queja y mi contentamiento, quiero preguntar a la señora Vitoria qué es la causa que así es descuidada, pues no ama ni precia a ninguno de cuantos la aman.

—Señor Luzmán —respondió ella—, yo sí amo, mas es mi amor con el celo que debe de amarse la criatura hecha por Dios a su imagen; mas no para que yo pretenda esas locuras que los enamorados pretenden.

—Señora —dijo Luzmán—, no es locura ni amor malo el que va atado para el servicio de Dios. A lo menos ¿no amarías a quien contigo pretendiere casarse?

—Sí amaría —respondió la hermosa Vitoria—, cuando yo tuviere intención de casarme; mas no tengo tal pensamiento: libre nací y libre me crió Dios; a Él quiero solo, y no a otro ninguno.

A Luzmán le trujeron estas palabras las lágrimas a los ojos acordándose que desta manera había su señora Arbolea desechado sus ruegos y despreciado sus servicios, y puso a este tiempo los ojos en Esperanza, porque mucho se le parecía.

Ella que mirándole estaba, muy contenta de sus palabras y gentileza, como le vio sus lágrimas y que la miraba creyó que se había enamorado della, y con disimulación le dijo:

—Señor Luzmán, yo y mi hermana una condición tenemos y un propósito hemos tenido, mas yo no soy tan desamorada como ella: yo os digo que si ella se quisiese casar, que me casase yo. ¿No os parece que me llevo más a la razón de amor que no ella?

—Señora Esperanza —dijo Luzmán—, el amor no se paga de palabras, sino de obras. En él no hay fingimiento, que donde está firme, firmeza le sobra, así que el corazón enamorado siempre está sujeto, y él descubre brevemente sus efectos, en especial los ojos.

—Bien se ha parecido —dijo Esperanza— que dese amor debéis de estar herido. Pues habéis hecho muestra de estarlo. Yo os ruego, si se puede decir, nos digáis quién es la causa.

—Señora —respondió Luzmán—, nunca supe mentir, ni la verdad negué cuando me fue demandada, y así, quiero que sepas que yo amé y amo una doncella, y en pago de grandes servicios me despidió de la esperanza. Y hágote saber que de cuantas doncellas he visto en todo lo que he andado, ninguna vi que tanto le pareciese como tú. Pues acordándome con tu vista de la suya, y que tu nombre es Esperanza, de la cual fui despedido, ha hecho el corazón nuevo sentimiento, y a esta causa se habrá visto en mí alguna mudanza.

Mucho holgaron las dos hermanas de las palabras que Luzmán dijo, y luego el

Duque, vuelto a Luzmán, le dijo:

—Yo quiero, señor Luzmán, decir un soneto que el otro día hice en alabanza desta mi señora y a su nombre. Yo determino de tañer y cantarlo, con condición que vos, mi buen amigo, digáis otro a la señora Esperanza, pues os toca por lo que habéis visto.

Luzmán holgó dello, y respondió:

—Aunque yo estoy más para llorar que para cantar ni tañer, haré, señor, vuestro mandado.

Luego el Duque mandó traer una vihuela, de que no poco placer recibieron las dos hermanas, por oír a Luzmán, que tanto habían oído alabar. Pues tañendo el Duque, comenzó a decir:

Si sola sois de todas la vitoria,  
Vitoria merecéis por nombra cierto:  
de mí ya le tenéis, pues me habéis muerto,  
y muerto como soy, recibo gloria.  
¡Oh nuevo vencimiento, altiva historia  
que lleva mi querer a claro puerto!  
¡Oh vitorioso bien qu'está encubierto  
debajo de beldad qu'es tan notoria!  
No piense contra vos tener Cupido  
poder para os vencer, qu'es gran locura;  
mas sólo lo hará como atrevido.  
Mas vos, Vitoria mía, estad segura,  
que si él querrá vencer será vencido  
al tiempo que verá vuestra figura.

Acabando el Duque de cantar este soneto (que en extremo lo hacía bien) Luzmán tomó la vihuela, y comenzando a tañer suavemente en ella dijo los siguientes versos:

¿Qué culpa me darán por bien amaros?  
¿Qué culpa me pornán por bien quererros?  
¿Qué culpa recibí, triste, por veros?  
¿Qué culpa tengo yo por contemplaros?  
Culpado yo no soy por desearos:  
la culpa debe ser no mereceros,  
y en desculpa del mal vine a perderos  
sin tener esperanza de cobraros.  
Mas ya que la ventura me trujese  
a ser tanto dichoso que os hallase,

sería renovar mi perdimiento.  
Porque me forzaría a que tornase  
a ver esta esperanza, y si la viese  
sería comenzar nuevo tormento.

Con tanto primor y gentileza cantó Luzmán este soneto, que las dos hermanas quedaron en extremo maravilladas, alabándole mucho, tanto que él había vergüenza, y así, les dijo:

—Mis buenas señoras, no quiero que me alabéis, sino que en pago desta alabanza me hagáis merecedor en que yo goce de oíros tañer y cantar alguna cosa.

—Vergüenza será muy grande —respondió Vitoria— querer agora mostrar lo que es feo y de poco valor delante de lo hermoso y subido.

—Mi señora —dijo el Duque—, no podéis negar al señor Luzmán lo que pide; y sea, por nos hacer favor y merced, aquellos villancicos que soléis cantar las dos con vuestras arpas, diciendo la una y respondiendo la otra.

—Bien será, mi señora hermana —dijo Esperanza—, que hagamos lo que el señor duque pide; y más habiendo él cantado y traídonos a que oyésemos al señor Luzmán.

—Pues vos lo queréis —dijo Vitoria—, sea así.

Y luego mandaron traer dos arpas, y tomando cada una la suya comenzaron a tañer (que en extremo lo sabían hacer), y luego Vitoria comenzó a decir así, respondiéndole su hermana:

#### VITORIA

Cuando yo sola me veo  
en lugar más apartado,  
entonces doy al cuidado  
las riendas de su deseo.

#### ESPERANZA

La discordia es descubierta,  
y en guerra tan conocida,  
lo que conierta la vida  
la muerte lo desconierta.

#### VITORIA

Nadie debe confiar  
de Fortuna y su poder,  
que también mata un placer  
como a veces un pesar.

### ESPERANZA

El corazón desamado  
no puede tener contento,  
y no reina el sufrimiento  
en corazón desdichado.

### VITORIA

El que sigue la prudencia  
discretamente camina,  
que la mejor medecina  
es conocer la dolencia.

### ESPERANZA

A la Fortuna, vencella  
es esfuerzo y gran cordura,  
y la mayor desventura  
es dejarse vencer della.

### VITORIA

Vístese de humana guerra  
en esta vida, qu'es viento,  
quien pone su pensamiento  
en los bienes de la tierra.

### ESPERANZA

Las cosas de más valor  
pásase pena en ganarlas,  
y a la hora de dejarlas  
siéntese mayor dolor.

### VITORIA

Pásase la joventud  
sin entender que ha pasado,  
porque en un tumbo de dado  
está la vida y salud.

### ESPERANZA

Quien pone su confianza  
en el mundo y sus despojos,  
en una vuelta de ojos

hallará en todo mudanza.

#### VITORIA

El bien que busca el humano  
en el mundo y sus favores  
es manojico de flores  
que se secan en la mano.

#### ESPERANZA

Poco dura el alegría,  
porqu'es fingido su nombre,  
luego maldito es el hombre  
que del hombre se confía.

Cantaron estas dos hermanas con tanto primor y gracia estos villancicos, que Luzmán en oírlas quedó maravillado, y así, les dijo:

—Por cierto, hermosas señoras, que cualquiera que tuviere ventura de oíros puede decir que oyó lo que oír se puede; y más la letra, que cierto se ha tratado en ella cosas de verdad, tanto cuanto pensar se puede ha sido subido el sujeto de su compostura.

—Señor Luzmán —respondió Vitoria—, yo y mi hermana hacemos esto por nuestro contentamiento y no por alcanzar loor, que no nos preciamos dél; mas yo os ruego que el tiempo que aquí estuviéredes os dejéis gozar, pues el oíros a vos es para que nosotras aprendamos.

—Así lo haré —dijo Luzmán—, pues yo, señora, soy el que gano.

—Yo, el que pierdo —dijo el Duque— mi tiempo sirviendo sin ser agradecido.

—Mudá la hoja, señor —dijo Esperanza—, que mi hermana quiere llevar su nombre adelante, y lo que ella niega con el suyo otorgo yo con el mío.

—No me puedo mudar —dijo el Duque—. No porque, señora, no conozca el valor y hermosura que en ti está encerrada, mas Amor no me da ese lugar.

—Con esa tema —dijo Esperanza— pierden muchos el juicio.

—Por más perdido —dijo el Duque—, me daría muy poco.

Pues así en esta conversación pasaron hasta que fue hora de volverse a sus posadas, y despedidos de las dos hermanas, se fueron.

Otras muchas veces vino Luzmán a verlas, muy contento de su honestidad y discreción; mas en este tiempo hallando una nave que para irse a España se aparejaba, acordó de irse en ella, porque no podía apartar de su memoria aquel sueño que en la cueva de la sabia Cuma había soñado acerca de ser casada su señora Arbolea, y esta imaginación le traía muy triste. Pues besando un día las manos al Rey se despidió dél, que mucho le pesó con su partida y le rogaba se quedase con él, mas nunca con él pudo. Pues despedido del duque Pompilo y de todos sus amigos metiose en la nave, y,

alzando los marineros las velas, se van la vuelta de España y aquí da fin este sexto libro desta *Selva de aventuras*.

## Libro séptimo

---

**Comienza el séptimo libro desta Selva de  
aventuras  
y trátase en él lo que sucedió a Luzmán  
y el fin que tuvieron sus amores**

---

Con próspero viento yendo la nave en que Luzmán iba, ya cerca de la costa de España les dio un viento contrario y anduvieron tres días sin poder tomar puerto, y al cuarto día dio con ellos un galeón que de Constantinopla venía, muy poderoso, el cual iba a la ciudad de Argel; y como la nave vido el capitán dél acometiola, y aunque se defendió todo un día, como el galeón viniese más armado y con mucha gente de guerra húbola de tomar, y así, fue captivo Luzmán y todos los que en la nave venían, siendo algunos muertos y mal heridos. El capitán del galeón luego volvió su camino la vuelta de Argel, y allí desembarcado que fue, hizo partes de lo que habían ganado y repartió los captivos. A Luzmán compró un rico moro, pariente muy cercano del Rey, llamado Laudel, y como le viese mozo preguntole:

—Di, cristiano: ¿de qué me sabrás mejor servir? ¿Sabes por ventura algún oficio?

Luzmán que desde la hora que le prendieron había dado a Dios muchas gracias diciendo: «Señor, yo conozco que por mis pecados y poca fe me han venido estos trabajos, con los cuales te ruego seas servido darme paciencia y entendimiento para salir dellos», y así agora, cuando ese moro le preguntaba qué oficio tenía, en su corazón daba asimismo a Dios muchas gracias, y respondió a Laudel:

—Yo no tengo ningún oficio, que no lo aprendí; mas servirte he en lo que me mandares, que cualquiera cosa haré, poniéndome en ella.

Laudel le pareció bien Luzmán, y mandó que le metiesen en una grande y hermosa huerta que tenía y que allí sirviese con otros esclavos al hortelano mayor, el cual siempre andaba por la huerta aderezándola y haciendo en ella cosas primas, porque era la mejor que en aquella tierra había.

Luzmán se dio tan buena maña, con su grande habilidad y gentil entendimiento, que en menos de un año hacía tales cosas que el hortelano era tenido en poco; y Laudel se venía a su huerta y hablaba muchas veces con él, y queríale mucho, viendo con cuánto artificio trazaba los lugares que eran más agradables para dar contentamiento, y plantaba y engería los árboles maravillosamente. Asimismo por su orden y consejo se hizo un laborinto, en el cual pocos entraban que acertasen a salir, y en medio dél se hizo una fuente, de su juicio trazada, que el Rey y todos los más nobles de la ciudad venían a verla por gran maravilla. Pues con estas cosas, y más su bondad, Laudel lo estimaba mucho.

Este Laudel tenía un solo hijo, llamado Calimán, el cual desde niño se había criado en la corte del Gran Turco y en su palacio; era muy gentil hombre y de nobles

costumbres.

Pues desta manera y en esta vida estuvo Luzmán cinco años captivo, estando siempre llorando y suspirando cuando solo se veía. Bien sabia él que si escribiese a sus padres, que luego le rescatarían, pues eran tan ricos y él heredero de todos sus bienes, mas no podía acabarlos con su corazón, antes estaba determinado de morir allí en servicio de Laudel; que entre aquellos árboles mirando al cielo, rogaba a Dios se acordase de su ánima y aquella vida la tomase en penitencia y desculpa de sus yerros. Y con este pensamiento, y conformándose con la voluntad de Dios, estuvo todo este tiempo; mas Nuestro Señor, que en los mayores trabajos y adversidades no se olvida de aquellos que a Él se encomiendan y que tienen la esperanza en su socorro, como este caballero en quien estaban tantas virtudes y nobles costumbres, con celo de caridad, y así, se acordó dél, como se contará.

Y fue así: que a Laudel su amo le dio una enfermedad de la cual murió, y de su muerte recibió Luzmán gran descontentamiento y lloró por él como si su padre fuera. Luego los parientes de Laudel escribieron a su hijo enviándole a decir su muerte y pidiéndole que luego se viniese; y llegada la carta, Calimán se fue ante el Gran Turco y le dijo la muerte de su padre y le pidió licencia. El Gran Turco se la dio, y muy acompañado se metió en la mar, y así, llegó a la ciudad de Argel, siendo muy bien recibido del Rey, como aquel que era mucho su pariente.

Pues como hubiese ya tomado la posesión de su hacienda y anduviese más descansado que antes, obró luego en él el amor otro nuevo pensamiento del que antes tenía; y fue que se enamoró de la hija del Rey, llamada Arlaja, y tanto en extremo fue su amor, que no comía ni bebía ni podía dormir, sino siempre andaba pensando cómo pudiese descubrirle su nueva herida.

Pues como un día Arlaja saliese a caza a un hermoso soto, Calimán se llegó a ella y le descubrió su corazón y la causa de su tristeza, y que si no le remediaba tomándole por marido, que él no podía dejar de morir presto. Arlaja le desdeñó mucho, diciéndole que había tenido grande atrevimiento, y que supiese que el Rey su padre ya la tenía en su voluntad casada, y por eso, que no hablase más en aquel hecho. Pues con esta respuesta Calimán quedó muy triste; mas no por eso dejaba de hacerle mil servicios y andar ricamente vestido, haciendo cada día por ella muchas fiestas, donde ya claro se entendía cómo la amaba y el deseo que tenía.

Pues en este tiempo Luzmán andaba en su huerta, regándola con muchas lágrimas, y una tarde hallándose muy triste, se acostó debajo de un árbol, y como comenzase a dormir, luego comenzó a soñar que se hallaba en un deleitoso vergel riberas del mar, y que estando así veía venir a su señora Arbolea vestida toda de blanco, y que la traía de la mano un mancebo el más hermoso que podía ser visto, el cual parecía que le decía: «Ves aquí, Luzmán, a Arbolea, la cual conmigo está desposada, porque soy más hermoso que tú y tengo más riquezas. Por eso despídete de casar con ella, y el tal pensamiento salga de tu memoria». A Luzmán le parecía arrancársele el alma con estas nuevas, y que decía llorando a su señora: «¿Es verdad,

hermosa Arbolea, lo que este mancebo dice, y que tú me despreciaste a mí por otro ninguno?». A las cuales palabras ella le respondía: «Mi verdadero hermano, yo nunca te desprecié, ni agora te desprecio; mas siempre te tuve aquel amor que se pudo tener, limpio y casto, como es este que yo tengo a este mi esposo. Así que has de creer que yo soy suya y de otro jamás seré». Y diciendo esto desapareció, ella y el mancebo, delante de sus ojos.

Luzmán con gran sobresalto recordó, y considerando las palabras de la sabia Cuma que sobre aquel hecho le había dicho, junto con el sueño que en su cueva había soñado y lo que agora durmiendo había visto, creyó que verdad fuese, como aquel que verdadero amor le hacía estar siempre pensando en ella. Pues con esta imaginación y gran tristeza comenzó a verter muchas lágrimas y a decir:

—¡Grande y poderoso debe de ser el humano sufrimiento que puede resistir a los golpes de la mudable Fortuna, y de liviano peso los dolores que pueden estar mucho tiempo encubiertos! Mudanzas tiene la vida, prestados son sus placeres, y de grande merecimiento el ánimo que resistiendo a sus persecuciones se conforma con la voluntad de Aquél por quien se reciben. Por cierto yo no puedo creer que tú, mi señora Arbolea, me hubieses olvidado, ni que por otro me dejases, siendo tan verdadero mi amor.

Fue tanta la congoja que a Luzmán vino desde este día, que, no bastando su discreción ni sufrimiento, enfermó y estuvo muchos días a punto de muerte; más como Nuestro Señor no permitiese que allí acabase sus días, comenzó a convalecer, y así, andaba por la huerta muy flaco; y una tarde estando debajo de unos rosales, aderezándolos por tomar algún consuelo, comenzó a cantar por quitar parte de su cuidado, y lo que cantaba era lo siguiente:

No puedo mi dolor más encubrirlo,  
que a ti, señora, va, que lo causaste;  
que yo quedo contento con decillo.  
Pues ya que el corazón su tiempo gaste  
en darte de mi mal estrecha cuenta,  
en sólo ser por ti, señora, baste.  
Baste por galardón de mi tormenta,  
tormenta desigual de mi tormento,  
salida de la mar que causa afrenta.  
Pues cuando pensé ser libre y esento  
del mal que causa Amor buscando ausencia,  
me hallo con mayor afligimiento.  
Aquello fue vivir cuando en presencia  
estaba yo, señora, ante tus ojos,  
que no pude hallar en ti clemencia.  
Aquellos que yo tuve por enojos,

si bien los conociera, me eran gloria,  
y mío el vencimiento y sus despojos.  
Ausencia me quitó de la victoria.  
Ausencia me robó mi buena suerte,  
dejándome herida la memoria.  
Ausencia es dolor mayor que muerte.  
Ausencia es un fin que poco dura,  
derribando de presto lo más fuerte,  
Y la ausencia es en sí una figura  
de pesar, quitador del bien ajeno,  
y cárcel de dolor, horrible, oscura.  
Ausencia me quitó mi tiempo bueno,  
dejándome mortal, pobre y sin vida,  
cubierto el corazón de su veneno.  
Señora, bien verás por despedida  
morir quien te sirvió desconsolado  
en tierra de dolor no conocida.  
Ya soy una marmota, descuidado,  
perdido tengo el ser que poseía,  
y soy como animal bruto tornado.  
Yo llorando andaré de noche y día  
por ver si acabarán mis tristes daños,  
salteados por ti los dulces años  
en los cuales busqué la muerte mía.

Estando Luzmán cantando estos versos en la propia lengua morisca (como aquel que maravillosamente la hablaba, y cantábalos tan lastimosamente y con tanta gracia, que maravilla era) allegó Calimán cerca de aquel lugar; que como su corazón enamorado estuviese, en ninguna parte podía reposar, y así, por hallar reposo y a solas contemplar la hermosura de Arlaja se andaba paseando por la huerta. Pues muy contento de oír lo que Luzmán había cantado, se vino para él, y como le viese tan flaco díjole:

—Di, cristiano: ¿de qué tierra eres?

Luzmán que vio a su nuevo señor, humillándosele respondióle:

—Señor, mi naturaleza es España.

—¿Cuánto ha que estás en esta tierra? —respondió Calimán.

—Va en seis años que soy captivo y estoy en esta huerta.

—¿Has estado enfermo —respondió Calimán—, que muy flaco te veo, o por ventura tratante mal no te dando lo que has menester?

—No soy mal tratado —dijo Luzmán—, ni nunca lo fui; que Laudel, tu padre y mi señor, mucho me quiso.

—¿Qué era aquello que agora cantabas —dijo Calimán—, que cierto me pareció muy bien? Y lo que dello entendí es que mostrabas estar enamorado. Dime por tu vida si es verdad.

—Señor —respondió Luzmán—, por amor soy venido en ajena tierra y en poder ajeno.

—¿Cómo puede ser eso? —dijo Calimán—. ¿Quién ha sido la causa en esta tierra?

— Yo te lo diré —respondió Luzmán—, porque a tal hombre como tú no se debe negar lo que pide. En mi patria me hirió este amor de quien me quejo, porque amé a una doncella muchos años, y al fin dellos fui della despreciado no queriendo casarse conmigo. Por esta causa me partí de su presencia, dejando a mis padres y parientes, y me vine desesperado por el mundo, y así, fui captivo en la mar y traído a esta tierra; y así, acordándome de lo pasado canto algunas veces, aunque se podría llamar llorar antes que canto, porque mal puede cantar quien siempre llora.

Cuando Calimán oyó las palabras de Luzmán hubo lástima dél y túvole por hombre de buena razón; y como él estuviese lastimado de la misma herida, respondióle diciendo:

—Yo te digo, cristiano, que me pesa de verte tan maltratado por amores, como aquel que no menos que tú lo está, y así, entiendo muy bien cuánto duele esa llaga y adónde llega un disfavor. Porque te hago saber que yo amo y no soy amado, y sirvo sin ser agradecido; de manera que sin esperanza me sustento, pasando dolorosa y amarga vida. Y pues a ti te ha sucedido lo que a mí sucede, de aquí adelante te querré más y hablaré contigo; que podría ser me dieses algún consejo, que por hombre muy discreto te tengo.

—Señor, servirte he cuanto yo pudiere, aunque consejo mal te lo puede dar quien para sí no lo ha tenido.

—Bien está, dijo Calimán—; mas has de saber que un enfermo huélgase de hablar con otro que ha tenido o tiene su enfermedad.

Pues estas palabras y otras muchas pasó Calimán este día y otros muchos con su captivo Luzmán, y vínole a tomar tanta afición que no se hallaba sin él, y honrábalo mucho, y contábale toda su vida y descubríale sus secretos.

Pues estando un día Calimán muy triste viendo que no aprovechaban servicios para ablandar la crueza de Arlaja, Luzmán estaba con él consolándole con muchas buenas razones. Calimán le dijo:

—¿Sabes que he pensado? Que tú, pues tienes tanta gracia en cantar, que esta noche te vayas conmigo a un lugar donde yo te llevaré y que digas algo a la crueza de mi señora Arlaja: podrá ser que la moverás tú a piedad, como me moviste a mí a compasión cuando te oí cantar en la huerta.

—Muy bien me parece —dijo Luzmán— lo que, señor, decís: yo llevaré un laúd y diré alguna cosa que os contente.

Esto concertado, a la noche Calimán se fue, llevando consigo a Luzmán, y entró

en un lugar donde muy bien Arlaja podía oír lo que se cantase; y allí Luzmán tañió maravillosamente, tanto que Arlaja se levantó y cubriéndose una rica ropa se puso a escuchar lo que se tañía y cantaba, porque luego Luzmán comenzó a decir así:

La crueza y hermosura  
dos contrarias cosas son,  
por lo cual niega razón  
permitas mi desventura  
en pago de mi afición.  
Y así, digo  
que deseches la crueza,  
pues crueza y gentileza  
no es bien que moren contigo.  
Si me llamas, ¿por qué llamas  
me queman desta manera?  
Responde, flor de las damas:  
¿por qué permites que muera,  
y en mi venganza te inflamas?  
¡Ay de mí,  
que en triste fuego me quemo,  
y con saber que es así,  
no lo precio ni lo temo!  
No permitas la venganza  
deste que tienes rendido,  
ni quieras mostrar olvido  
a quien con tanta esperanza  
a tus manos es venido.  
Mas yo quiero  
lo que tu voluntad quiere;  
que quien muere como muero  
entiéndase que no muere.  
No me quieras despreciar,  
porque moriré más presto:  
echa la culpa a tu gesto,  
el cual me pudo forzar  
con su ser puro y honesto.  
Y así, siento  
dolor en ser desdeñado;  
qu'el corazón desamado  
luego pierde el sufrimiento.  
Vuelve los ojos, señora,

un poco más regalados  
a mis ansias y cuidados,  
que no es bien que en toda hora  
los quieras tener airados;  
Qu'esa ira  
es mi muerte muy temprana,  
siendo tú tan inhumana  
a quien llorando sospira.  
Si tienes por mejor suerte  
mi morir, yo moriré;  
mas ¿qué ganas en mi muerte?  
Cata qu'es firme la fe  
que tuve y tengo con verte;  
de manera  
que muchas veces me arguyo:  
¿cómo muero, siendo tuyo,  
o tú permites que muera?

Tan dulcemente cantó estas coplas Luzmán, con la suavidad de su tañer, que la hermosa Arlaja quedó maravillada y algún tanto le ablandaron el corazón; y otro die preguntó a Calimán quién era el que había cantado la noche antes (que no poco favor fue para él preguntarle Arlaja esto), y respondiolo:

—Señora, un captivo mío, cristiano, que también ha sido herido del amor como yo.

—Tan buen hombre como ése no merece estar captivo —respondió Arlaja—, antes merece libertad.

—¿Cómo podrá darla —dijo Calimán— quien no la tiene para sí?

—Mucho me holgué de oírle —respondió Arlaja.

—Pues haré yo, señora —respondió Calimán—, que le oyas muchas veces.

Pues desta manera oyó Calimán palabras de algún favor de la boca de su señora, y con esto se volvió muy alegre a su posada, y abrazando a Luzmán le dijo:

—Amigo, en gran obligación te soy, pues por tu causa he recibido hoy el mayor favor que hasta aquí había recibido; porque mi señora me ha dicho que se ha holgado en oírte cantar, y así, te ruego que esta noche le tornes a decir alguna cosa.

—Señor —dijo Luzmán—, yo haré todo lo que vos mandáis, y no faltará qué decir.

Pues, así, muchas noches Luzmán fue con Calimán y tañía y cantaba muchas cosas en alabanza de Arlaja, y de aquí nació entre ella y Calimán mucha conversación, de manera que lo que no pudiera acabar Calimán por sí lo acabó por ajena mano, porque las palabras suaves de Luzmán la comenzaron a mover, y deste movimiento vino a hablar, como está dicho, a Calimán, y desta habla nació

conversación, y desta conversación comenzar ella a quererle bien, y deste quererle bien comenzarle de amar. Y vino esto en tanto grado que se casó con él, y aunque hubo algunas diferencias cuando vino este hecho a noticia del Rey, húbose al fin de apaciguar, por ser Calimán su pariente y tan principal hombre; el cual después de los días del Rey lo fue él, por la falta de un hijo que el Rey tenía.

Pues viendo Calimán cumplido su deseo, que había sido la causa Luzmán, como buen caballero y hombre agradecido quísole pagar sus servicios, y así, un día haciéndole llamar, le dijo:

—Desde aquel día que me dijiste la causa de tu tristeza y cómo por la crueldad de aquélla a quien amabas habías dejado tu tierra hube de ti gran compasión. Pues habiendo después de ti recibido tan aceptos servicios, los cuales han sido parte para que yo mereciese alcanzar el bien que tengo, sin el cual ya fuera muerto, he acordado de te galardonar lo que te debo; y no puedo hacer más por ti que darte aquello que es más dulce y más amado y deseado que la vida, y ésta es la libertad, la cual no sólo buscan los hombres, mas los animales; y así, desde agora te puedes tener por libre y hacer de ti a tu voluntad y irte cuando te pluguiere, que yo haré que seguramente te lleven hasta te poner en España, y toma de mi haber lo que menester hubieres. Y ruégote que no me olvides, a lo menos en avisarme de cómo te va, que recibiré en ello gran contento.

Luzmán que entendió las palabras de Calimán y cómo le hacía libre, en su corazón dio gracias a Dios, y respondiolo diciendo:

—Por cierto, señor, nunca miré tu rostro ni consideré tu virtud con menos ojos de aquéllos con que agora veo la gran nobleza que conmigo usas; y así, siempre me ternás en la cuenta de tu captivo, pues yo no podré olvidar la honra que me has hecho, no como señor, mas como si fuera tu hermano. Y así, te suplico tengas por bien que luego me pueda partir a ver aquellos que me engendraron y a ver si son vivos.

Calimán le abrazó, y luego dio orden para que le llevasen en una fusta y le pusiesen a la costa de Málaga.

Pues desta manera salió Luzmán de su captiverio, donde se entiende que puede mucho la virtud junta con la paciencia, pues por usar della este caballero alcanzó la libertad, y también se muestra que con ella se vencen los hombres; como Calimán, que siendo moro, fuera de la ley de Luzmán, usó con él de tanta nobleza y le dio la libertad que por gran precio él no pudiera haber, según era hijo de hombres ricos. Mas sobre todo en estas cosas es Dios el que da el camino y senda por donde se halle el remedio de lo que se desea confiando en Él.

La fusta en que Luzmán iba en breve tiempo llegó a la costa de Málaga, y allí pusieron en tierra y se volvieron los que le traían. Él cuando se vio en tierra de cristianos, puesto su rostro en el suelo, besando la tierra, dio infinitas gracias a Dios, y luego determinó de irse la vuelta de Sevilla. Iba vestido de la manera que salió della, sus barbas y cabellos tan largos, que le hacían parecer de mucha más edad que tenía, porque había ya poco menos de once años que se había partido y nunca jamás

se los cortó. Pues anduvo tanto, con el deseo que llevaba, que llegó a una legua de Sevilla, y viendo cerca un pequeño lugar determinó de quedarse ahí esa noche y otro día por la mañana entrar en la ciudad, y así lo hizo.

Pues luego que fue de día levantose, y dando muchas gracias a Dios se comenzó a ir. Con el gran deseo que llevaba de saber nuevas de su señora saliose un poco del camino y entrose por un espeso olivar, y yendo así vio un hombre que acababa de echar una cuerda en una rama de un olivo, teniéndola puesta al cuello, y que se dejaba caer queriéndose ahorcar. Luzmán corrió para él, y sacando un pequeño terciado que debajo de la esclavina traía cortó la cuerda y el hombre cayó en el suelo, y al caer se le cayó un papel que en la mano tenía. Luzmán lo tomó y se lo metió en el seno; luego se fue para el hombre, el cual se había ya levantado, y abrazose con él diciendo:

—¿Qué es esto, hermano mío? ¿En qué razón cabe que tú mismo te quites la vida, siendo la cosa más amada y deseada, por la cual se alcanzan las honras y los bienes de la tierra y con ella se sirve a Dios? Pues ¿cómo quieres quitarte aquello que el ánima te condena a perpetuo fuego y te quieres apartar de la visión divina?

El hombre, que temblando estaba, como si de la muerte resucitara a la vida, y lleno de vergüenza, no respondía cosa ninguna. Luzmán le quitó un pedazo de cordel que al cuello tenía, y sacando un paño le comenzó a limpiar el rostro y a esforzarle con dulces y cristianas palabras, hasta tanto que, vuelto el hombre bien en sí, le comenzó a decir:

—Yo no sé por qué causa, pelegrino, me estorbaste que no acabase mi pobre vida, que no sé para que la quiero y bien aborrecida la tengo.

—¿Por qué? —dijo Luzmán—. Yo te ruego que la causa de tu desesperación me digas.

—Sí diré —dijo el hombre—, porque conozcas con cuánta razón tomaba la muerte. Has de saber que yo ha veinte años que de día en día he ido siempre en menoscabo de mi honra, porque he perdido mucha hacienda, y después, la que más me quedaba hela gastado con mujeres y en juegos; y anoche perdí casi todo cuanto me quedaba, porque lo vendí para jugarlo, pensando de desquitarme. Yo tengo una hija, y muy hermosa; pues viendo que no la podía casar y cómo en todo me era el mundo contrario, acorde de acabar de una vez y no morir tantas veces, y así, esta mañana me vine a este lugar, donde hacía lo que tú me estorbaste, y traía escrito en un papel la causa de mi muerte, por que hallándomela en la mano se supiese. No sé qué se ha hecho: debióseme de caer, y con la turbación que traía no lo sentí.

—Amigo —dijo Luzmán—, en tu persona das muestra de hombre honrado, y tu edad ya parece que es crecida, y en tal tiempo no te debiera faltar la prudencia armándote de la consideración del Cielo, pues los haberes y honras tienen fin, mas la vida eterna no lo tiene; pues queriendo tú quitarte lo que Dios te dio para servirlo, falta es de conocimiento, pues escogías para perpetuamente el infernal fuego. Vuelve, por Dios, en ti y arrepíentate de lo que querías hacer, y pide a Dios perdón dello, pues

eres cristiano, redimido con su preciosa sangre; que yo, aunque soy pobre, te ayudaré con lo que traigo para que puedas remediar a ti y a esa hija que tienes. Y el papel que buscabas, yo lo tengo.

El hombre volviendo en sí y conociendo su yerro, se echó a los pies de Luzmán diciendo:

—Yo conozco, señor, que de la mano de Dios aquí veniste por que yo no me perdiese; y así, te ruego, si vas a la ciudad, me llesves contigo.

—Soy contento —dijo Luzmán—, que allá voy; mas primero quiero ver lo que dejabas escrito acerca de tu muerte.

Y luego sacando el papel, le leyó, el cual decía desta manera:

Cualquiera que aquí viniere,  
en abriendo este papel,  
hallará la causa en él,  
al tiempo que lo leyere,  
de mi muerte tan crüel.  
Y por que sea entendida  
la claridad deste hecho,  
sepan todos que mi vida  
fue gastada sin provecho,  
como loca y no entendida.  
Yo fui un hombre muy honrado,  
y por tal era tenido;  
mas el maldito pecado  
enflaqueció mi sentido  
por meterme en más cuidado.  
Luego comencé a comprar,  
y con el comprar, vender.  
Con esto vino el perder,  
porque no puede ganar  
de contino el mercader.  
Tras desto procedió luego  
el amor, con otros vicios:  
torneme carnal y ciego,  
y así, fueron mis oficios  
lujuria, mentira y juego.  
Tan buena prisa me di,  
sin mirar lo que me hacía,  
que gasté lo que tenía  
antes que volviese en mí  
a ver cómo me perdía.

Cuando me hallé perdido  
a mis amigos me fue;  
mas amigos no hallé,  
antes muy escarnecido  
de sus palabras quedé.  
Llamáronme jugador,  
hombre vano y lujurioso,  
muy profano gastador,  
en los pecados vicioso,  
de los malos el mayor.  
Pues yo con gran desconsuelo,  
viéndome desesperado  
alcé los ojos al cielo;  
mas vilo todo nublado,  
cubierto de un negro velo.  
Luego sin guardar razón  
comencé a desesperarme,  
acordando de ahorcarme  
por dar fin a mi pasión  
y de vergüenza apartarme.  
Y así, vine a este lugar  
y ahorqueme de un olivo:  
veis en qué viene a parar  
lo deste mundo captivo,  
cárcel llena de pesar.  
Tuve nombre Amador,  
natural de Cartagena,  
de Sevilla morador,  
merecedor de gran pena,  
como Judas el traidor.  
En esto veréis, cristianos,  
cómo aprovechan muy poco  
los bienes que son mundanos,  
dados por el mundo loco,  
siendo dañosas sus manos.  
En mí se puede tomar  
ejemplo muy señalado,  
pues por no querer mirar  
la razón vine a parar  
a morir desesperado.

Leído que hubo Luzmán estas coplas, vuelto al autor dellas le dijo:

—¡Maravillosas cosas son las obras de Dios! Yo te digo, mi buen hermano, que si miraras lo poco que duran los bienes de la tierra y cómo los más ricos son más pobres, que no pas muy pobres aquel que era la gentileza y hermosura que en su tiempo había en aquella ciudad, lleno de gracias, (vistiéndose tan costosamente que ningún caballero le igualaba), pues vuelta en sí, aunque con gran turbación, alegrose en ver aquél a quien tanto había amado, que por muerto tenía, y respondiolo diciendo así:

—No puedo negar ni encubrir, mi verdadero hermano y señor, la gran tristeza que siento en verte de la manera que te veo; mas, por otra parte, muy alegre doy gracias a Dios que con mis ojos te tornase a ver, porque cierto muchas veces he llorado tu muerte creyendo que ya muerto eras. Y pues eres discreto y de tan principal sangre, yo te ruego me perdones, si de mi alguna saña tienes, y te conformes con la voluntad de Aquél por quien todas las cosas son ordenadas; que yo te juro, por la fe que a Dios debo, que no fue más en mi mano ni pude dejar el camino que tomé, que ya sabes que no se menea la hoja en el árbol sin Dios, cuanto más el hombre, con quien Él tanta cuenta tiene. Yo te ruego, desechada tu tristeza, alegres a tus padres y tomes mujer, pues por tu valor la hallarás como la quisieres; y de mí haz cuenta que fui tu hermana, como lo soy y seré mientras viviere.

Decía estas palabras la hermosa Arbolea con piadosas lágrimas, a las cuales respondió Luzmán:

—Al tiempo que tú, señora, me despediste cuando más confiado estaba, entonces desterré todo el contentamiento y propuse en mí de no parecer más ante tus ojos; y nunca ante ellos volviera, sino que entendí que estabas casada, lo cual jamás pude creer, mas por certificarme quise venir ante tu presencia. Y pues ya no tienen remedio mis lágrimas ni mis suspiros ni mis vanos deseos, quíerome conformar con tu voluntad, pues nunca della me aparté; y en lo que me mandas que yo me case, no me tengas por tal que aquel verdadero amor que te tuve y tengo pueda yo ponerlo en otra parte: tuyo he sido y tuyo soy, y así, quiero seguir lo que tú escogiste casándome con la contemplación de mi cuidado, que no plega a Dios que otra ninguna sea señora de mi corazón sino tú, que lo fuiste desde mi juventud.

Estas razones y otras pasó Luzmán con su señora Arbolea, y le contó los trabajos que había pasado y su captiverio, de que ella sentía gran dolor, y prometiole de ir luego a ver a sus padres. Y así, despedido della se fue a la casa de su padre, y como dentro entrase violo que estaba en un corredor, mas no que conociese a Luzmán, aunque le vido, ni ninguno de sus criados. Él le dijo:

—Señor, darne heis alguna parte, por pobre que sea, desta vuestra casa donde me pueda esta noche recoger, que soy extranjero y no sé adónde vaya.

Laumenio, que muy piadoso era y de nobles condiciones, le respondió:

—No te faltará, amigo, donde estés. Sube acá: dirasme algunas nuevas de las que por el mundo has visto.

Luzmán subió y estuvo hablando con su padre, diciéndole cómo venía de Roma y de otras partes sin que él le conociese, y a esta hora llamaron a Laumenio para que fuese a cenar, y tomando consigo a Luzmán se entró donde su mujer estaba, y sentándose a la mesa le sentó consigo; y estando cenando, su madre le miraba, dándole el corazón grandes sobresaltos pareciéndole que aquel que allí estaba le había visto, y no pudo estar que no sospirase acordándose de su hijo Luzmán. El cual a este tiempo, como la cena se acabase y viese a su madre tan triste, no se pudo más sufrir, y levantándose, se puso de rodillas delante de su padre diciendo: te tuvieras tú por el más despreciado de todos ni te vinieras a desesperar; mas pues Dios por aquí me ha traído y tú ya me parece que conoces tu pecado, vámonos a la ciudad, que yo quiero ir contigo a tu casa y allí cumpliré lo que te he prometido.

Amador, que a Luzmán más por ángel que por hombre tenía, le dijo fuesen luego, que él muy contento no saldría de lo que le mandase, y así, se fueron a Sevilla. Iba pensando Luzmán en la diferencia que había deste hombre a la pobreza de Oristes, y así, llegaron a su casa, y luego Luzmán metiéndose en un aposento, sacó todo el haber que traía, porque Calimán, contra la voluntad suya, le había dado alguna cantidad de moneda de oro, y llamando a Amador se la dio toda, diciendo:

—Ves aquí lo que tengo: tómatelo todo, y ruégote mucho lo sepas despende mejor que has despendido tu hacienda.

Amador se le echó a sus pies por se los besar, y se escusaba de tomar aquello que le daba; mas al fin hizo el mandado de Luzmán. Y se le dio a conocer, de que muy grande alegría recibió, porque muy bien conocía a él y a sus padres, mas no había caído en él en verle tan desemejado y de aquella suerte vestido.

Luzmán le preguntó por nueva de sus padres.

—Señor —dijo Amador—, ellos son vivos, y tienen un hijo de edad de ocho años al cual pusieron vuestro nombre teniéndoo a vos por muerto.

—¿Es vivo Calides —dijo Luzmán— y su hija Arbolea?

—Calides es muerto —dijo Amador—, y su hija Arbolea habrá un año que se metió monja.

Cuando Luzmán esto entendió vivas lágrimas le salieron de los ojos, y dijo:

—Yo te ruego, amigo, que a nadie digas de mi venida hasta que yo me descubra a mis padres.

—Así lo haré, como vos me lo mandáis —dijo Amador.

Y luego esa tarde se fue Luzmán al monesterio donde estaba su señora y preguntó por ella. A Arbolea le fue dicho como un pelegriño la buscaba; ella no sabiendo quien fuese, se paró a una reja, y aunque vio a Luzmán no le conoció; mas él cuando vido a ella conociola muy bien, y sin poder detener las lágrimas comenzó a llorar con gran angustia. Arbolea muy maravillada, no pudiendo pensar qué fuese la causa por que aquel pobre así llorase ante ella, le preguntó diciendo:

—¿Qué sientes, hermano mío, o qué has menester desta casa? ¿De dónde me conoces, que has llamado a mí más que a otras destas religiosas?

Luzmán esforzando su corazón y volviendo más sobre sí, respondió a Arbolea diciendo:

—No me maravillo yo, señora Arbolea, que al presente tú no me conozcas viéndome tan mudado del que solía ser con los grandes trabajos que por tu causa he pasado: ves aquí, señora, el tu Luzmán, aquél a quien despreciaste y tuviste en poco sus servicios, no conociendo ni queriendo conocer el verdadero amor que te tuvo, a cuya causa ha llegado al punto de la muerte, la cual, de más cortés que piadosa, ha usado con él de piedad, y esto ha sido por que volviese a tu presencia. Pues agora venga la muerte, que contenta partirá esta afligida ánima, quedando el cuerpo en su propia naturaleza.

Y diciendo esto calló, vertiendo muchas lágrimas.

Arbolea que entendió las palabras de Luzmán y le conoció (que hasta entonces no había podido conocerlo, porque vio sus barbas muy largas, sus cabellos muy cumplidos).

—Veis aquí, señor, a vuestro hijo Luzmán, el cual tal viene que no le conocéis.

Como él dijese estas palabras fue de su padre conocido, y de su madre, los cuales sintieron aquello que se puede pensar viendo delante de sí un hijo que tanto amaban, vivo, teniéndolo por muerto. Allí supieron dél el discurso de su vida y la causa por que se había ido y todos los trabajos que había pasado; y dijo a sus padres cómo él quería hacer una ermita y allí acabar sus días, y pues que Dios les había dado otro hijo, lo tuviesen por bien.

No bastaron los ruegos de sus padres, ni los consejos de parientes ni amigos, para moverle esta voluntad, y así, hizo una ermita fuera de Sevilla, muy cerca della, donde vivió veinte años haciendo muy santa vida. Visitaba muchas veces a su señora Arbolea, y en su compañía estuvo el hombre que halló colgado del olivo, haciéndose asimismo ermitaño. Y en aquel lugar, después de los días de Luzmán, se hizo un muy hermoso monasterio por un sobrino suyo.

Y desta manera dio fin este noble caballero a sus grandes trabajos, guiándolos con prudencia, y así acabo como cristiano, donde se puede creer que gozó del Cielo. El cual Nuestro Señor nos dé por su clemencia y bondad.

*Acabose esta Selva de aventuras,  
compuesta por el capitán Jerónimo de Contreras,  
a decisiete días del mes de abril  
en la muy noble y rica ciudad de Barcelona,  
en casa de Claudes Bornat, el año de  
MDLXV.*

JERÓNIMO DE CONTRERAS (Zaragoza, c. 1505 - Nápoles, c. 1582) fue un escritor español del siglo XVI. Pocos datos de este autor se conocen, aunque está documentado que fue capitán y cronista de Felipe II, y que en 1560 se trasladó a Nápoles, donde murió. Escribió el libro de caballerías *Don Polismán de Nápoles* (1572) y *Dechado de varios sujetos*, (1573), mezcla de verso y prosa. Es, no obstante, conocido por su obra *Selva de aventuras*, (editio princeps, Barcelona, 1565), obra en siete libros que narra los amores de Luzmán y Arbolea, y que se inscribe en el género de la novela bizantina, teniendo gran similitud con la *Historia de los amores de Clareo y Florisa*, de 1522, de Núñez de Reinoso. Fue obra de gran popularidad, y próximo antecedente de *El peregrino en su patria* de Lope de Vega.